

OBRAS COMPLETAS DE  
JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

III

ESTUDIOS DE  
LITERATURA  
UNIVERSAL



LIMA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

PLAN DE LAS OBRAS COM-  
PLETAS DE JOSE DE LA  
RIVA-AGUIERO Y OSMA

I—*Estudios de la Literatura Peruana: Carácter de la Literatura del Perú Independiente.* Introducción General de Víctor Andrés Belaunde; prólogo de José Jiménez Borja; notas de César Pacheco Vélez y Enrique Carrión Ordoñez. Con un estudio crítico de don Miguel de Unamuno.

II—*Estudios de Literatura Peruana: Del Inca Garcilaso a Eguren.* Recopilación y notas de César Pacheco Vélez y Alberto Varillas.

III—*Estudios de Literatura Universal.* Prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa.

IV—*Estudios de Historia Peruana: La Historia en el Perú.* Prólogo de Jorge Basadre y notas de César Pedro Vélez.

V—*Estudios de Historia Peruana: Las civilizaciones primitivas y el Imperio Incaico.* Introducción de Raúl Porras Barrenechea. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez.

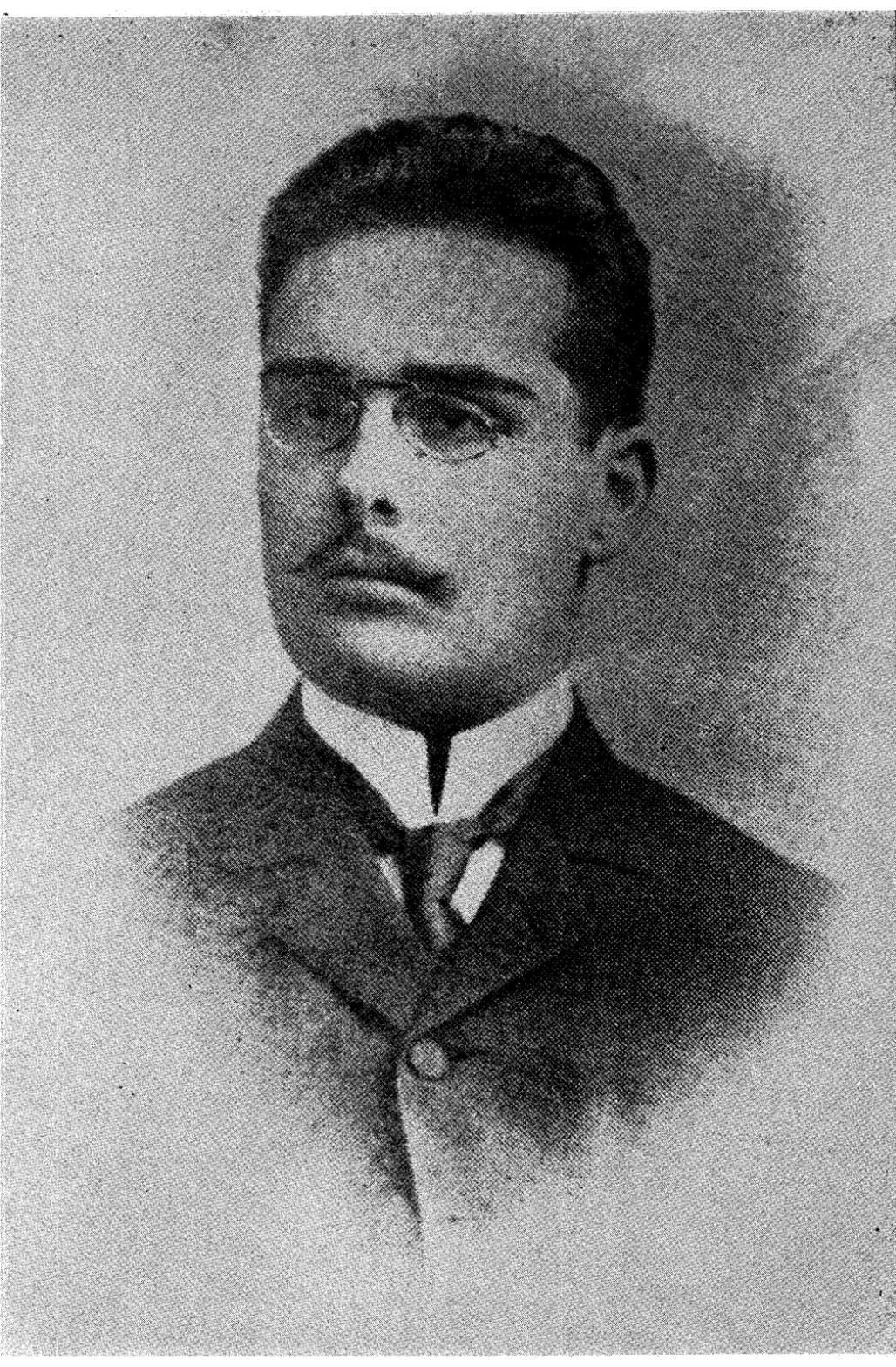
VI—*Estudios de Historia Peruana: La Conquista y el Virreinato.* Prólogo de Guillermo Lohmann Villena,





III





JOSE DE LA RIVA-AGUIERO

En 1903, estudiante de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, época en que redactó los “ejercicios universitarios” sobre temas de Literatura Universal, hasta hoy inéditos y que aparecen en el “Apéndice” del presente volumen.

OBRAS COMPLETAS DE

JOSE DE LA RIVA - AGUERO

III

ESTUDIOS DE  
LITERATURA UNIVERSAL

*Prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa*  
*Recopilación y notas de César Pacheco Vélez*

LIMA, 1963

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU



*PUBLICACIONES DEL INSTITUTO RIVA-AGUERO*

*Nº 44*

COMISION EDITORA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE  
JOSE DE LA RIVA-AGUERO Y OSMA

MIEMBROS DE HONOR:

*Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal Juan Landázuri R.*  
Gran Canciller de la Universidad

*R. P. Felipe E. Mac Gregor S. J.*  
Rector de la Universidad

COMITE EJECUTIVO:

*Víctor Andrés Belaunde (Director), Alberto Wagner de Reyna, José A. de la Puente Candamo, Luis Jaime Cisneros, César Pacheco Vélez (Secretario).*

CONSEJO DE ASESORES:

*Mario Alzamora Valdez, Pedro M. Benvenuto Murrieta, Honorio F. Delgado. Raúl Ferrero R., Mariano Iberico Rodríguez, Guillermo Lohmann Villena, José Jiménez Borja, José León Barandiarán, Guillermo Hoyos Osoreo, Aurelio Miró-Quesada Sosa, Ella Dunbar Temple, Rubén Vargas Ugarte S.J.*

DELEGADO DE LA JUNTA  
ADMINISTRADORA DE LA HERENCIA RIVA-AGÜERO:

*Germán Ramírez Gastón F.*



## PROLOGO



SE reúnen en este volumen -el tercero de las Obras Completas del insigne maestro- los estudios de José de la Riva-Agüero en el amplio escenario de la Literatura Española y Universal. Con la información caudalosa y exacta, la coherencia constante del criterio y el estilo brillante y oratorio que fueron sus características de siempre, los presentes Estudios se extienden por casi toda su vida de escritor (de 1902 a 1944) y abarcan desde las letras griegas hasta escritores españoles contemporáneos. Dentro de su rica variedad, puede decirse que se desarrollan en tres órbitas: la Literatura Clásica de Grecia y de Roma; la Literatura Europea de los países derivados de la Latinidad; y la Literatura de Lengua Española. Son, por lo tanto, tres órbitas unidas por un foco central. El presente volumen las agrupa a partir de los estudios más sustanciosos y más sólidos: los correspondientes a las letras de España. Pero, para fijar mejor la visión de Riva-Agüero, conviene seguir en este Prólogo precisamente el sentido inverso al de la recopilación en esta obra.

## Ejercicios universitarios

Los titulados Ejercicios universitarios, que se presentan aquí como *Apéndice*, no solo manifiestan una vez más la extraordinaria capacidad de Riva-Agüero y la precocidad casi sin par de su madurez y sus lecturas, sino que sirven para cotejar su brío y su gallardía juveniles con la serenidad de sus últimos años, cuando una más estricta solidez doctrinaria y una logradísima destreza estilística no alteran, sino acendran, las condiciones de sus días de mozo.

Sorprende, en primer término, el conocimiento -unas veces directo y a menudo a través de los más seguros guías franceses y alemanes de su época- de los autores griegos y de la urdimbre social y literaria de la tragedia helénica, que se patentizan en estos Ejercicios. De las églogas de Teócrito, de los dulces poemas de Anacreonte y los trozos de sonoros discursos de Demóstenes que había leído cuando niño en los gruesos tomos de Cantú, "en los viejos entresuelos" de su casa de Lártiga, pasó en sus cursos universitarios de San Marcos al interés por Sófocles y a la influencia, de adhesión o rechazo, del Origen de la Tragedia de Federico Nietzsche. De 1902, o sea de su año de ingreso a la Universidad, a los 17 años de edad, es su trabajo o discurso sobre El significado social de la tragedia griega, en el que Riva-Agüero -alumno sólo del Primer Año de Letras- supera al común de los estudiantes de entonces y de ahora, por su seguridad de reflexión, su seriedad de estudio, su cuidado elegante de la forma, en suma, por su sentido de la responsabilidad, que iba a ser la norma constante de su vida.

Visto con ojos retrospectivos, en ese estudio auroral de Riva-Agüero no nos interesan hoy la información, la lectura o las fuentes, sino sobre todo aquello que nos sirve para descubrir las ideas y los rasgos esenciales de quien entonces era sólo discípulo e iba después a ser maestro. Así, en aquel trabajo aprecia estéticamente los mitos de los pe-

lasgos, la capacidad de exaltación que hay en Demeter y en Dionisos, pero se siente más a gusto con la robustez moral de Homero y luego, avanzando en los siglos, con la época de armonía de Pericles. La cualidad homérica que proyecta mejor luz sobre su edad es -según Riva-Agüero- "el concepto moral del mundo". En su cuadro, esquemático pero esencialmente veraz, de la evolución de la tragedia, a Dionisos, "dios del desenfreno", sucede Apolo, "dios de la luz y de la armonía", como a la rudeza primitiva suceden la armonía y la nobleza ética de Homero. Después la poesía vuelve a desordenarse por influencias orientales, como la serenidad de la vida política se rompe con "la ruina de la heroica y paternal realeza, cuya sustitución se disputan, en prolongada y confusa lucha, la oligarquía, la tiranía y la democracia".

Hay de tal modo un voto por el orden, por la serenidad y la jerarquía, que revela desde sus años mozos, y por encima del simple valor circunstancial de un trabajo de clase, la vocación esencial de Riva-Agüero. Para él, la epopeya, por su vigor común y su llamado al quehacer colectivo, vale más que la lírica, de emoción personal y subjetiva, como la tragedia viene después, con su "catarsis", a afianzar las virtudes del "orden restablecido", a demostrar que "el sentimiento exaltado no puede coexistir con la limpieza del conocimiento" y a señalar, como gran conclusión del teatro helénico, que "fue, y no pudo menos de ser, afirmativo". Por eso, entre los tres grandes trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, a quien prefiere sin duda es a Sófocles, de "perfección serena", de logrado equilibrio entre las formas de la sociedad y el bullente fondo de los sentimientos individuales, de sentido moral, serio dechado de justicia y templanza, en cuyo Edipo en Colona se puede decir que hay un anuncio de "tragedia cristiana".

La admiración de Riva-Agüero por la armonía y la ajustada proporción de las letras helénicas, le lleva a consi-

derar que la Grecia admirable de Pericles es como un breve oasis, y que "los tiempos posteriores sólo son ya cenizas de la antigua hoguera". "¿Qué otra cosa es la civilización romana?", se pregunta más adelante, en una interrogación que nos sorprende si no la reducimos a su ámbito estrictamente literario, al compararla con su posterior veneración por la magnífica organización política y por las glorias urbanas de Roma. "Roma -aclara- alteró la proporción, desconoció la gracia y convirtió la risueña serenidad en ceño adusto". Briosos entusiasmos juveniles, que nos revela la lozanía del sentimiento de Riva-Agüero en esos años, y que se emparenta con otra hermosa frase de ese mismo trabajo, en la que él -tachado después de "pasadista" y, en todo caso, historiador cabal y auténtico- exalta, optimista, la virtualidad de lo futuro. "Hoy sabemos -escribe, como no lo iba a repetir con la misma fe más adelante- que la felicidad completa, si acaso existe, no está en el Pasado, como recuerdo, sino en el Porvenir, como esperanza".

De parejo sentido son sus consideraciones sobre La novela en el período bizantino; título poco exacto, tal vez si por razones de falta de tiempo para su ejecución, pero que le permite una breve reseña del desarrollo del género novelesco en la Antigüedad greco-romana. Sobre la base de una cita de Villemain, estima que el mundo antiguo era poco propicio a la novela, pero que a medida que la realidad clásica se altera y que la armonía de la vida se quiebra, aumentan en cambio el espíritu crítico, la observación realista y, como contrapartida, "el gusto por las complicaciones de aventuras ficticias, por los maravillosos y fantásticos relatos". El naturalismo y la crítica social de los clásicos Asnos de Apuleyo y Luciano de Samosata, se complementa con el opuesto extremo de las fantásticas y enrevesadas aventuras. De las cosas maravillosas que se ven más allá de Tulé, atribuidas a Yambulo y a Diógenes, y de las Aventuras de Teá-

genes y Clariclea de Heliodoro, como se atempera en la tierna novela pastoril Dafnis y Cloe, de Longo.

Las opiniones personales de Riva-Agüero afloran a cada instante entre la limpia sencillez de la exposición bien informada. Hay ciertos gallardos arrestos juveniles que sorprenden también en quien iba a ser maestro tan severo, como cuando habla, sin embozo, de "la pedantería de los preceptistas". Pero en cambio lo descubrimos ceñidamente ajustado a lo que iba ser su lección de rigor en el futuro, cuando le vemos recelar con razón del humorismo y le escuchamos que "el predominio de lo cómico en el carácter de un hombre o de una nación es peligroso a la larga, porque si se ensanchan los límites de ese sentimiento, se hace entrar en él lo que no debería y se concluye por no dejar ningún ideal en pie".

Son frases cogidas al azar pero que no escasean en estos ejercicios de estudiante, reveladores de asiduas lecturas en la biblioteca familiar, depurados tal vez en el diálogo con sus condiscípulos en los claustros de San Marcos (Francisco y Ventura García Calderón, Víctor Andrés Belaunde, Oscar Miró-Quesada, José Gálvez) y redactados frecuentemente entre toque y toque de campana en el aula. Así son sus trabajos de 1902 a 1904, sobre Quevedo, Corneille, Shakespeare o Larra. La mocedad de Riva-Agüero le lleva a observar, a través de Larra, el fatigoso estilo de "la mayoría de los escritores peninsulares (de su tiempo) cuyos períodos con frecuencia se mueven perezosos y turbios, con lentitud arcaica y monótona". Pero su madurez precoz le lleva también a complacerse con el "estilo noble, majestuoso, severo" de Corneille y a señalar en el solemne dramaturgo francés, modelo de "honor caballeresco y heroísmo romano" y hondamente influido por España, cuatro valores que lo enaltecen ante Riva-Agüero como hombre: era "honradísimo y recto, serio y viril". Lástima que a veces el tiempo le sea estrecho y que nos quede trunco el reperto-

rio de ideas y noticias que se agolpan a su mente y a su pluma; y que, como en el trabajo sobre La poesía dramática, tenga que disculparse con una ingenua explicación: "por falta de tiempo, omito tratarlas".

### Goethe

*Las circunstancias de la vida y la vocación nacionalista, cada vez más acentuada en Riva-Agüero por la investigación histórica y las repercusiones de carácter político, dieron por resultado un evidente apartamiento de su inicial inclinación por los temas helénicos. Sólo en algunas ocasiones, como en su monografía sobre La Atlántida, de 1929 o en su constante afición erudita por la analogía y los coitejos, salían a relucir sus antiguas lecturas y le servían para encontrar la huella griega en los autores franceses o italianos de los siglos XVII y XVIII, por ejemplo. La afirmación doctrinaria y política, con su llamado a la jerarquía y la cordura, que fue tan patente en sus últimos años, le condujo además a una exaltación cada vez mayor de Roma, que en sus tiempos de estudiante había considerado solamente desde un punto de vista estético y por lo tanto en una valoración inferior a la de Grecia.*

*A Roma llega, sobre todo, por un camino moral y político y por una larga experiencia personal, amorosamente cultivada durante sus años de destierro voluntario del Perú, de 1919 a 1930. Sus descripciones de Roma -que serán recogidas en otro de los volúmenes de estas Obras Completas- son no sólo bellísimas de forma, sino manifiestan una adhesión cada vez más profunda a las esencias insignes de la Ciudad Eterna, tanto en el magnífico fulgor renacentista de la Roma de los artistas y los Papas, cuanto en la Roma dominadora y organizadora del Imperio. Repitiendo la letanía entonada de D'Annunzio, Roma es para él "semilla*

de gloria, ópima espiga, dorada, inmensa, augusta, única", "nacida unigénita, . . . sin hermanas ni hermanos en los siglos"; y junto a su resonancia universal, la vincula además a sí mismo, ya que "para nosotros, los latinoamericanos, hijos de España, es el primigenio solar ancestral de la lengua, la fe y el alma; la abuela indiscutible, veneranda y soberana".

Este nuevo sentido de lo clásico, no únicamente literario sino sobre todo político y social, le lleva a encontrar revivida la Antigüedad, en lo más alto y mejor de su humanismo, en una soberbia figura del siglo XIX: el europeo, y no solamente alemán, Johann Wolfgang Goethe. En el elocuente discurso que pronunció Riva-Agüero en 1932, con ocasión del centenario de la muerte de Goethe, lo presenta como el paradigma de todas las virtudes restauradas de la Antigüedad greco-romana. Goethe es helénico por su serenidad divina y su armonía, como es romano por su ordenación jerárquica y su fuerza, y con su mismo perfil estatuario, que reclama los mármoles y el bronce, "parece un Lucrecio equilibrado y jubiloso, o un Horacio científico y romántico, pero con perspectivas mucho más profundas y sublimes".

Pocas veces el arte retórico de Riva-Agüero llegó a más firmes y brillantes alturas como en este discurso académico, que termina con una bruñida alegoría, con metáforas entrelazadas sobre el curso de un río que, como el "espléndido y paterno Rihn", desciende de montañas empinadas, que desde sus nacientes refleja los bosques venerables, los castillos feudales, las pampanosas y rubias colinas, pero que luego tuerce hacia el Sur, "a las tierras amadas del Sol", que ya como un Mediterráneo inmenso recibe ríos y arroyos tributarios, que se transporta hacia el Oriente mágico y dirige su curso imperial a las islas afortunadas, y que por fin, a punto de desembocar en el océano de lo Eterno, como que recoge su inmenso caudal y lo riza "en

*sacras espumas bajo la intuición soberana del religioso misterio*".

En 1932 la posición doctrinaria de Riva-Agüero se había ya definido por completo, en lo político y en lo religioso, y fue ése precisamente el año de su rotundo discurso de la Recoleta, que él mismo calificó -aunque sin duda hiperbólicamente- de abjuración de errores y de reconversión de fe católica. Por eso, su notable oración sobre Goethe está llena de opiniones políticas y de alusiones a la actualidad contemporánea. Quienes le escuchamos aquella noche, en la sala elegante y colmada de "Entre Nous", recordaremos siempre su grave ademán inconfundible, el tono de su voz indesmayablemente sostenido en tres horas, y el aire unas veces desdeñoso, otras beligerante y otras veces irónico con que se complacía en acentuar sus recargados adjetivos, y con el que parecía deleitarse y aprobarse a sí mismo.

Así fueron frecuentes sus alusiones -en esa época de agitación social y de demagogia izquierdista en el Perú- a "la interpretación materialista de la historia, exclusiva y estrecha", al "anárquico e impotente fraccionamiento" tan semejante a "nuestra actual mentalidad hispanoamericana", o al intransigente nacionalismo de los discípulos de Klops-tock, "análogos a los que entre nosotros serían los indigenistas". Reafirmando resueltamente su sentido del orden, suscribe las frases de Egmont: "El pueblo no sabe lo que quiere. . . Con la turba nada puede emprenderse"; y repite con los Epigramas Venecianos su radical abominación de los demagogos "Estos apóstoles de la libertad me han sido siempre odiosos. Ninguno procura sino el poder arbitrario para sí". "Los cortesanos de los príncipes -reitera, siguiendo a Goethe, en otra parte- son lo menos malo. Temed a los cortesanos del populacho". Y aunque por legítimas razones de católico no llega a adherir a la célebre frase "Prefiero la injusticia al desorden", recoge la orgullosa y reveladora confidencia hecha por Goethe a Eckermann a

la altura de su experiencia de 80 años hondamente vividos: "Todo lo elevado e inteligente corresponde a una minoría. No hay que pensar en democratizar la razón. Las pasiones y los sentimientos pueden hacerse populares; pero la razón será siempre la propiedad de unos pocos selectos".

En Goethe encuentra Riva-Agüero la cumbre indiscutible de la literatura universal en los siglos XVIII y XIX; y lo considera émulo sólo de Dante en la Edad Media, de Shakespeare y Cervantes en el brillo final del Renacimiento; superior a Schiller, su colaborador y amigo fraterno; más profundo y robusto que Voltaire; y "sería notoria irreverencia parangonarlo a Víctor Hugo, que no fue sino un retórico estrepitoso". En Goethe se reúnen, además, para la mirada humanista de Riva-Agüero, los más varios caudales: en Goetz de Berlichingen, por ejemplo, percibe el aliento solemne de Shakespeare; el Fausto lo juzga el único poema digno de equipararse con la Divina Comedia de Dante; en el Wilhelm Meister ve reflejos de Fielding, de Richardson, de Goldsmith o de Sterne; y en Werther halla como ingredientes "los falsos poemas de Ossian, las tristezas de Rousseau, el sentimentalismo de Sterne y Young, y las melancolías de Klopstock". Pero la obra de Goethe es aún mayor; tiene una majestad arquitectónica, y su profundidad y su vigor, si abarcan todos los campos, avanzan con un ritmo constante y creciente, porque el insigne poeta alemán se alzó paulatinamente de "la confusión y el delirio" del Sturm und Drang, a la "serena luz de la razón".

"Lección a la verdad heroica -afirma por ello Riva-Agüero, con la doble sinceridad de su concepto literario y de su convicción de cristiano y de hombre-, porque consistió en una continua educación y una superación incesante y reflexiva, a la vez estética y ética".

## Literatura italiana

Los estudios de literatura italiana que se recogen en este volumen versan sólo sobre dos temas que fueron motivo de permanente atracción para Riva-Agüero: la influencia del teatro, y en general de las letras, de Italia en las letras de España, y la figura deslumbrante, proteica y genial de Gabriele D'Annunzio.

Sorprende a primera vista esta inclinación constante hacia D'Annunzio, que no es mero producto de una conmemoración de circunstancias, como podría parecer por las ocasiones en que se pronunciaron los dos discursos que aquí se reúnen. Nada más alejado del pensamiento y de la misma diaria actitud vital de Riva-Agüero que el poeta italiano, arrogante, sensual, desenfadado, de explosiones sentimentales y dramáticas, de gusto por lo decorativo y lo suntuoso, unas veces "snob" y otras blasfemo. Y sin embargo, el maestro peruano, mesurado, severo y católico, guardó siempre por él una admiración extraordinaria, patente hasta en ocasionales comentarios y más allá de las apreciaciones de carácter estético.

En primer término, hay que recordar que alrededor de 1910, o sea cuando Riva-Agüero acababa de terminar sus estudios universitarios, la gallardía impetuosa de D'Annunzio lo hacía resaltar, entre tantos autores adocenados, con un aire viril de triunfador. Sus poemas brillantes y ornamentados resplandecían como lo que eran realmente, como joyas, entre las muchas rimas plúmbeas de versificadores anodinos. La novela *Las vírgenes de las rocas* era lectura predilecta de la juventud, que muchas veces repetía de coro sus armoniosos párrafos iniciales. El martirio de San Sebastián, llevado al teatro con música de Debussy y espectacular escenografía de León Bakst, quería abrirle nuevos campos a la escena de Europa. Los *Laudi* levantaban el sentimiento nacional, y aun las aventuras más desorbitadas de

D'Annunzio lo erguían sobre la mediocridad, como la magnificencia de su estilo lo hacía resaltar sobre tantos frecuentes prosaísmos.

No es de extrañar, por eso, que si D'Annunzio alborotaba los medios literarios y artísticos de Europa, marcara su huella genial, a la distancia, sobre los jóvenes escritores de América. D'Annunzio unía para ellos el brillo formal, la atracción de lo egregio, la doble resonancia de la gloria de Italia y la consagración final de Francia. Quizá la mejor prueba de esa fascinación mantenida por años esté en la visita que hicieron varios ilustres sudamericanos al poeta en su gloria caudillesca de Fiume, que ha recordado con tan dilecta emoción el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide.

Esta atracción de carácter estético se justificaba además plenamente en Riva-Agüero, porque, a pesar de sus radicales diferencias de fondo, le aproximaban al poeta italiano el gusto por la forma, la persecución del estilo elegante, la brillantez de la expresión no solamente con palabras cabales sino con largos períodos envolventes y frases enojadas con arcaísmos y giros insólitos; "sin hacer caso de los tontos reparos" de "los ignorantes y los menesterosos del estilo". Le unían, además, la admiración por el color y las luces de Italia, que veía fascinadamente reflejados en la obra d'annunziana; la gracia renacentista con que enlazaba a un mismo tiempo la pompa extraña y la raíz vernácula; y el gusto por la sinceridad, que hallaba por igual en los momentos más dispares de D' Annunzio, en el pesimismo y la alegría, en la voluptuosa molicie y el esfuerzo, en los Laudí arrogantes, en las novelas de coloreada sensualidad o en la tragedias como La hija de Yorio. Para Riva-Agüero el poeta italiano era una cumbre centelleante no sólo de Italia sino del mundo, y junto a él veía palidecer a los contemporáneos más ilustres; "porque -como expresaba en su discurso, con su afición constante por la analogía y el co-tejo- el renacentismo florido y nostálgico de Henri de Rég-

nier, el tradicionalismo y el patetismo de Barrés, la fuerza épica y la sonoridad fluctuante de Claudel, el neoclasicismo de Madame de Noailles y de Rupert Brooke, el preciosismo y el folklorismo exacerbados de Valle-Inclán, el simbolismo y la aristocrática magnificencia de Stefan George, se le conectan y hermanan, y en mucha parte se le subordinan y de él se desprenden”.

Pero había además otro aspecto extraliterario que explicaba ampliamente su exaltación de la obra d'annunziana. Era el patriotismo enérgico, la gallardía heroica, la obstinación arrogante de Fiume, la nostalgia de la gloria imperial, el empuje vital y afirmativo contra el encogimiento de ánimo y el materialismo filisteo. Riva-Agüero veía en D'Annunzio no solamente la opulencia formal y sensorial de sus novelas y de sus poesías, sino tonos estoicos, llamados al sacrificio y al esfuerzo, desdén de lo bajuno, odio al plebeyismo nivelador y demagógico, sentido de la vida como milicia y como riesgo. “La patria es una creación constante. . . No la posee sino quien la crea”, había dicho D'Annunzio. Y Riva-Agüero lo repite, con admiración por este vate que supo servir a su patria “con sus dos aéreas alas que eran la pluma y las armas, la espada y la lira, el himno y el vuelo”.

El elogio de D'Annunzio es una espléndida exaltación poco común en Riva-Agüero, pero en cambio parece más ajustada a la imagen severa de académico que de él se ha formado con los años la otra manifestación de amor a las letras de Italia que se recoge en este libro: el estudio sobre Goldoni y su influencia en España, escrito, más que con la ocasión, con el pretexto del trabajo de Paul Patrick Rogers Goldoni in Spain.

Allí Riva-Agüero derrocha su destreza en el conocimiento de la literatura italiana, “la más noble, ilustre y clásica” del occidente de Europa, y de las relaciones y contactos entre las letras de las dos penínsulas hespéricas. El

cuadro se reduce, a través de Goldoni, a la literatura italiana del siglo XVIII, pero el maestro peruano se recrea en buscar sus antecedentes y sus nexos, en comparar las singularidades regionales de Italia y en calificar con precisos adjetivos los nombres mayores y menores que se reparten en el curso de un siglo. Por sus páginas pasan: el piamontés Alfieri "de garra aquilina", el napolitano Marino "de bizzarria extravagante", el savonés Chiabrera, el toscano Filicaja, el veneciano Zenó, Parini el exquisito, "el genial romano Metastasio"; y junto a ellos, el "zafio, grosero y mazorral" Abate Chiari y el "deslenguado piamontés" Baretta.

Como, a diferencia del drama pastoril y musical de Metastasio, en Goldoni las dotes más preciadas son el sentido vital y costumbrista, la gracia zumbona y popular, el color localista, la sátira contra los vicios cotidianos, la galería de tipos humildes (pescadores, posaderas, gondoleros), no es mucho lo que puede quedar de su obra misma, ni de su influencia, en países cercanos. Riva-Agüero cita con acierto como discípulos españoles de Goldoni a Leandro Fernández de Moratín (corresponsal del dramaturgo italiano, a quien comunicó el éxito de la representación de sus obras en Madrid) y al sainetista Ramón de la Cruz (de vena en cierto sentido equivalente y adaptador o parafraseador de algunas donairosas comedias goldonianas). Pero quizá es aún más fuerte lo que el propio Goldoni había recibido de España: costumbres y tipos españolizados o hispánicos de Nápoles, y personajes como Don Juan Tenorio, el Don Octavio del Bugiardo (reflejo del embustero Don García, de Alarcón), o el caricaturesco y vanaglorioso Don Alvaro, de tan extendida tradición en las comedias españolas del siglo XVII.

Por su parte, el Perú aparece dos veces en la producción literaria de Goldoni, aunque al parecer a través de lecturas francesas, como lo recuerda Riva-Agüero. Una vez la presencia es directa: la comedia novelesca *La Peruviana*,

*basada en las difundidas y artificiosas Cartas de una Peruana de Madame de Graffigny, y otra en forma indirecta, con las alusiones a la india amazónica Delmira y al conquistador español Jiménez en la enrevesada La Salvaje, cuya acción transcurre en las Guayanas. De resonancias goldonianas en Lima hay referencias - que Riva-Agüero no alcanzó a conocer- en la obra de Guillermo Lohmann: El arte dramático en Lima durante el Virreinato y en el trabajo de Irving Leonard: El teatro en Lima, 1790-1793, donde se menciona la representación de Los enamorados celosos y de Las cuatro naciones y portugués enamorado (traducción de Antonio Valladares) en el Coliseo de la ciudad de los Reyes.*

#### Literatura francesa

*De más enjundia y de más cuidadosa elaboración es otro brillante alarde de erudición de Riva-Agüero: sus Estudios sobre Literatura Francesa, escritos también al parecer por un incentivo ocasional (la publicación del folleto del norteamericano C. C. Humiston sobre la métrica de Ronsard y Malherbe), pero amplificados en su desarrollo hasta el punto de constituir un libro completo, que fue por lo demás el último publicado por Riva-Agüero, poco antes de morir, en 1944.*

*El pretexto escogido le era grato, porque el ilustre maestro peruano mantuvo siempre culto por la armonía fructuosa de Ronsard y el centelleo auroral de la Pléiade; grupo a la par de artistas y maestros, de raíces helénicas y de combatividad contemporánea, humanistas y católicos, "franceses de cepa antigua, partidarios del orden y la tradición social", a quienes Riva-Agüero -cada vez más imbuido de intransigencia y firmeza políticas- consideraba, con gustosa exageración, que había que designarles "a boca llena derechistas". Aparte de esas razones extraliterarias de*

admiración y simpatía, su afición permanente por Ronsard era como una piedra de toque reveladora de su pensamiento literario. Para él, Ronsard y la Pléiade encarnaban un momento admirable del Renacimiento, no de copia y engaño sino de auténtica resurrección espiritual de las letras de Grecia. Por eso, no sólo fueron frutos ejemplares y de prodigiosa madurez, sino que al tiempo que reflejaban las gracias helénicas representaban también las virtudes más esenciales y armoniosas de Francia. Riva-Agüero encontraba semejanzas, no solamente de cultura sino raciales, entre los franceses y los griegos antiguos, particularmente de las ramas jónica y ática; "tienen la misma inteligencia veloz y brillante -escribe-, la misma curiosidad inexhausta, la misma amena y nítida facundia, la sociabilidad comunicativa y flexible, . . . la broma alada, la ironía risueña, el afán razonador".

Desde el punto de vista más estricto de las realizaciones literarias, acentúa también paralelismos y concordancias expresivas entre los poemas carolingios y los de la guerra de Troya, entre los de la Tabla Redonda y la Odisea, entre Villehardouin o Joinville y Jenofonte, por ejemplo. Y cuando aparece Pierre Ronsard, "gran artista y versificador soberano", que acrecienta y encumbra a sus precursores los Marot o Maurice Scève, Riva-Agüero percibe que, por vías de Italia, llega a Francia el esfluvio del más auténtico Renacimiento de la Antigüedad greco-romana. Los anuncios de Clément Marot eran aún tenues, pero con Pierre de Ronsard hay un esplendor dorado y cálido, un "despertar de alegría y de luz", "ardoroso y bullidor", que apasiona y cautiva de tal modo que hoy lo sentimos vivo, y que Riva-Agüero se complace en ver que prolonga sus reflejos hasta en el "utilitario y lego continente americano", como lo prueba el opúsculo de Humiston.

La exaltación de Ronsard no queda completa, sin embargo, sin su contraste con el preceptismo enteco, frío y

*cerrado de Malherbe. Como en sus ejercicios universitarios juveniles, cuando criticaba la frialdad académica y oponía a ella los arrestos gallardos, o como cuando en plena y robusta madurez alababa la grandeza olímpica de Goethe o justificaba los desenfrenos sensoriales pero bellamente vitales de D'Annunzio, Riva-Agüero demuestra en el cotejo su verdadero concepto del preceptismo y la academia, muy lejano por cierto de lo que el común de las personas se ha ido formando del maestro peruano. Para él, muy distinta es la norma doctrinaria -que es sustantiva y permanente, y que no recorta sino alienta los verdaderos impulsos vitales- de su deformación agotadora en los preceptos, a menudo adjetivos y contingentes, variables con los tiempos y los usos, y que por rígidos y estrechos, en vez de orientar restringen las manifestaciones del espíritu.*

El ejemplo lo encuentra así en Ronsard, de plenitud gloriosa, creadora y fructífera, en contra de Malherbe, que es uniforme, macizo y pesado, "a la romana y no a la griega", y muy inferior inclusive como hombre, ya que a diferencia del simpático y católico Ronsard, Riva-Agüero le encuentra resabios de hugonote y le enrostra una serie copiosa y abrumadora de defectos: "desagradable, repelente, estrecho, árido, ávido, despótico, fanfarrón, servil", etc. Riva-Agüero -él mismo gran retórico- alaba las excelencias de los lozanos retóricos griegos, pero extrema el reproche al preceptismo de Malherbe, quien cree que una oda se escribe como un sermón, a quien se escapa la gracia alada de la verdadera poesía, y que -como decía Madame de Gournay de sus continuadores- pretende que "todos vayan a pie, porque ellos no tienen caballo". La misma crítica cae después, por ello, sobre su indudable descendiente Boileau, preceptista intolerante, "que comprimía la imaginación y la inventiva", que "llevó al colmo de lo irritante el prosaísmo"; pero a quien Riva-Agüero absuelve un tanto, porque lo reconoce "burgués honesto y correcto", a diferencia de

*Malherbe* para quien todos los adjetivos adversos le son pocos.

El contraste entre *Ronsard* y *Malherbe*, y su contraposición en cuanto a caracteres personales, criterio estético, obra literaria y opiniones sobre métrica y lengua, constituyen el núcleo de la obra, como lo eran también del folleto de *Humiston*. Pero basado en su lectura directa de los autores franceses de los siglos *XVI* y *XVII* y en los comentarios e investigaciones de *Brunetiere*, *Sainte-Beuve*, *Faguet*, *Bellanger*, *Moland*, *Martinon*, *Strowski*, entre otros, *Riva-Agüero* extiende sus noticias a los poetas que giran entre esos dos polos esenciales y a los herederos del preceptismo de *Malherbe* durante el reinado de *Luis XIII* y en los principios del de *Luis XIV*. Quizá es en esta época tardía donde sus caracterizaciones son más fieles y exactas. Más que al *Marqués de Racan* y a *Maynard*, a los que dedica todo un capítulo, reivindica por ejemplo a *Jean Guez de Balzac* por su caudal sonoro, sus destellos barrocos y su ritmo oratorio; en tanto que encontramos débil, o por lo menos en extremo somero, el comentario sobre los poetas de la *Pléiade*, que quedan en exceso obscurecidos por la luz de *Ronsard*. Desearíamos una referencia más justa y elogiosa a un artista de la exquisita calidad de *Joachim du Bellay*, mencionado es cierto por su Defensa e ilustración de la lengua francesa y considerado como el más parejo compañero de *Ronsard*, "hermano menor" débil y leve; pero del que no se citan sus excelentes aciertos poéticos, se olvida consignar el puro dechado de armonía entre la gracia formal renacentista y la nostalgia provinciana que es su soneto "Heureux qui, comme *Ulysse*, a fait un beau voyage", y cuya consideración no recibe más páginas que la del muy inferior *Philippe Desportes*.

En realidad, aunque la información de *Riva-Agüero* es como de costumbre caudalosa y su criterio esencial es exacto, particularmente en lo que se refiere a los cuadros

históricos, no podemos seguirle siempre, en cambio, en la valoración de los autores individuales que interpreta. Más aún, a veces se puede decir que desazona el juicio severo y extraño que formula. Es algo que ocurre con frecuencia aun entre los más sabios y autorizados de los críticos, y que hay que señalar en el ilustre crítico peruano, de quien debemos confesar que a menudo en esto se equivoca, sin que vaya en desmedro de sus condiciones más profundas.

Así ocurre, por ejemplo, en su estudio sobre La influencia francesa en la literatura española y en particular en la del Perú, leído con motivo de la Exposición del Libro Francés que se realizó en Lima en 1935.

El cuadro general es, desde luego, inobjetable, aun cuando parezcan un tanto extremadas las analogías que traza en los párrafos iniciales entre la variedad racial de Francia y el mestizaje del Perú, entre celtas e Incas y entre las colonizaciones romana y española. Riva-Agüero recuerda, en síntesis rápida y cabal, las relaciones permanentes entre las culturas de Francia y de España, y los dos grandes momentos de "indiscutible y avasalladora primacía" de la francesa sobre la española: el primero en la segunda mitad de la Edad Media, cuando Francia es la auténtica defensora del Occidente contra los desbordes o las amenazas orientales, y el segundo a partir de mediados del siglo XVII, cuando España pierde su antiguo predominio intelectual sobre la vecina nación ultrapirenaica. La influencia indudable de los grandes autores españoles de la Edad de Oro sobre los dos Corneille (particularmente Pierre el grande) y sobre Rotrou, Moliere, Brantome, Le Sage, entre otros, no sólo se amengua sino se desplaza por entero, hasta convertirse en una patente servidumbre con la instauración de la dinastía borbónica al comenzar el siglo XVIII.

Riva-Agüero traspasa esos linderos y analiza, con despliegue erudito, la influencia francesa en el Perú, principalmente en el siglo XVIII, a través del ilustre y enciclopédico

Don Pedro de Peralta, traductor del Catecismo Histórico de Fleury y adaptador de la Rodoguna de Corneille, así como de su cercano émulo Pedro José Bermúdez de la Torre, lector de Moliere y de Boileau. Las vinculaciones se acrecientan con perspicaces y sagaces viajeros como el Padre Feuillé y el ingeniero Frézier, al comenzar el siglo; y luego, avanzada la centuria, con la influencia de Voltaire y Florian, de Diderot y Marmontel, que graban su huella indeleble e indudable en el brillante limeño Olavide, en el versadísimo y liberal Baquijano y Carrillo y en los más insignes ingenios de la Sociedad de Amantes del País y de su órgano admirable, el Mercurio Peruano. En esos años precursores de la Emancipación americana y decisivos para la fijación de la conciencia nacional del Perú, el pensamiento y las letras de Francia traen un aire liberal, que unas veces es viento de fronda y otras simplemente un aura renovadora y apacible. Pero en el siglo XIX, pasados ya el fulgor y el hervor de la gesta, o debilitadas muchas ilusiones del bello mediodía de la iniciación republicana, lo que se busca a menudo en Francia es precisamente una reacción conservadora, o por lo menos morigeradora, y entonces los que influyen son maestros de serenidad como Guizot, Taine o Renan entre los críticos, Leroy-Beaulieu o Pradier-Fodéré entre los economistas, Duguit o Esmein entre los tratadistas de Derecho, o Chateaubriand o Lamartine entre los exaltadores de las tradiciones nacionales.

Al avanzar el siglo XIX, empieza a debilitarse -hay que decirlo- la seguridad crítica que hasta allí demostraba Riva-Agüero. Generalmente por razones extraliterarias, y por una firmeza doctrinaria respetabilísima en los campos ético o político pero perturbadora en el campo literario, su valoración de los escritores se oscurece, o los reparos en esencia acertados se exageran con una acumulación de adjetivos contrarios. Así sucede con Victor Hugo, a quien ya había llamado "retórico estrepitoso" y al que ahora reprocha "su

fondo paupérrimo, sus perogrullescas sentencias, sus anti-tesis maníacas, su cándida y vulgar filosofía política... su tan trasnochado anticlericalismo". Así ocurre también con Anatole France, al que tacha de "delicuescente", de "verduras de viejo", de voluptuosidad lánguida y "mandarinismo". Entre los más notables representantes de las letras francesas del siglo XX, Riva-Agüero critica a Marcel Proust, a André Gide, a Romain Rolland; llama a Paul Valéry "abstruso vate", como había encontrado "exorbitancias caliginosas y laberínticas" en el simbolismo mallarmeano; tacha a la rumano-francesa Condesa de Noailles por su "desenfreno pagano y báquico"; y habla del "estrafalario poeta" Guillaume Apollinaire, del lirismo "estrambótico" de Jean Cocteau y de la "idiota balbucencia del dadaísmo". Nos conturba lo recargado y hasta lo denostador de los reproches, sobre todo cuando le escuchamos elogiar con exceso no sólo a escritores derechistas como Barres, Maurras o Massis, sino a quienes él llama, extrañamente, "las voces magistrales de los grandes ancianos Benoist y Bourget".

La única explicación se halla en su beligerancia política creciente y en su concepto formativo de la Literatura, que lo lleva en todos los casos a reprobar austeramente "el orden corintio" y a aspirar -como él dice- "a la maciza y viril robustez dórica".

### Literatura española e hispanoamericana

Pero la órbita no sólo más cercana sino más auténticamente vinculada al pensamiento y a la sensibilidad de Riva-Agüero es la que se refiere a las letras de España, y dentro de ellas a los más luminosos representantes de los siglos XVI y XVII. Los clásicos españoles son para el ilustre maestro peruano, aparte de un motivo de admiración estética, el perfecto dechado de lo que pueden ser en el campo litera-

rio la fe, la tradición, las costumbres, la raza. La literatura española de la Edad de Oro es, para Riva-Agüero, más que un objeto externo, la culminación de lo que se puede expresar y conseguir con algo tan próximo y vital como es la lengua propia. Desde ese punto de vista arraigadísimo, y no solamente por la integración política y administrativa del Perú en "los Reinos" de España durante el Virreinato, la literatura hispánica de los siglos XVI y XVII no le es en modo alguno ajena, sino constituye como la matriz de la que se deriva la rama regional -y sólo más tarde nacional- de las letras peruanas. Tal vez por ello le despiertan menos interés las literaturas de los demás países hispanoamericanos; ya que, junto al excelso magisterio de escritores españoles como Cervantes, que son "símbolo de nuestra raza e incomparable orgullo de nuestra habla", lo que corresponde en cada país es estudiar los valores propios y, por lo tanto, Riva-Agüero se adentra en la literatura en lengua española del Perú y deja las particularidades de los pueblos vecinos para el conocimiento y el estudio de los críticos de cada uno de ellos.

Las apreciaciones de Riva-Agüero sobre los grandes clásicos hispánicos están repartidas en cierto modo en todo el curso de su obra; pero su consideración más detenida tuvo por especial coyuntura su elección, en 1933 ó 1934, como Director de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua. Su incorporación como Académico había sido, por cierto, muy anterior; desde la época en que la presidía el insigne tradicionista Don Ricardo Palma. Pero la falta de vida de la institución, las azarosas circunstancias políticas del Perú que determinaron el destierro voluntario de Riva-Agüero, y la abandonada dejadez que ha sido frecuentemente el mal común de los países hispanoamericanos, hicieron que sólo en esa época, en la cercanía de los cincuenta años y cuando compartía altas

y transitorias labores de gobierno, se encomendara al ilustre maestro el restablecimiento de la docta corporación.

Riva-Agüero se negó en un comienzo, y sugirió -como dice con verdad- que se eligiera Director, por lo menos en forma simbólica, al único sobreviviente de la Academia inicial de 1887: el historiador y costumbrista Don Emilio Gutiérrez de Quintanilla. Pero, una vez asumido el cargo, se dedicó a restaurar la institución, a darle nuevo brillo y viejas formas y a celebrar tertulias privadas en su casa (la anchurosa casona de Lártiga en Lima, y el pompeyano "rancho" de Chorrillos) y ceremonias públicas en los hospitalarios salones de "Entre Nous". Así ocurrió por primera vez en abril de 1934, con ocasión del 318º aniversario de la muerte de Cervantes y así iba a suceder por algún tiempo, hasta que la desidia flotante en el ambiente y los nuevos vaivenes políticos que conmovieron al Perú entre la dictadura y la zafia demagogia, terminaron por volver a quebrar los entusiasmos académicos.

El proyecto de Riva-Agüero era aprovechar la fecha cervantina, señalada además en el Perú como el Día oficial del Idioma, para estudiar al autor de la obra cumbre de la literatura en lengua castellana y para reanimar al propio tiempo las actividades culturales de Lima. Su primer discurso fue por eso uno de tema general: homenaje a Cervantes y recuerdo sumario y panorámico de algunas de sus relaciones con el Perú y, particularmente, con los poetas peruleros. Pero en 1935, ya desembarazado de la función ministerial y reinstalado definitivamente en la vida limeña, Riva-Agüero escogió como nuevo tema el estudio de *La Galatea*, como primer libro publicado por Cervantes y con la modesta excusa de que no suscitaba las "temerosas cuestiones de alta estética" del Quijote y de los Novelas ejemplares, que se proponía por cierto analizar en sucesivas ceremonias anuales, que desgraciadamente no llegaron a efectuarse.

No podemos adivinar en realidad qué agudas observaciones habría hecho Riva-Agüero sobre Don Quijote o las Novelas; pero los dos discursos conocidos parecen los más acomodados a sus condiciones y a su técnica de crítico literario: la valoración de carácter histórico, el análisis de fuentes e influencias, el cotejo analógico, la información segura y sólida, la insuperable destreza en la resurrección de viejos cuadros, la opulenta elegancia en las descripciones, las imágenes coloreadas, la exaltación vehemente de los grandes valores tradicionales de la fe, la honra, la patria, el valor, el esfuerzo; y, en suma, junto a las apreciaciones de carácter estético, la afirmación moral de la edificación y del ejemplo.

Tales son los aspectos que se patentizan claramente en su discurso de 1934, el primero de sus notables discursos académicos, cuya extensión erudita fue creciendo hasta llegar a los amplios extremos de sus conmemoraciones de Goethe y de Lope, y de cuya longitud se sonreía el propio Riva-Agüero que con su buen humor y su ironía -insospechados por los extraños pero de cordial familiaridad para los amigos- acostumbraba llamarnos por entonces "los sobrevivientes de *La Galatea*" a quienes le escuchamos ese discurso. El cuadro de historia literaria, sobre la moda y las características de la novela pastoril, coincide sin duda alguna con la información de Menéndez y Pelayo en su magnífico tratado *Los orígenes de la novela. La cauda renacentista de los dos Ninfale de Boccaccio*, que se extiende en la Arcadia del napolitano Sannazaro y engendra una promoción de novelas bucólicas, con galanteos de pastores y ninfas -por lo común personajes de clave- que alternan sus disquisiciones neoplatónicas con discreteos cortesanos, y cuya blanda prosa se aviva o enternece con intercalaciones de pasajes en verso, se une a la tradición sentimental de la literatura de Portugal y de Galicia, cuya más suspirante representación fue la *Menina e moca de Bernaldim de Ribeiro*. En castellano el primer modelo fue la *Dia-*

na de Montemayor, de la que derivaron, entre otras, la Diana enamorada de Gil Polo, el Pastor de Filida de Gálvez de Montalvo y La Galatea cervantina. Riva-Agüero señala con acierto los pasajes más hermosos y más representativos de la obra, tanto en la prosa como en el verso, y su estilo parece acomodarse al ritmo elegante y sosegado de las propias novelas pastoriles. Es una página de antología aquella en la que describe el paisaje de tipo petrarquesco, de jardines con viales de cipreses, pérgolas emparradas, estanques de bordes finos que reflejan los bojes recortados y los hermes de mármol, y por cuyas curvas escalinadas discurren "simétricas parejas de pastores y pastoras, de igual belleza académica e intercambiable, . . . (que) se enlazan y desenlazan, se desvían y reconcilian, forman rondas tan floridas como las guirnaldas con que se coronan, dialogan quintaesenciadas ternezas, lloran melódicamente, y sobre todo recitan versos y cantan sin cesar".

Al lado del análisis de lo esencial de la novela, Riva-Agüero se detiene en dos campos que siempre le fueron particularmente gratos. Uno de ellos es la consideración del concepto lingüístico de Cervantes, de su rotunda aceptación de los neologismos que enriquecen el caudal del idioma, "contra los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana". Riva-Agüero, tan a menudo motejado de arcaizante y formalista, adhiere a este saludo luminoso a la novedad, con el único pero imprescindible requisito de distinguir los neologismos provechosos y lícitos de aquellos otros que no son sino "pegadizas deformidades" y "superfluos barbarismos".

La otra nota es la referente a las relaciones entre la literatura española y la peruana, y primordialmente la mención detallada de los personajes de los siglos XVII y XVIII que tuvieron en algún modo vinculación con la vida o la obra de Cervantes. En las dos conmemoraciones cervanti-

nas de 1934 y 1935, el ilustre maestro recuerda, con erudita y precisa destreza, a los poetas peruanos o peruleros alabados por Cervantes, primero en el Canto de Caliope de La Galatea y más tarde en el Viaje del Parnaso. De ellos el más conocido por Riva-Agüero es, sin duda alguna, su deudo lejano, el limeño Juan Dávalos de Ribera, hijo de Nicolás de Ribera "el Viejo", tres veces Alcalde de Lima, posible amigo personal de Cervantes en España y su muy presumible informante sobre las actividades de los otros escritores del Perú que se citan y loan en La Galatea; sobre todo su contemporáneo, el también limeño Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, hijo de Nicolás de Ribera "el Mozo", Alcalde de Lima en 1574, encomendero, versificador y comediógrafo.

Riva-Agüero recoge y rectifica ciertas informaciones de Medina, como alude también a La Barrera, Cotarelo, Bonilla y Menéndez y Pelayo; pero aun cuando aprovecha noticias desconocidas por entonces, que espigó Bertram Lee en protocolos de escribanos y en los Libros de Cabildos de Lima, no pudo menos que ignorar ciertos descubrimientos posteriores, que han venido a ampliar y a continuar la meritisima investigación que él inició. Así, en 1934 se creía aún que El Marañón de Diego de Aguilar y Córdoba era un poema épico, como dijo Menéndez y Pelayo al interpretar erróneamente una comunicación de Jiménez de la Espada; pero la lectura posterior del Padre Vargas y de Guillermo Lohmann de los manuscritos existentes en el Museo Británico de Londres y en la Biblioteca Pidalina de Oviedo han demostrado que es un relato en prosa. De Rodrigo Fernández de Pineda no cita el soneto de respuesta a Garcés en la traducción de los Sonetos y canciones de Petrarca; sobre el ameno Sancho de Ribera no alcanzó a conocer los datos pormenorizados que ha podido reconstruir Guillermo Lohmann; de Alonso Picado cree que es hijo, y no sobrino como lo fue en verdad, del secretario de Pizarro, Antonio Pi-

cado; y de Alonso de Estrada, como de otros, piensa que "ni siquiera sabríamos de su existencia" a no ser por la cita de Cervantes, cuando me ha sido dada después la fortuna de hallar su huella documental en el Archivo notarial de Moquegua.

De carácter parejo a sus conmemoraciones cervantinas, es el discurso magistral que pronunció José de la Riva-Agüero, también en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, al conmemorarse el tercer centenario de la muerte de la otra figura cimera de la literatura en lengua castellana: Lope de Vega Carpio. Con sólida erudición, con pormenorizada y atenta lectura, con fervor encendido por el nacionalismo y el espiritualismo que son fundamentales en la obra de Lope, Riva-Agüero tuvo hasta la cuidadosa preocupación de empezar su discurso a las mismas 5 de la tarde en que tres siglos antes se había extinguido la vida del Fénix. Rotundo en sus ademanes, definido en sus juicios, irónico por momentos y con intencionadas alusiones políticas en otros, durante más de tres horas el maestro peruano realizó la proeza de mantener la atención del auditorio, que llenaba el espacioso salón del antiguo colegio agustino de San Ildefonso, que es ahora la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Su estudio es, esencialmente una exposición minuciosa y ordenada de la desordenada y tempestuosa existencia de Lope. Pero, a través del hilo cronológico, va bosquejando, con certeros perfiles, las obras más saltantes y los valores más representativos de la caudalosa producción de Lope de Vega en la poesía, en la novela y en el teatro, en la épica y en la lírica, en la expresión universal y humana y en el amor constante y cotidiano por lo nacional y lo inmediato. Cada obra fundamental o cada pasaje importante de su vida, sirve para un paréntesis en el que Riva-Agüero traza cuadros locales, insinúa problemas, revive personajes o trae al recuerdo y al cotejo otros nombres ilustres de la literatura occidental. Unas veces alude, por ejemplo, a Ariosto, a Tasso,

a Shakespeare o, más modernamente, a Manzoni y Verlaine, como, más a menudo, da noticias en forma incidental sobre los oficios mecánicos y liberales, sobre los barrios o parroquias de Toledo, la "montaña" de Santander o las distinciones genealógicas entre dos o tres ramas o entronques familiares. Su información, además, es completísima, porque no sólo se basa en las consagradas fuentes de maestros como Schack o Grillparzer, Tucknor o La Barrera, en las investigaciones documentales de Pérez Pastor o los "gigantes prólogos" de Menéndez y Pelayo, sino se apoya también en los trabajos entonces recientes de Astrana Marín, Vossler, Dámaso Alonso, Entrambasguas, Zweig, Montesinos, Montoto, Herrero García, y hasta en el muy fresco hallazgo de Amezúa sobre el verdadero nombre del raptor de Antonia Clara, la hija del Fénix.

Las partes de mayor atracción y novedad de ese discurso fueron, no obstante, sin lugar a duda, las referentes a las relaciones de Lope de Vega con personajes y temas del Perú, y a la presentación de matices indianos y de costumbres locales de España tradicionalmente mantenidas en Lima, que Riva-Agüero espigó con minucia en el inconmensurable repertorio de las comedias y los autos de Lope.

Por sus páginas pasan así, aun cuando sólo sea fugazmente, los dos Virreyes amigos de Lope desde los años de su juventud: Don Juan de Mendoza y Luna Marqués de Montesclaros, y Don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, el cómico Diego Díaz, marido de la bella Micaela Luján, burlado en España y muerto en Lima o en Cartagena de Indias; el criollo Pedro de Oña, nacido en Angol de Chile pero educado y formado en Lima, corregidor en la sierra del Perú y aprovechado y loado por Lope, el dominico sevillano Fray Diego de Hojeda, que desde Lima envió a España su poema religioso La Cristiada, para el que Lope de Vega escribió versos laudatorios; Luis de Usátegui, empleado del Consejo de Indias en la sección re-

lativa al Perú, casado con Feliciano de Vega (hija de Lope y de Juana de Guardo), y padre del Capitán Luis Antonio de Usátegui, que sirvió a las órdenes del alto peruano Rodrigo de Orosco. Algunas veces lo que surge con atracción singular es la geografía, aun cuando sea trabucada o fantástica, como los puertos de Arica y el Callao, que sufren las depredaciones de Drake en La Dragontea y que son vengados valerosamente en Capirilla por los caballeros limeños al mando de Don Alonso de Sotomayor, o como los prados de "verde yerba" que se imagina en la costa peruana, o las vicuñas y guanacos, el trigo de Andahuaylas y de Jauja, los Andes "asperísimos", a que alude en la epístola a su cordial amigo Matías de Porras -hijo del "autor" de comedias Gaspar de Porres- que vino a Lima como médico del Príncipe de Esquilache. Los elogios se multiplican en la encomiástica galería del Laurel de Apolo; y Riva-Agüero revive en pocos trazos los datos biográficos centrales o los cuadros urbanos coetáneos de Juan de Solórzano y Pereyra, de Gabriel de Sanabria, del Capitán Rodrigo de Carvajal y Robles, de Juan Rodríguez de León, de Cristóbal de la O., del Maestro Fray Lucas de Mendoza o del extirpador de idolatrías Fernando de Avendaño.

En ningún personaje, sin embargo, se recrea con más soltura la erudición de Riva-Agüero como en la misteriosa huanuqueña "Amarilis", que envió la famosa epístola a Belardo, publicada con ostensible gusto por Lope de Vega, en La Filomena y recordada nuevamente por él en El jardín y en el Laurel de Apolo. Riva-Agüero recoge en su discurso las conjeturas que ya había expresado en otras obras, como en El Perú histórico y artístico, o que había esbozado y comunicado privadamente a otras personas ("esta mi hipótesis anda estampada como ajena en algún librito"); pero siempre sobre la base de afirmar la femineidad de la poetisa -arbitrariamente negada o discutida por Palma, Renert y Millé Giménez- y descartar que pudiera referirse,

como creyó erradamente *Asenjo Barbieri*, a la más cercana "*Amarilis*" de *Lope*, su último y tempestuoso amor, *Doña Marta de Nevares Santoyo*. "Ninguna de las señas de la *Epístola* le corresponde"; ni se explica que le narre pormenores de su vida que para *Doña Marta* eran muy conocidos; ni se desprende que subraye "las notas características de remota, indiana, inaccesible, desconocida, hija de héroes, casta y monja, que en nada correspondían a su barragana", escribe *Riva-Agüero* con castiza ironía. Jugando con fechas y con nombres, armando y desbaratando conjeturas, abriéndose paso con destreza entre generaciones y entronques familiares, *Riva-Agüero* propone para la poetisa de oriundez huanuqueña los posibles apellidos de *Tello de Sotomayor*, *Tello de Lara*, *Arévalo de Espinoza*, de la *Serna*, *Peñalosa*, *Gómez Tello*, *Bobadilla*, *Arias Dávila*; y refuerza su muy orgulloso peruanismo con la exactitud, aunque sumaria, de los datos históricos y geográficos que ofrece y hasta con el "manijan" que el ilustre maestro estima como "marca de autenticidad", por reflejo del quechua circundante. No llegamos a puerto, sin embargo, ni se nos descubre en tanta fronda el nombre auténtico de la poetisa, ni el presunto serranismo de aquel "manijan" nos convence, pero *Riva-Agüero* nos conduce, con la más ágil familiaridad, por nombres y épocas, y nos hace sentir en forma viva la importancia social y literaria del Perú del siglo XVII.

No sólo de aquella época, sino de la prolongación de sus costumbres hasta mediados del siglo XIX, nos habla en seguida *Riva-Agüero* al perseguir las huellas de los vocablos, las casas, los trajes, los modismos, que en cierto modo sentimos limeños pero que se hallan en las comedias, o en general en las obras, de *Lope*. "Atestadas están sus páginas -afirma con acierto *Riva-Agüero*- de indianos, mejicanos y peruleros; de nomenclaturas de nuestras frutas y plantas, plátanos, aguacates, magueyes, achiotes y tunas... Buena parte de la máquina de aquel teatro, estriba en los

*lances de las tapadas... Las numerosas mulatas sevillanas usan el mismo sombrerillo que nuestras donadas de convento lucieron hasta 1840... Los hijos, en pleno Madrid y Extremadura, llamaban a sus padres taita y mama. Dueñas y galanes dan el título de niñas a las mujeres mayores y hasta casadas". Y junto a la mención frecuente de balcones con celosías, de dulces como el maná, de mulatas dengosas y zalameras como la Juana de Felipe Pardo o de femeninos "antojos" como en Palma, Riva-Agüero recuerda, con pintoresca sonrisa limeñista, que "los personajes de Lope dicen plata por dinero, denantes por antes, calla la boca y anda vete"; y que en sus comedias "abundan el cómo no, el no más y el pues finales, el pleonástico de que, el admirativo ¡oiga! y el imperativo camina niña, el cosa que, el daca, el mi vida, el más que nunca y el cuantimás, como en los típicos pasajes de Segura".*

*Los pormenores y las similitudes nos atraen; pero por encima de esos rasgos menudos, y más allá de los mismos valores geniales de la obra de Lope y del despilfarro novelesco de su vida, está la lección afirmativa que Riva-Agüero extrae de la producción caudalosa del Fénix, como la había extraído a su vez de la prodigiosa novela de Cervantes. En uno y otro caso, es la exaltación de lo espiritual y de lo noble, de la cristiana dignidad de la persona humana, de los estimulantes motivos del amor, del honor, de la fe, del quehacer nacional, de la aventura. "Escuela de heroísmo y de hondo nacionalismo es el Quijote", escribe por eso Riva-Agüero, en una de las conmemoraciones cervantinas; como refrenda en otro discurso académico que "lo que Cervantes planteó por modo definitivo en el Quijote, la oposición entre lo ideal y lo vulgar, lo noble y lo plebeyo, Lope lo ha mostrado mil veces, continuamente, en todas sus obras dramáticas, colocando junto al galán caballeresco al socarrón lacayo, y siempre le ha adjudicado el triunfo a lo heroico sobre lo bajuno, al valor sobre la cautela y el apocamiento,*

al espíritu sobre la materia. . . Ha sido el cantor -agregado de todo lo grande y lo perenne, de la raza y de la tradición, de la magnanimidad y de la fe". Y así como de la obra luminosa de los dos nombres más agregios de las letras hispánicas percibe que se desprende esta soberbia lección de majestad, así también en su magnífico discurso de contestación a José Jiménez Borja, el día de su incorporación a la Academia, encuentra en el místico y sublime San Juan de la Cruz, más allá de los meros primores literarios y de la calidad del tono lírico, la "ascensión transfigurante del pensamiento", la "belleza de la perfección acrisolada", y la "infinita alteza y la radiosa eternidad del Espíritu".

Tales son los rasgos capitales que se destacan, con parejo relieve, en los estudios y discursos que se recogen en este volumen, madurados y escritos por José de la Riva-Agüero dentro de las tres órbitas concéntricas de la Literatura española de la Edad de Oro, la Literatura europea de los siglos XVI a XIX y la Literatura de la Antigüedad greco-romana. En todos ellos se revelan su información inexhausta y cabal, su solidez coherente de juicio, su permanente inclinación hacia la analogía y el cotejo, la ubicación de obras y autores dentro de una exacta y minuciosa presentación del cuadro histórico, la opulencia brillante del estilo, la acentuación constante de la ejemplaridad y el magisterio y, junto a la curiosidad universal y la serena vocación humanista, la preocupación particular y la fervorosa vibración por todo lo que se refería o conectaba a la Literatura del Perú. Pero se revela también algo más: la personalidad señera y los perfiles intelectuales y morales de quien es, sin disputa, uno de los penates más insignes de la cultura nacional.

AURELIO MIRÓ QUESADA S.



LITERATURA ESPAÑOLA  
E HISPANOAMERICANA



I

CERVANTES

Desde que fue elegido Director de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, Riva-Agüero dió nuevo impulso a la vida de la corporación y presidió todos los años solemnes ceremonias académicas el día del idioma, 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes. Este discurso corresponde al acto académico del 23 de abril de 1934. Apareció íntegramente en *El Comercio de Lima*, del 24 de abril de 1934, p. 4; en *La Crónica*, de Lima, del mismo día; en el diario *Claridad*, de Lima, los días 24, 25 y 26 de abril de 1934; y en su libro *Discursos Académicos*, Lima, 1935, pp. (5)-16, que reúne varios discursos pronunciados por Riva-Agüero en esos años como Director de la Academia, sobre temas de literatura peruana y española. El presente y los dos siguientes capítulos, que tratan de la vinculación del siglo de oro español, y en especial de Cervantes y Lope de Vega, con la naciente literatura peruana virreinal, deben confrontarse con los primeros ensayos del Tomo anterior de las *Obras Completas de Riva-Agüero*, titulado: *Estudios de Literatura Peruana*. Del Inca Garcilaso a Eguren.

## CERVANTES

CUMPLO ante todo el muy agradable y honroso deber de repetiros, y ahora de viva voz, mi reconocimiento profundo por haberme elegido Director de la Academia Peruana Correspondiente de la Lengua. Al hacerlo no habeis podido en verdad tener presentes sino mi devoción fervorosa por nuestro idioma español y por las tradiciones, así morales como artísticas, que constituyen su alma histórica, su contenido y substancia, y mi manifiesta intención de contrarrestar la plaga de superfluos barbarismos que amenazan bastardearlo, a los que hay que oponerse activa y denodadamente, sin confundirlos con los neologismos provechosos y lícitos, porque aquéllos, al revés de éstos, no significan sino pegadizas deformidades y monstruosas excrecencias. Siendo tan escasos y modestos mis títulos, reducidos sólo a la buena voluntad, y tan corto mi caudal literario, no merecía yo ciertamente el primer puesto entre vosotros, porque, aun fuera de todas las demás calidades, me aventaja la mayoría de vosotros en edad; y

por lo que a la antigüedad académica respecta, sobrevive, como reliquia venerable y muy válida, uno de los miembros de la primitiva Academia de 1887, de la que fué presidida por el eminente D. Francisco García Calderón. Me refiero a mi ilustre amigo D. Emilio Gutiérrez de Quintanilla, a quien de todo derecho habría correspondido la dirección de la actual, si no hubiera mantenido ante mis instancias excusa irrevocable; prosador rico y variado, hablista eximio y eruditísimo, al cual me complace rendir aquí el público homenaje de mi aprecio; historiador, crítico y costumbrista de primera fila; aprovechado y sabio imitador, desde sus obras juveniles, de los novelistas picarescos y del *Rinconete* y *Cortadillo* de Cervantes.

Precisamente para remediar mis deficiencias con alguna muestra de celo, he procurado que reanudáramos desde luego la actividad de la Academia, convocándoos este día en que se cumplen trescientos dieciocho años de la muerte de Cervantes. Debe ser obligación nuestra, primordial y estricta, conmemorar sin intermisión el aniversario del sumo escritor que es símbolo de nuestra raza e incomparable orgullo de nuestra habla. Miguel de Cervantes, por los maravillosos privilegios del genio, representa para los dispersos pueblos hispánicos, lo que fue Homero para los griegos, lo que son Shakespeare para los anglosajones y Dante para los italianos, el seguro de indestructible hermandad, la inmaculada bandera de la unidad espiritual perdurable. El Perú, que ha sido y es, en la América del Sur, país tan tradicional e imborrablemente español, pese a desvaríos e ignorancias, puede aún menos que los otros hispanoamericanos faltar en esta solemnidad conmemorativa, de imponderable trascendencia.

Confirmando la concurrencia natural del culto cervantino con los mejores sentimientos de nacionalidad y patria grande, permitidme que evoque un recuerdo personal. Hace catorce años, un día como hoy, viviendo yo en Madrid, a

principios de mi emigración y de vuelta de Francia, fui invitado a las acostumbradas honras académicas de Cervantes en el Convento de las Trinitarias. Presidía la Academia como Director el egregio D. Antonio Maura, dechado de políticos de altura, viva encarnación de honradez y profético acierto, el que propugnó antes de la guerra yanqui la libertad cubana, el hombre de la previsora mancomunidad de Cataluña, estadista superior, nó a su medio sin duda, pero sí al instante en que le tocó actuar; el desoído en sus invocaciones a la ciudadanía, y al enérgico derecho innovador y fecundo, el vidente aislado y calumniado, cuando en el horizonte se acumulaban las primeras nubes de la formidable y lastimosa tempestad. Entre los académicos españoles, asistían en buen número los correspondientes hispanoamericanos. El orador sagrado, con sincera elocuencia, disertaba sobre la raza extendida a ambas orillas del Atlántico, sobre sus comunes virtudes y peligros, y su eterno y glorioso quijotismo. En el madrileñísimo ambiente de aquella humilde iglesia, en el locutorio de los monjas, al que enseguida pasamos, y en las vecinas y estrechas calles, donde habitaron y murieron Cervantes y Lope de Vega, me sentí conmovido como nunca por las memorias de mi tierra y de mi gente, penetrando en lo más hondo y esencial de ella, en las propias raíces de mi patria. Participaba con emoción de esas usanzas y ceremonias, que eran las mismas de mi Perú nativo, pero conservadas con más vigor, empaque y reciedumbre. Mis excursiones eran por entonces a la vieja Alcalá de Henares y la apacible campiña alcarreña. En la grave ciudad complutense, paseando por la Alameda del Chorrillo o los soportales de las plazas, junto a los primores platerescos o mudéjares de las iglesias y del Palacio Arzobispal, contemplaba yo la casa en que nació y la parroquia en que se bautizó Cervantes, y la espléndida fachada de la Universidad en que estudió y ofreció

las primicias de sus dotes de gobierno D. Pedro de La Gasca, el debelador de la ya inveterada anarquía peruana.

No habría sido Cervantes castellano tan típico, tan de su casta y su tiempo como descollantemente lo fue, si no hubiera sentido la atracción y la simpatía por las Indias Occidentales; y entre ellas, de preferencia por nuestra región y sus aledañas. Los críticos han observado que, de los poetas americanos, Miguel de Cervantes conoció y celebró, en *La Galatea* y el *Viaje del Parnaso*, muchos más del Perú que de la próxima y floreciente Nueva España. Cuando en 1590, residiendo en Sevilla, verdadera metrópoli y emporio de las Américas, y desengañado de la carrera fiscal en la Península, piensa emplearse en Ultramar, no pide ir a las Antillas, como Tirso de Molina y Valbuena, ni a Méjico, como éste último y Gutierre de Cetina, donde el propio Cervantes contaba con parientes suyos y de su mujer, de la rama de Toledo, sino que dirige la mirada al Sur, y solicita colocación desde Guatemala hasta la ciudad de La Paz en el Alto Perú. Sus conexiones, siquiera indirectas, con nuestro país, remontaban quizá a los tiempos de su cautiverio en Africa; porque fue su camarada y confidente en Argel, y después de lograda por ambos la libertad, su compañero de regreso a Madrid y del viaje a Portugal en 1581, el extremeño Rodrigo de Chaves, de los de este apellido en Badajoz, con sinnúmero de deudos y relacionados en el Perú. ¿Sería Rodrigo de Chaves, tan vinculado por su parentela con los más famosos *peru-teros*, el que hizo conocer a Miguel de Cervantes la persona y calidades del caballero limeño D. Juan Dávalos de Ribera, el más ilustre criollo alabado en el *Canto de Caliope*? No hay forzosidad alguna de suponerlo. Cervantes, a la sazón que redactaba *La Galatea*, vivía en Madrid u obtenía en Portugal encargos oficiales para los presidios de Africa. En cualquiera de esos puntos pudo tratar al gallardo peruano, que por más de quince años figuró con

lucimiento en los sitios reales, lidió en las justas de lanzas y toros de la Corte, y, por papeles familiares que conservo en extracto, resulta que estuvo entonces en Orán. El gran erudito chileno, D. José Toribio Medina, al tratar de este poeta limeño en su folleto sobre los escritores americanos rememorados en el *Canto de Calíope*, repara en los datos que otrora proporcioné a uno de nuestros escritores contemporáneos, y objeta ser ignorada semejante campaña de Cervantes en Orán. Incurre en una equivocación. Yo no me he referido a *campaña*, sino al mero y rápido viaje, con cartas y avisos militares, a las posesiones africanas, de Mustangán y Orán, en Mayo y Junio de 1581, muy conocido y comprobado de todos los cervantistas.

D. Juan Dávalos de Ribera, de la orden de Calatrava, Encomendero de Hurín-Ica y Corregidor de Cañete en el Perú, fue el penúltimo hijo, y por muerte o impedimento de los dos anteriores varones, el mayorazgo del conquistador Nicolás de Ribera el Viejo, uno de los principales compañeros de Pizarro y de los Trece de la isla del Gallo, primer alcalde y fundador de nuestra ciudad. Fue madre legítima de D. Juan y fundadora de su mayorazgo, Doña Elvira Dávalos Solier y Niño de Valenzuela. Puede que no faltaran entre la familia peruana de Ribera y Dávalos y la de Cervantes remotos lazos de amistad o conocimiento, porque el abuelo de Miguel, el licenciado Juan de Cervantes, era juez y gobernador de los estados del Conde de Ureña, entre los cuales figuraba la villa de Olvera, y de ella provenía el Conquistador Nicolás el Viejo, cuyo padre Alonso de Ribera, segundogénito de una encumbrada familia andaluza, fue gobernador y alcaide de dicha villa y de la Torre de Alhaquime, como Teniente del mismo Conde. No anduvo parsimonioso Cervantes en elogios con nuestro brillante conciudadano:

*Por prenda rara desta tierra ilustre,  
 Claro don Juan, te nos ha dado el cielo,  
 De Avalos gloria, y de Ribera lustre,  
 Honra del propio y del ajeno suelo:  
 Dichosa España, do por más de un lustre  
 Muestra serán tus obras, y modelo  
 De cuanto puede dar naturaleza  
 De ingenio claro y singular nobleza.*

El peruano tan magníficamente loado por el Príncipe de los ingenios españoles en su obra primigenia de *La Galatea*, que es de 1584, regresó en 1598 a Lima, donde desempeñó la gobernación militar del Callao, y por tres veces la alcaldía de Lima, en 1600, 1603 y 1609. Era su mujer la dama limeña Doña Leonor de Santillán y Suárez de Figueroa, hija legítima del Oidor que tuvo tanta nombradía en nuestra historia del siglo XVI. Murió D. Juan en Lima y yace enterrado en la capilla de Santa Ana de nuestra Catedral, que edificó para su sepultura el Conquistador Nicolás el Viejo, a pocos pasos de la de su caudillo D. Francisco Pizarro.<sup>1</sup> De seguro que fue D. Juan Dávalos de Ribera quien comunicó a Cervantes las favorables noticias sobre Sancho de Ribera, que se leen en la octava del *Canto de Calíope* siguiente a la dedicada al primero. Este Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, hijo de otro conquistador del Perú, llamado Nicolás de Ribera el Mozo, el Encomendero de Maranga, Végueta y Canta, no era pariente, a lo menos en grado reconocido y próximo, de los Dávalos de Ribera; porque los dos Nicolases, conquistadores y fundadores de Lima, el Viejo y el Mozo, fueron sólo homónimos, compañeros y compadres, a pesar de lo que asevera José Toribio Medina, que en la página 79 de

1 Por documentos que he visto posteriormente, consta que murió el 20 de mayo de 1622, en sus tierras del valle de Pisco, que se llamaban entonces San José de Chunchanga y hoy llevan el nombre de Hacienda Bernaldes.

su citado folleto sobre el *Canto de Caliope*, los declara respectivamente padre e hijo. Pero si no consanguíneos, los dos poetas de la primera generación criolla, Juan Dávalos de Ribera y Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, fueron grandes amigos, Sancho estuvo a punto de ser cuñado de D. Juan, por las capitulaciones matrimoniales que en escritura pública celebró con Doña Isabel Dávalos de Solier; y si bien éstas se rompieron, por matrimonio distinto de la referida, la descendencia de ambas familias se entremezcló inmediata y repetidamente. A diferencia de D. Juan, su semitocayo, parece que Sancho no estuvo nunca en España; y sus excursiones militares se limitaron a Panamá y Chile, según lo indican antiguos memoriales de servicios, no obstante las dudas que formula José Toribio Medina. De ahí que cuando Cervantes habla de este antiguo Capitán y Encomendero limeño, versificador y belicoso, pendenciero e instruído, diga en encarecidos términos:

*El que en la dulce patria está contento  
Las puras aguas de Limar gozando,  
La famosa ribera, el fresco viento.  
Con sus divinos versos alegrando,  
Venga y vereis por suma deste cuento,  
Su heroico brío y discreción mirando,  
Que es Sancho de Ribera, en toda parte  
Febo primero y sin segundo Marte.*

Para ambos Riberas, primeros frutos intelectuales de la naciente Lima, las esplendorosas octavas de Cervantes sirven de soberbia ejecutoria; y a ellas, mucho más que a las hazañas de sus padres, patriarcas de nuestra ciudad y adalides de la Conquista, deben la resonancia que sus nombres despiertan, y el filial y halagüeño tributo que aquí les rindo.

En el laudatorio catálogo cervantino que examinamos, figura, al lado de los Riberas, otro poeta de Lima, hijo de conquistador, Alonso Picado, que luego se mudó a Arequipa. En Lima residía cuando joven lo prendieron, por haberse desafiado con Sancho de Ribera del cual fue luego muy amigo; y cuando fue amonestado y preso una segunda vez, en compañía de Diego de Agüero el Mozo, por el Gobernador García de Castro, el año de 1567, acusados de intentos de motín y junta sediciosa de feudatarios encomendados para pedir la perpetuidad de los señoríos de indios. Era Alonso Picado el primogénito del célebre secretario de D. Francisco Pizarro, Antonio, ejecutado en la Plaza Mayor de Lima el 29 de Junio de 1541. De él canta Cervantes, aludiendo ya a su domicilio en Arequipa:

*Aquí, debajo de felice estrella,  
Un resplandor salió tan señalado  
Que de su lumbre la menor centella  
Nombre de oriente al occidente ha dado...*

Entre los habitantes de Arequipa, habla también Cervantes del poeta Diego Martínez de Ribera. Nada tenía éste que hacer con los Ribera de Lima pues era extremeño, nacido en Medellín, e hijo natural del Corregidor de Arequipa y antes de Camaná, Alonso Martínez de Ribera. El Diego rememorado por Cervantes fue a su vez alcalde de Arequipa en 1582 y 1590, y murió allí mismo el año de 1600, según las fidedignas noticias que sobre él ha recopilado nuestro contemporáneo investigador de la historia colonial arequipeña, Canónigo D. Santiago Martínez.

El Diego de Aguilar y Córdoba, loado en posterior octava, era el caballero andaluz, autor del poema épico *El Marañón*, vecino de Huánuco, donde murió en edad muy avanzada, y Corregidor de Huamanga en 1603 y 1607, de quien por el cronista agustino Calancha sabemos que igual-

mente compuso el libro de diálogos en prosa *La soledad entretenida*. Asimismo era andaluz Pedro Montes de Oca, Encomendero de Sama, establecido en Lima, y después en Camaná y Arequipa, denominado en los literatos españoles del tiempo *el indiano* por autonomasia, como se ve en los preliminares de las *Diversas Rimas* de Vicente Espinel, otro grande amigo de Cervantes en Sevilla y apreciador de los escritores *peruleros*.

El lusitano Enrique Garcés, traductor de Camoens y el Petrarca, y calificado por Cervantes de *sutil, ingenioso y fácil*, recorrió como minero toda la sierra peruana, desde Cajatambo y Huancavelica hasta Potosí. Estuvo en el Perú más de cuarenta y dos años. Fue una larga temporada morador de Lima, como consta de sus obras y de su correspondencia; en nuestra tierra se casó, y fueron limeños sus tres hijos. Su versión petrarquesca, impresa en Madrid por 1591, lleva la aprobación del poeta Fr. Pedro de Padilla, fraternal amigo de Miguel de Cervantes y antes de su profesión religiosa bachiller de Linares, autor de un *Romancero* engalanado por un soneto del mismo inmortal manco.

Otro sonetista peninsular, establecido en el Perú y recordado por Cervantes, el Capitán Juan de Salcedo Villandrando, era hacia 1630, cuarenta y cinco años después de aparecido su elogio en *La Galatea*, Encomendero y Regidor en la ciudad de La Paz. De los demás poetas del Perú a que Cervantes se refiere, Alonso de Estrada, Rodrigo Fernández de Pineda, Gonzalo de Sotomayor y Pedro de Alvarado, no hay datos ciertos. Si no fuera por Cervantes, ni siquiera sabríamos de su existencia, excepto la de Gonzalo de Sotomayor, atestiguada en los preámbulos del *Marañón* de Aguilar y Córdoba. Ya se ve con todo esto cuán bien enterado de nuestras incipientes actividades literarias estaba Cervantes al publicar en 1584 su obra primogénita; y que no fue ocasional y fugaz su interés lo demuestra que en dos de sus últimos libros volviera a refe-

rirse a hombres y hechos del Perú, como si en los términos inicial y final de su radiosa carrera necesitara atender con cariño y alabanzas a este lejano renuevo de la más genuina hispanidad, en el *Viaje del Parnaso* habló nuevamente de su amigo el perulero Pedro Montes de Oca y del chileno Pedro de Oña, que se educó y vivió siempre en Lima o en sus gobiernos de Jaén de Bracamoros y el Cuzco. En *Persiles y Segismunda*, la obra póstuma, al describir el viaje de los protagonistas de Lisboa a Toledo, se detiene en Trujillo de Extremadura para evocar a D. Francisco Pizarro y al linaje de los Orellanas, como si aun en este postrer libro, de tan errabunda fantasía, quisiera conservar el eco de los más famosos apellidos de nuestra Conquista. Hasta en su ambiente familiar y doméstico tuvo Miguel de Cervantes algunas concomitancias con la historia peruana. Su más querida e influyente hermana, Doña Andrea de Cervantes Saavedra, viuda en primeras nupcias de Nicolás de Ovando, y en segundas del italiano Santos Ambrosi, contrajo tercer matrimonio hacia 1590 con el General D. Alvaro de Mendaña, de estirpe gallega, homónimo y pariente próximo del célebre navegante, sobrino del Gobernador del Perú D. Lope García de Castro. Nuestro Adelantado Mendaña, el descubridor de las islas de Salomón y de las Marquesas, el cercano deudo del marido de Doña Andrea, fue casado con la heroica Doña Isabel Barreto, la cual a su vez viuda del Adelantado fue la primera mujer del General del Callao y de la Mar del Sur D. Fernando de Castro Bolaños y Rivadeneyra, que era de la Casa y sangre del último y más eficaz protector de Miguel de Cervantes, del magnate cuyo nombre patrocinó la Segunda Parte del *Quijote*, las *Novelas Ejemplares*, las *Comedias* y el *Persiles*.

El Avendaño de *La ilustre fregona*, "caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegre y discreto lo que admira", no es un personaje imaginario, sino el

auténtico retrato de un particular amigo de Cervantes y asiduo galanteador de su sobrina Doña Constanza Figueroa de Ovando, la hija de la mencionada Doña Andrea. Apenas trocó el novelista en el nombre de pila de Tomás (que por cierto debió de ser tradicional en aquella familia), el efectivo de Juan, que en *La ilustre fregona* corresponde al padre del mancebo. Este histórico Juan de Avendaño pasó al Perú, donde su parentela ocupaba posición conspicua desde muy anteriores épocas, comenzando por Pedro de Avendaño, el Secretario de Gobernación de los primeros Virreyes. Otro D. Tomás de Avendaño fue posteriormente Alcalde de Lima en 1643, hermano del Canónigo D. Fernando, el Rector de la Universidad de San Marcos y electo Obispo de Santiago de Chile. El D. Juan de Avendaño que nos interesa por su relación con Cervantes, hubo de mudarse de Lima a Trujillo en 1610; y no olvidando a la hermosa sobrina del excelso escritor, le remitía de allí dinero en 1614, según todo lo explica D. Emilio Cotarelo en el estudio *Efemérides cervantinas*, por su parte, Miguel le envió a Avendaño el primer tomo del *Quijote* con dedicatoria autógrafa, inapreciable ejemplar limeño de la primitiva edición, que en el curso de los siglos vino a pertenecer en el XVIII a la sabia Marquesa de Casa-Calderón, Doña Juana Calderón y Vadillo, y en el XIX al abogado quiteño<sup>1</sup> avecindado en Lima, D. Agustín García, y en el cual leyó D. Ricardo Palma, que es quien atestigua tales curiosidades bibliográficas.

En todo el siglo XVII, los cajones que venían de España nos trajeron numerosísimos volúmenes del *Quijote*. No se debilitó mucho la afluencia en la centuria siguiente, como lo prueban los inventarios de las bibliotecas a menudo incluidos en los protocolos testamentarios, y en que casi nunca faltan las frecuentes reimpressiones de Cervantes. Hasta en el primer período de la República no escasearon cervantinos tan entusiastas como el más culto y

literario de los antiguos presidentes del Perú, el General D. Manuel Ignacio de Vivanco, académico correspondiente, que tenía el *Quijote* por su libro de cabecera y recreo diario. Bien le aprovecharon y se le transparentaban sus habituales lecturas, porque el estilo que empleó en sus proclamas y folletos políticos es tan suelto, castizo y sabroso como el de un vallisoletano o burgalés, y resalta consoladoramente sobre la hechiza, desaseada y chabacana parlería de sus declamatorios impugnadores e indigestos contrincantes.

Escuela de heroísmo y de hondo nacionalismo es el *Quijote* para quien sepa leerlo y merezca sentirlo. Es la patética lid entre la ruindad del vulgo y el arrojo del paladín, que sólo sucumbe por falta de exactitud en la información y de encaje en el medio. No combate Cervantes ni satiriza el ímpetu ideal, sino su aplicación desatinada, la ignorancia de las condiciones y límites que la realidad impone, y la alucinación extranjeriza y novelesca que inunda el suelo patrio con los fantasmas y espejismos nacidos en otras tierras y de la mente de ajenas razas. No nos hace amar y venerar a Ginés de Pasamonte ni a los galeotes y mesoneros, sino al bueno y leal Sancho, y principalmente al mismo abnegado D. Quijote, cuando la discreción templó sus nobles locuras y el escarmiento lo ensalza a la cima del valor y de la virtud. Por eso, señores, rindiendo hoy culto al mayor genio de nuestra común estirpe y a las enseñanzas de su máxima obra, ejecutamos de veras labor útil para el Perú, para la regeneración de nuestro carácter étnico y el mejoramiento de las presentes circunstancias.

II

LA GALATEA

Discurso pronunciado en la sesión pública de la Academia Peruana de la Lengua, el 23 de abril de 1935. Se publicó en *El Comercio*, de Lima, al día siguiente, pp. 3 y 5, en *La Prensa*, de Lima, también del 24 de abril, pp. 1, 3 y 10, y en *Discursos Académicos...*, pp. (51)-74. A la presente versión hemos incorporado un breve añadido manuscrito de Riva-Agüero en su ejemplar de ese libro.

## LA GALATEA

**D**ESDE que se reanimó esta Academia Correspondiente, venimos conmemorando en su oportunidad, y en la medida de nuestras posibilidades, el aniversario de la muerte de Cervantes que es el propio día oficial del idioma. Lo celebramos el año pasado, y nos proponemos hacerlo en los venideros, convencidos de que tales actos públicos de recordación y homenaje no carecen de eficacia para mantener y avivar la tradición civilizadora cuyo cuidado nos incumbe. Siendo anuales para nosotros las solemnidades cervantinas parece lo más arreglado distribuir sucesivamente en ellas el contenido que ofrecen sus riquísimos asuntos; y después de mi breve discurso general de la vez anterior, en el que procuré apuntar algunas de las relaciones del gran clásico castellano con nuestro Perú, creo que, en virtud de dicha razón de método y cronología, que toca ahora por espontáneo orden de materias, hablar del primer libro que publicó Cervantes, *La Galatea*, el cual fue además muy conocido y leído en Lima, según

después explicaré, y cuya relativa tenuidad se aviene a mis escasas fuerzas y al limitado tiempo de que dispongo, porque su rápido examen no suscita las temerosas cuestiones de alta estética que *El Quijote* y las *Novelas ejemplares*, ni se halla tan ultimado y exhausto como el de sus mencionadas magnas obras.

Cuando Cervantes comenzó, con la impresión de *La Galatea*, en 1585, su carrera de escritor (porque antes no era conocido sino por algunos pocos versos), volvía del largo cautiverio de Argel, tras las campañas de Italia, Lepanto y Túnez; y de su viaje a Lisboa al tiempo de la reunión de Portugal a España, y la triunfal jornada lusitana de Felipe II. Reinstalado definitivamente en su paterna Castilla, y anheloso de asegurarse recursos y adquirir renombre por medio de las letras, se determina a ensayarse en un género a la moda, la novela pastoril. Ya había ideado, y aún probablemente escrito desde las duras prisiones africanas, las escenas argelinas que luego aparecerán en sus comedias, *Los tratos*, y *Los Baños de Argel*, y otras; y en diversos relatos posteriores del *Quijote* y las *Novelas*. Mas ahora rechaza con tedio los abominables recuerdos de su desventura; y cuando muy incidentalmente le ocurre en esta *Galatea* hablar de los turcos y berberiscos (Libro II, episodio de Timbrio y Silerio; libro V, aventuras de Timbrio, Nísida y Blanca), pondera la barbarie y crueldad de aquellos facinerosos piratas. En la deleitosa convalecencia del retorno a la patria, en el alto refrigerante de la áspera cuesta de la vida que significan sus treinta y cinco años (que es cuando cabalmente redacta *La Galatea*), al tender la vista abarcando el curso de su juventud que se acaba, aleja de sí horrorizado las imágenes de su martirio bajo la enemiga ferocidad sarracena; y en vez de tomar el camino de la literatura morisca (como ya lo había hecho el interpolador anónimo de la *Diana* de Montemayor, con la historia del Abencerraje, y como lo hizo después Pérez

de Hita), se dedicó a la materia europea y clásica por excelencia, a la literatura bucólica en prosa y verso. Como su propio siglo, se complacía en los idilios campestres, apetecido solaz entre los combates encarnizados de la época. El artístico paisaje del Mediterráneo, o el de las orillas del Tajo, da albergue, para las indispensables treguas, a los fatigados guerreros y a los cortesanos afanosos. A la vera de las fuentes y los ríos mitológicos, a la sombra de los mismos laureles, olmos y pinos cantados por Teócrito y Virgilio, los caballeros poetas del Renacimiento, Sannazzaro y el Tasso de la *Aminta*, Garcilaso, Bernaldim Ribeiro, Sa de Miranda y Montemayor (como en el Norte Sidney, Milton y Ronsard, du Bellay, Remy Belleau y Honorato d'Urfé), toman el fresco alivio de la siesta, y se tiemplan, en la dulzura de un ambiente de ensueño, para proseguir la marcha de su encendida y fragorosa edad.

Cervantes, como su vida y su obra entera lo demuestran, vivió prendado siempre de dos países, hermanos y paralelos de su España, y entonces íntimamente confederados con ella: Italia y Portugal. Las ciudades y campiñas italianas y portuguesas y en especial Nápoles y Lisboa, despertaron sus mayores entusiasmos, y fueron los dos imanes de sus amores y sus nostalgias. En ellas transcurrieron sus más alegres años juveniles; y todavía a punto de morir, soñaba con volver a Nápoles, y en las últimas páginas que trazó, en los libros postreros del *Persiles* y *Segismunda*, describía con efusión el puerto y las iglesias de Lisboa, los prados lusitanos y extremeños, las riberas tirrenas y las cercanías de Roma. De estos dos perennes focos de su más ardiente inspiración, Italia y Portugal, provenían los modelos literarios que engendraron *La Galatea*. De un lado, Boccaccio, uno de los patriarcas del Renacimiento, había dado, en su *Ninfale del'Ameto* el primer ejemplo de la novela pastoril, de una composición alegórica, atestada de disquisiciones filosóficas y alusiones recóndi-

tas, bajo el velo de galanteos de pastores y ninfas, y en que la prosa narrativa se interrumpe a cada paso con esmerados versos. Siglo y medio después de Boccaccio, el conocido humanista napolitano Sannazzaro, que se preciaba de oriundez española, desarrolló el género, oscilante de continuo entre la poesía y la prosa, por el carácter acicalado y enfático de ésta y los pródigos intermedios líricos. De su *Arcadia*, novelesco centón de clásicas reminiscencias en que intervienen, bajo pastoril disfraz, varios escritores contemporáneos y amigos suyos, publicado en 1502 y 1504, se derivaron por largo tiempo infinitas imitaciones, en Italia y en toda Europa. De otro lado, las pastorelas y villanelas de la tradición bucólica de la Edad Media, que arrancan desde los trovadores provenzales, llevadas a España, produjeron numerosas obras pastoriles en las literaturas hispanas, ya líricas, ya dramáticas, de que son testimonios en la castellana las de Juan de la Encina, y en la portuguesa las de Gil Vicente y Cristóbal Falcao. Revistieron al cabo la forma de la prosa poética, con la misteriosa y suspirante *Menina e moca* del mencionado Bernaldim Ribeiro. En la confluencia de estas dos corrientes, la italiana clasicista y la lusitana sentimental, se coloca el portugués españolizado Jorge de Montemayor, cuya *Diana*, que debió de salir a luz hacia 1559, es, junto con *La Arcadia* de Sannazzaro, el prototipo a que se ajusta *La Galatea* cervantina. No apreciaba, sin embargo, Cervantes sobremanera esta *Diana* de Montemayor, como es de ver en el capítulo VI de la Primera Parte del *Quijote*. Condenaba por duros casi todos sus versos mayores (pues realmente los menores son, en contraste fluidísimos, y por inverosímiles algunas de sus invenciones portentosas, como el agua mágica de la hechicera Felicia; y con la fundada presunción de haber mejorado la escuela, absolvía condescendiente de la hoguera, por boca del cura, en el escrutinio de la biblioteca de D. Quijote, la obra del rudo predecesor, atendiendo a la pro-

sa que a la verdad no es muy preferible) y a la clemente consideración de prioridad en el tiempo, a "la honra de ser primero en semejantes libros".<sup>1</sup> No alcanza igual indulgencia a su continuación, *Segunda Diana del Salmantino* (1564), o sea del médico de Salamanca Alonso Pérez, que por mala arroja al corral; ni a *Los Diez libros de fortuna de Amor*, aborto del soldado de Cerdeña Antonio Lofrasso (Barcelona, 1573). Profesaba Cervantes, como necesario efecto de su fervoroso culto a las bellas letras, odio encarnizado a la literatura infeliz o perversa, comparable sólo en intensidad con su simpatía por la legítima y su generoso aplauso a la excelente; y no contentándose con haber calificado a Lofrasso de disparatado y risible, en el referido pasaje del *Quijote*, lo vuelve a atacar en el *Viaje del Parnaso* (Caps. III y VII), donde lo zahiere dos veces, apellidándolo poeta desdichado, bárbaro, corriente y traidor enemigo de Apolo, reservaba en cambio merecidas alabanzas para dos émulos y antecesores en la novela pastoril castellana: Gil Polo, autor de la primorosa *Diana enamorada* (1562), que aun hoy nos encanta, de insuperables versos y límpida prosa; y el caballeresco y mundano Luis Gálvez de Montalvo, autor del elegantísimo *Pastor de Filida* (1582), buen amigo de nuestro Miguel, cuya *Galatea* encomió en los preliminares con un caluroso soneto, y a quien él hace figurar y celebra en la propia *Galatea*, con su habitual pseudónimo de *Siralvo*.

Todo arte es en cierto modo un artificio, y reposa sobre convenciones arbitrarias; pero las de la égloga clásica, y más aún de la renacentista, así en poesía como en prosa poética, llegan a los extremos límites de la estilización amanerada. La vida pastoril idealizada hasta lo sumo, vacía de casi toda substancia real, servía de mero pretexto

1 Ver lo que dice sobre la *Diana* de Montemayor mi difunto amigo portugués Antonio Sardinha en su libro *O genio peninsular*, que poseo. [Anotación manuscrita de Riva-Agüero en su ejemplar de *Discursos Académicos*, Lima, 1935, p. 56].

para un puro juego de formas y de discreteos cortesanos. La naturaleza se aderezaba y aliñaba con blandura excesiva, tal como la apetecían aquellas generaciones, que no buscaban en ella, como nosotros, un estímulo, sino un benéfico beleño. La decoración y la acción resultaban amañadas como en un teatro. Las simétricas parejas de pastores y pastoras de igual belleza académica e intercambiable, hasta el punto de confundirse a los ojos de sus mismos amantes, se enlazan y desenlazan, se desvían y reconcilian, forman rondas tan floridas como las guirnaldas con que se coronan, dialogan quintaesenciadas ternezas, lloran melódicamente, y sobre todo recitan versos y cantan sin cesar. El tránsito al drama musical era tan obvio e indicado, que se realizó pronto en Italia. Bastó suprimir o acortar los pasajes en prosa, para restituir el lirismo a su adecuado colmo. Habituáronse por grados a acompañar a menudo de música instrumental los parlamentos y los coros. Aun sin ponerse todavía por entero en música, propendían ya, desde el siglo XVI, en el tono y la lengua, a ser verdaderos libretos de la futura ópera. El año de 1554 inicia la evolución en Ferrara Agustín Beccari, con su drama pastoral *El Sacrificio*. Se suceden, en la corte ducal de Ferrara, las obras maestras teatrales, cuya virtualidad yacían en las églogas de Sannazzaro. El género bucólico se ha depurado, eliminando la narración novelesca. La suavísima *Aminta* del Tasso es de 1573, veinte años antes de que acabara de redactarse nuestra *Galatea*, y el *Pastor Fido* de Guarini es de 1590, cinco años después de la publicación de la misma. Mientras Juan Bautista Marini encrespa y exaspera los idilios, como Góngora y Caravaggio, en el abigarrado énfasis de un ocaso o de una volcánica erupción napolitana, se prepara en Roma la nueva y apacible Arcadia del Janículo; y en Metastasio se funden al cabo inseparablemente la poesía pastoril y la música de ópera. Pero mucho antes de alcanzar este su natural término, se

nota en las églogas renacentistas la tendencia espectacular y escénica, así en las compuestas íntegramente en verso, como en las entreveradas con largos períodos de prosa, acompasados y cadenciosos, que difieren bien poco de los metros regulares. Todas se asemejan a pausadas representaciones en villas clásicas o barrocas. El jardín tiene viales de cipreses, y las emparradas pérgolas lucen hermes de mármol; los regulares estanques, de bordes finos, reflejan los recortados bojés y los mirtos fragantes; los laberintos de verdura, con columnas y estatuas, son propicios a las sorpresas y reconocimientos; las grutas artificiales muestran cifras e inscripciones amoratorias; y por las curvas escalinatas asciende al proscenio, al compás de una música lenta de violas y flautas, el cortejo de damas y caballeros enamorados que, a usanza de las fiestas palaciegas, ocultan el rostro con antifaces de pastores, y cubren las brosladas y enjoyadas vestiduras con pulcros y vistosos pellicos, y albas túnicas de ninfas y de náyades. Cuando el ordenador de tan selectas diversiones campestres es un poeta genial, como el Policiano o Garcilaso, el Tasso o Guarini, Sidney o Edmundo Spenser, el efecto de los mejores trozos no desdice del de los frescos de Rafael, en las Estancias y las Loggias, que son también alegorías exquisitas y estáticas; y los autores de menos cuenta o de época inferior, compiten a ratos con los paisajes del Dominiquino, de Guido Reni o del Albano.

Después del maravilloso valenciano Gil Polo, ningún otro de los prosistas pastoriles españoles (como tampoco ningún novelista bucólico italiano), llegó a tales cumbres luminosas, dominio de los puros poetas, como lo fue Garcilaso. Ni siquiera pudo lograrlo el gran Lope de Vega en su presuntuosa y rebuscada *Arcadia* (que debió de componerse hacia 1590, aunque se publicó mucho después). Cervantes, que lo antecedió y lo supera en esto, como en todo lo que es prosa, se equipara cuando menos con Gál-

vez de Montalvo, y vence a Jorge Montemayor en agrado y estilo, no obstante la más dilatada influencia forastera que obtuvo la primitiva *Diana*. Desde el prólogo, en que califica exactamente de égloga su libro, nos da a entender que esta su obra primogénita es como una prueba o estudio de composición, “para enseñorearse del artificio de la elocuencia que cabe en la propia lengua”, y para prepararse así “a empresas más altas y de mayor importancia”. Estamos, pues, advertidos. Pretende adiestrarse en *escritura artística*, como se habría dicho a fines del siglo pasado; se propone hacer gala de bizarrías de expresión, enriqueciendo el caudal del idioma, “contra los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana”. Aspecto inédito y hoy paradójal: este mozo Cervantes neologista, como el Maestro sevillano Medina y el *divino* Fernando de Herrera, enemigo como ellos de los puristas rancios, en lo que llevaban mucha razón, pues el castellano no estaba aún adulto, y sus medioevales rugosidades y asperezas requerían labrarse y redondearse con la amplitud, morbidez y número de los dechados italianos. Eso es lo que Cervantes procura; y su ambición estriba en contribuir al perfeccionamiento de la prosa patria, como medio siglo antes, por la precocidad natural de las formas métricas, el malogrado Garcilaso, otro guerrero italianizante, había conseguido ennoblecer y suavizar el verso endecasílabo. Su tarea lingüística y retórica le interesa más que el propio argumento. Llega al extremo de emplear italianismos superfluos, que después abandonó, como *no te cale* por *no te importe* (Libro Segundo), y *apuntamiento* por *cita* o *concierto* (Libro Quinto). Manifiestas pruebas de lo embebido que estaba en el habla que era entonces el vehículo de la civilización moderna.

Esta dominante preocupación formal, del vocablo, de la frase y del período, este afán verbal y preciosista, de

opulencia en las descripciones, de sutileza y cortesía en los diálogos, y de musicalidad e hipérbaton en las inflexiones y las cláusulas, hace de *La Galatea* un reflejo, aunque discreto, del latinizante y pomposo estilo de Boccaccio; y un alarde de *virtuosidad* que, salvando enormes distancias de tiempo, escuela, tema y procedimientos, no deja de recordar otra inconclusa novela poética o poema en prosa, de hace cuarenta años, *Las virgenes de las rocas*, de D'Annunzio.

Sus calidades extrínsecas de técnica, no deben hacernos olvidar el significado y méritos intrínsecos de *La Galatea*. Es desatinado sostener que Cervantes desdeñaba sus primicias. Muy al contrario, no desperdició ocasión de traerlas a la memoria del público y defenderlas. En la Primera Parte del *Quijote* (Cap. VI) alabó la invención o trama de su primer libro, pidió para él benevolencia, lo salvó del riguroso juicio del cura, y prometió continuarlo. Y bien mirado ¿qué es en este primer *Quijote* (Caps. XII, XIII y XIV), sino una repetición de la manera y formas de *La Galatea*, apenas levemente naturalizadas y satirizadas, el episodio de Marcela y Crisóstomo? Volvió a prometer concluirla, en el prólogo de la Segunda Parte del *Quijote*; y por la aprobación de Márquez Torres, vemos allí mismo que era conocidísimo y aplaudidísima en Francia. Se jacta de ella en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, en el *Coloquio de los perros* y en el *Viaje del Parnaso*. De nuevo aseguró la continuación en el prólogo de las *Comedias*, y todavía pensaba adicionar y publicar dicha segunda parte cuando la enfermedad lo ataba a su lecho de muerte, porque así se lo dice en la última carta al Conde de Lemos, a semejanza de su héroe D. Quijote, que a punto de morir soñaba con el pastoril ejercicio, y oía gustoso de labios del bachiller Sansón Carrasco el nombre de *La Galatea*. Su rival Lope de Vega la había ensalzado

años antes en las comedias *La viuda valenciana* y *La dama boba*.

Los muchos versos que se intercalan en el relato de *La Galatea*, y que aproximadamente componen la tercera parte de los dos volúmenes, fruto de los viajes y mocedades de su autor, y algunos quizá anteriores a su cautiverio, son tersos, entonados y galanísimos; y acaban de refutar la irrespetuosa y necia opinión de ciertos cervantistas y críticos presumidos, sobre la insignificancia de Cervantes como versificador. No hay para ello sino releer en el Libro Primero las cortesanas glosas:

*Oa la esperanza es perdida  
y un solo bien me consuela;*  
.....

en el Libro Segundo:

*Yo moriré desterrado,  
porque tú vivas contenta;*  
.....

en el libro Quinto, los acabados sonetos de Silerio y Erastro, y las coplas de Timbrio y Lauso, dignas de antología; y en el Cuarto, la hermosa canción, que recuerda a Horacio y Fray Luis, sobre los desengaños de la Corte y los placeres del campo:

*El vano imaginar de nuestra mente*  
.....

dirigida a Larsileo, o sea a Mateo Vásquez, Secretario del Rey D. Felipe II, y destinatario igualmente de aquella análoga y robustísima epístola autobiográfica en tercetos, que Cervantes escribió desde las cárceles de Argel. Otros muy bellos tercetos, de filosofía petrarquesca y platónica, nos deleitan en el Libro Tercero, *De Timbrio a Nísida*:

*Salud te envía aquel que no la tiene*  
 .....  
*Dicen que no hay amor sin esperanza*  
 .....  
*Aro en el mar y siembro en el arena*  
 .....

Para mostrar su destreza en las combinaciones métricas que provenían de fuera, usa bastante, como Garcilaso, Gil Polo y Montalvo, de la rima interior en el verso libre, la llamada en Italia *rima percossa* o *al mezzo*. En el Libro Tercero, por ejemplo, las de Crisio:

*Siento, pastor, que tu arrogancia mucha*  
 .....

de Orfenio:

*Tiémpla ese brío o muéstralo a su tiempo*  
 .....

y de Orompo:

*Esta maraña quedará muy clara*  
 .....

Pero no se limita a semejantes modas rítmicas, de muy relativa novedad, pues ya contaban medio siglo de introducidas; sino que, por prurito de lucir su maestría en todas las escuelas, resucita, con diletantismo arqueológico que parece propio de nuestros tiempos, la vieja copla de *arte mayor* del venerable Juan de Mena; y en el mismo Libro Tercero, pone así en labios de Orompo desusados acentos medioevales:

*Salid de lo hondo del pecho cuitado  
palabras sangrientas, con muerte mezcladas*  
.....

con todo lo que sigue, en que de propósito emplea términos anticuados: *subjeto, agora, ñudosa, sospiros*. De modo que el Cervantes joven no nos aparece a la vez neologista y arcaizante. Y la razón es que, obedeciendo a ineludible regla, comenzó por imitar a los que en su época gozaban de mayor crédito, tanto a los novadores como a los retrógrados, a los italianizantes como a los mantenedores de las coplas añejas; a los exclusivos renacentistas que, absortos en las exhumadas reliquias paganas, no ideaban como él para sus amadas mejor loor que reputarlas:

*Dignas de mármol, de corona y templo,*

y a los que se retardaban en las sutilezas conceptistas y delgadeces de estilo a que propende el temperamento nacional español, de las que luego se burló en el *Quijote*, y que aún estaban aureoladas por la tradición de la novela sentimental portuguesa y castellana. Mas ya, en medio de todos estos resabios y pegadizas maneras, es de veras Cervantes; y se presiente lo que ha de ser cuando afirme su personalidad, cuando acometa "más altas empresas y de mayor importancia", y produzca "adelante obras de más gusto y mayor artificio", como anuncia con noble confianza en el citado prólogo de *La Galatea*, cuando

*descubra claro su valor el cielo,*

como lo profetizaba, en los preliminares de la misma, su amigo Gálvez de Montalvo.

El vaticinio comenzaba a verificarse, no obstante las añiñadas falsedades y deficiencias del género escogido

para el ensayo. Extremada y empalagosa era la dulcedumbre del idilio pastoril, según lo concebía y ejecutaba la literatura del tiempo. Venía a ser como aquellas lánguidas y afeminadas músicas, y adobadas y aromadas comidas, a modo de unguentos y bálsamos, como el *candiel* o como aquel *manjar blanco* que un napolitano hispanófono, Antonio de Ferraris, apellidado él también por cierto *Galateo* y rememorado por Croce, vituperaba a los españoles haber llevado a Italia. Aunque el demasiado almíbar literario y arcádico, no sólo de España y Portugal, sino muy principalmente de Italia dimanaba. Aparatos de confitería, simulacros de azúcar candi, según con fundamento los motejaba Lord Byron siglos más tarde. Pero a veces, entre estas figuras de alfeñique, desenterramos camafeos, medallas de bronce y bustos marmóreos; y al pie de ellos, es placentero apartar las viciosas hierbas del barroco huerto, que cubren los epígrafes de héroes o humanistas. Porque fue ley constante de estas novelas, desde *La Arcadia* de Sannazzaro hasta la de Lope de Vega y la *Astrea* de Urfé, embozar, bajo nombres pastoriles, discursos y lances de personas ilustres. En nuestra *Galatea*, Cervantes avisa desde el prólogo “que muchos de los disfrazados pastores lo son sólo en el hábito”. Antes hemos dicho que Larsileo es el Secretario del Rey, Mateo Vásquez, condiscípulo de Miguel en Sevilla. Siralvo es el gentilhomme Luis Gálvez de Montalvo, caballero de la Orden de Malta, autor de *Filida* y traductor del Tasso, que debió de conocer a Cervantes en la flota de Nápoles y que a fines del siglo XVI murió en Palermo, en un accidente del recibimiento del Virrey Alba de Liste, Artidoro, Crisio y Tarsi son tres famosos poetas: los valencianos Rey de Artieda y Cristóbal de Virués, y el *divino* Francisco de Figueroa, paisano de Cervantes como nacido en Alcalá de Henares. En el Libro Segundo de *La Galatea* están citados notorios versos de este Francisco de Figueroa; y en el Libro Cuarto se

refiere que "fue criado en reales cortes y conocidas escuelas". Por otra parte, sabemos que estuvo en Italia y Flandes. Artista voluptuoso y casi pagano, tanto que alguna de sus canciones, a que aludió Cervantes en el mismo Libro Segundo, hubo de ser alterada al imprimirse, para disimular su erótica vivacidad. Vienen después los políticos, como el gran bibliófilo e historiador D. Diego Hurtado de Mendoza, Embajador en Venecia, Trento y Roma; y como en una ráfaga de gloria, aparece recordado en el Libro Quinto, bajo el transparente pseudónimo de Astraliano, D. Juan de Austria, el épico jefe de Cervantes. Igual sistema de clave y de continuas alusiones a figuras y sucesos contemporáneos, fue, como acabo de decirlo, el de los paralelos novelistas franceses, de Urfé a Mlle. de Scudery, según los críticos de aquel país, y en especial Víctor Cousin, lo han comprobado.

*La Galatea* está dedicada al Cardenal Ascanio Colonna, hijo de otro reluciente General de Cervantes y vencedor de Lepanto, Marco Antonio Colonna, el Duque de Paliano y Virrey de Sicilia, que acababa de morir en la villa de Medinaceli. En incontables páginas murmuran las ondas del *patrio Henares* y las del *dorado Tajo*, con sus olmos y alamedas. A menudo, la clara linfa del arroyo pastoril, incolora y fría, y la quietud melíflua de los idilios abstractos, situados allende el espacio y el tiempo, se desgarran para poner de manifiesto el matizado fondo de naturalismo y la fiereza de lo que era la actualidad española. Desde el Primer Libro, en los amores de Lisandro y Leonida, se entreen los crueles bandos de Ponces y Guzmanes de Sevilla; y en el Segundo, las facciones catalanas de Niarros y Cadells. Desde este mismo Libro Segundo comienza la romántica, españolísima y caballerisca historia de los dos amigos jerezanos Timbrio y Silerio. Salvos los clásicos nombres, nada falta en ella del más genuino y truculento romanticismo de 1830. Pendencias y banderías

en Jérez y en Perpiñán, cuadrillas de forajidos en las sierras y chusmas de corsarios en el mar. Condenado Timbrio a ser ajusticiado en un pueblo de Cataluña, y sacado al suplicio en solemne procesión de frailes, con el crucifijo delante, lo libra a estocadas su compañero Silerio, y se asila en una iglesia. Enseguida, el pueblo es entrado a saco por piratas berberiscos; y Silerio se refugia en un monasterio de la montaña. Pasan a Italia; y ambos se enamoran de Nísida, hija de españoles nobles, avocindados en Nápoles. En el Libro Tercero, Timbrio vence en combate singular a su antiguo adversario jerezano Pransiles, ante numeroso concurso de gente y en una gran liza con estacadas, que para el desafío le ha brindado su amigo el Duque de Gravina. Tras infinitas peripecias, Silerio se hace ermitaño en Castilla; y acaricia sus penas y añoranzas a la sombra de los olivos, tocando el arpa a la luz de la luna. Entre sus reminiscencias de sus amores de Italia, la amarga misantropía le hace invocar la muerte y anhelar el reposo del sepulcro, como un Chateaubriand o un Lamartine de la pasada centuria:

*¡Horas a cualquier otro venturosas!  
¡Aquella dulce del mortal traspaso,  
aquella de mi muerte sola os pido!*

Cuando, para sujetarse a otro de los inexorables requisitos de estilo seiscentesco, diserta sobre el amor platónico en el Libro Cuarto, copia literalmente las *Asolanas* del Cardenal Bembo (conforme ya lo advirtió el crítico napolitano moderno Savy-López), y los *Diálogos de Amor* del judío León el Hebreo o Judas Abarbanel, que era el libro favorito de Cervantes, como lo fue de nuestro Inca Garcilaso, el cual lo tradujo. Tan elegantes disquisiciones filosóficas contrastan con el tono realista que, por excepción, reviste la égloga en unos pocos pasos. Sannazzaro

se eclipsa por instantes; y asoma el castizo coro de los *charros salmantinos*, los mismos de Juan de la Encina. Estos efectivos pastores, que fugazmente irrumpen en la adornada escena, no se llaman, como los otros, Orompos, Marsilios ni Orfenios, sino Blases y Mingos (Libro Primero). Ellos son los que inspiran el labriego epitalamio que canta Arsindo a fines del Libro Tercero:

*Logren siempre su semilla  
en el campo y en la villa,  
cogida a tiempo y sazón,  
no entre en sus viñas pulgón  
ni en su trigo la nequilla.*

*Y dos hijos presto tengan  
que, en siendo crecidos, vengan  
a ser el uno doctor,  
y otro, cura del lugar  
Sean siempre los primeros,  
que sí serán, y aun señores,  
si no salen fiadores  
de agudos alcabaleros.*

Ya es el ambiente popular, regocijado y verídico de las bodas de Camacho en la Segunda Parte del *Quijote*, La gaita mazorana, el tamboril y la castellana dulzaina han acallado momentáneamente las liras clásicas.

En el Libro Quinto, y en la continuación de la misma historia de Timbrio y Nísida, hay trozos vibrantes y conmovedores, porque nos revelan impresiones directas de nuestro ínclito autor. Lo son los relativos a la sorpresa por bajeles turcos, pues narran su propia captura en 1575, con pocos ingredientes novelescos. Sirven mucho para esta parte de su biografía, adicionándolos con los que sobre el mismo tema escribe en *La española inglesa* y en la *Epísto-*

la a *Mateo Vázquez*, a que nos hemos referido atrás. Pero cuando componía *La Galatea*, los moros eran para él una pesadilla, que no deseaba sino execrar. Por eso abrevia el relato; y dispone que sus protagonistas se salven muy luego, mediante una tempestad y una providencial arribada forzosa a playas cristianas. Donde se espacia, con explicable fruición y deliquio, es en las pinturas de su amada Italia, y en particular del golfo de Génova. Allí había estado efectivamente, un año antes de caer cautivo. Fué como militar, en 1574, a sosegar tumultos de la protegida república, con su tercio español, cuyo jefe era el Duque de Sessa. Evoca embelesado las imágenes de aquella estancia: “la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles que, heridos de los rayos del sol, reverberan”. Luego viene el espectáculo nocturno, el claro de luna, en frases musicales, de melancólica molicie: “Una noche, me acuerdo, —y aun es bien que me acuerde— estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas a los árboles, los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navío tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que había y por la que el cielo le aseguraba, en medio de este silencio y de mis imaginaciones, sentado en el castillo de popa, tomé, el laúd y comencé a cantar:

*Agora que calla el viento  
y el sesgo mar está en calma”*

.....

Y agrega más abajo: “La claridad de la noche, el fresco y agradable viento que comenzó a herir las velas próspera y blandamente, el mar tranquilo y desembarazado cielo”. Parece que contempláramos una marina de Claudio Lorena, o que oyéramos el preludio de la voz de Lamartine en su *Décima armonía*, dedicada a la propia bahía de Géno-

va. Bien conocemos que el moderno es mucho más amplio, sonoro y refulgente que el primitivo artista; pero la sobriedad antigua tiene su inefable encanto, y la fantasía aviva el vocabulario marchito por el uso y sabe que fue fresco un tiempo, como lo fueron las seculares sedas descoloridas, los cuadros patinados de los museos y los oros viejos de los retablos.

Igual ocurre con la última escena de *La Galatea*, grandiosa en verdad: las exequias del anciano pastor Meliso, o sea del egregio escritor y diplomático D. Diego Hurtado de Mendoza (Libros Quinto y Sexto). La castellana cuenca del Tajo está, más que pintada, sugerida, con muy firmes y fieles toques. Es el sol de la descampada meseta de Castilla, "que con vivo resplandor convida a regocijo". Son sus verdes recuestos y lomas, sus páramos y cambroneras, rebaños en la lejanía de las sierras; y en las vegas y encañadas de aquella tierra bravía, "las varias y odoríferas flores", el capitoso perfume de los jardines españoles, "los olivos, los jazmines, los laureles, y los mirtos". (Libro Sexto). Esas fuentes, esas olmedas, esa sinuosidad de ríos y arroyos, esos *abrazos, entradas y salidas de las aguas*, esas claras fábricas alternadas con negras pizarras, parecen de Aranjuez. Se suceden al punto, "en las riberas, muchas aldeas y ricas caserías"; y "la industria de altas ruedas, con cuyo continuo movimiento", como el celeberrimo artificio de Juanelo, sacan el caudal del profundo cauce "y humedecen las eras que por largo espacio están apartadas". No hay duda que ya estamos en Toledo. Sobreviene el elogio de la hermosura y discreción de sus mujeres. Alíneanse los orientales cipreses en la Vega, por cuatro largas calles. Los funerales de Mendoza se celebran al aire libre; pero al propio tiempo reparemos que nos habla Cervantes, en lírica vaguedad, de sepulturas de jaspe y de mármol, de epitafios sonoros, de obscuras piedras y labrados alabastros, que consueñan con el recinto de una

suntuosa capilla del Renacimiento. Diríase que estamos en la Catedral, cabe el arco que guarda los restos del gran Cardenal, tío del difunto. En una mezcla de religiosidad católica y recuerdos paganos, sello de la época, vemos piras y nubes de incienso, oímos música y endechas pastoriles, y santos himnos y devotas oraciones, y el susurro de los responsos y del repetido *amén*. El sacerdote anciano Telesio (nombre muy napolitano, que con poco trabajo podría aplicarse a algún Canónigo o Arzobispo toledano italianizante), pronuncia la oración sobre D. Diego de Mendoza, y panegiriza "sus virtudes, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática, la excelencia de su poesía, y sobre todo la solitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religión que profesado había". Y con no menos sonoro ritmo, continúan los versificadores pastoriles encomiando los méritos del prócer en su larga y nobilísima carrera:

*Después que, en el aprisco veneciano,  
las causas y demandas decidiste  
del gran pastor del ancho suelo hispano,*

*después también que con valor sufriste  
el trance de fortuna acelerado,  
que a Italia hizo, y aún a España, triste,*

*sin que las fieras armas del Oriente  
ni la francesa furia inquietase  
tu levantada y sosegada mente.*

Cae la noche, el lunado cielo se aborrasca, y fulgen las antorchas junto a la tumba. ¿No creeríais que se anticipa (ciertamente en muy pocos años, quizá en meses) la composición del *Entierro del Conde de Orgaz*? Para que nada

falte, he aquí la visión: sube de la sepultura un grande y maravilloso fuego, y los deslumbrados asistentes contemplan en lo alto a una ninfa, Calíope, “vestida de una sutil tela de plata y otra vestidura verde, y en la mano derecha una amarilla palma”; toda la frígida gama de la paleta del Greco. Y así como la *Diana* de Montemayor despliega en verso, en el *Canto de Orfeo*, la tapicería de las grandes damas españolas contemporáneas, y Gil Polo en el *Canto de Turia* convoca a señores y poetas valencianos, la Calíope de Cervantes reúne en torno del catafalco de Mendoza a los más notables rimadores vivos, de España y de sus Indias. Visto así, el efecto es de una supremamente castellana pompa funeral, salida, pese al disfraz bucólico, de las hondas entrañas de la raza. Son los convidados de honor a las exequias de D. Diego. Llamados por los acentos de Calíope, desfilan en los medallones de las rotundas octavas. Es como si el furor de las teas relumbrara en las repujadas armaduras y en los ornamentos sacerdotales de los congregados. ¿Quién pretenderá, si algo alcanza de aquel siglo, que Cervantes enumeró a anónimos y a vulgares? Se presentan primero dos valientes capitanes, uno de Europa y otro de América, D. Alonso de Leiva, cuyo apellido y hechos tienen resonancias de gesta, y D. Alonso de Ercilla, el épico cantor de *La Araucana*. Luego, el portugués D. Juan de Silva, Conde de Portalegre; y el Embajador D. Francisco de Mendoza, pariente del muerto homenajeado. Pasan ahora, en la comitiva los Grandes del ingenio; y se llaman Lope de Vega, Fernando de Herrera, Francisco de Medina, Luis de Góngora, Fray Luis de León, los hermanos Argensolas, Rey de Artieda, Gil Polo, el Conde de Elda, rodeados de pajes, servidores y satélites. En un ángulo del rico y sombrío cuadro, y de seguro no en el más desfavorecido, se divisa, entre tan ilustre concurrencia, un grupo de nuestros coterráneos: escritores peruleros, peninsulares unos que se radicaron en el Perú, y otros caballe-

ros criollos que pulían cortesanas canciones y sonetos, de que apenas nos quedan vestigios. Nuestra patria, que no es tan joven, está representada, con sus honrados nombres, en la obra cervantina que analizamos. El año pasado, en tal día como hoy, os hablé de ellos; y no quiero repetirme sino cuando es indispensable. Por eso rectificaré muy poco y concisamente; y ante todo, que el D. Juan Dávalos de Ribera, ensalzado en la octava LXX del *Canto* de Cervantes, no falleció, como dije, en Lima, sino en sus tierras del valle de Pisco, el 20 de Mayo de 1622; y que, no obstante lo que consignó el comentador de *La Galatea*, mi lamentado amigo D. Adolfo Bonilla, nada tiene que hacer aquel D. Juan con otro esclarecido criollo, el agustino Fray Juan de Ribera, Obispo de Santa Cruz en el Alto Perú, nacido en Lima o Pisco el año de 1588, Catedrático de Teología en el Colegio de San Ildefonso, en cuyo antiguo local precisamente hablo, Catedrático Perpetuo de Sagrada Escritura en la Universidad de San Marcos, y muerto en la villa de Oruro el año de 1660. Este Fray Juan de Ribera no fue, como el Encomendero D. Juan Dávalos, de la sangre del Conquistador Ribera el Viejo, sino de la del Conquistador Ribera el Mozo; y por eso los cronistas de su orden nos dicen que era pariente de los Agüeros, Zárates y Verdugos. A la misma familia del Obispo de Santa Cruz, rememorado por Bonilla, pertenecía Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, primogénito de dicho Conquistador Ribera el Mozo y loado en la octava LXXI del *Canto* de Cervantes que examino. Menéndez Pelayo (*Historia de la poesía hispano-americana*, edición de Madrid, 1913, tomo II, cap. X, *Bolivia*, pág. 271) confunde a este Capitán D. Sancho de Ribera, Encomendero de Maranga, Huática, Végueta y Canta en Lima, con el otro poeta, vecino de Arequipa, Diego Martínez de Ribera, nombrado en la octava LXVII de Cervantes. José Toribio Medina, en sus *Escritores americanos celebrados por Cervantes* (Santiago

de Chile, 1926, pág. 79), yerra igualmente acerca de este Sancho de Ribera, pues lo tiene falsamente por nieto de Ribera el Viejo cuando es indudable y ya lo hemos probado, que no perteneció a tal prosapia. Enrique Garcés, en su traducción del Petrarca, le dedica un soneto a Sancho de Ribera, que recordaremos más adelante y Medina transcribe, y que Bonilla creyó de la pluma del propio Ribera. Bonilla ha confundido de igual modo, en las notas de *La Galatea*, al General D. Alonso Picado (el del soneto en el poema *El Marañón* de Aguilar y Córdoba) con su padre Antonio Picado, el secretario del Marqués D. Francisco Pizarro, ejecutado por los almagristas en 1541. La razón de esta fecha demuestra evidentemente que el encumbrado por Cervantes en la octava LXVIII de *Calíope*, es el hijo del Secretario, el sonetista, Encomendero en la provincia de Arequipa, el que sabemos que riñó en Lima con el tantas veces mencionado Capitán D. Sancho de Ribera.

Tampoco estuvieron en lo cierto D. Cayetano de la Barrera, Menéndez Pelayo y Bonilla en identificar a D. Diego Sarmiento de Carbajal, alabado en la octava VIII del referido Canto de *Calíope*, con el D. Diego de Carbajal cuyos versos figuran en los preliminares de la *Miscelánea Austral* de Dávalos y Figueroa. El D. Diego de Carbajal que exornó con dos sonetos esta *Miscelánea Austral* (Lima 1602), y con otros versos el *Poema heroico del asalto y conquista de Antequera* de Carbajal y Robles (Lima 1627), y la *Inmaculada* de Olivares Butrón (Lima, 1631), es el muy limeño D. Diego de Carbajal Vargas y Marroquín de Montehermoso, cuarto Correo Mayor del Perú, Señor del Puerto y Valfondo en Extremadura de España Corregidor de Canta, Cañete y Pisco, y casado en Lima el año de 1595 con Doña Isabel de Córdoba Avendaño y Mendoza. Entre sus próximos apellidos no lucía el de Sarmiento; y en consecuencia, no ya su identidad, su relación conocida con el poeta celebrado por Cervantes, no existe.

De quien sí era pariente nuestro Correo Mayor, y Encomendero de Huarochirí e Ichohuari, era de otro caballero limeño versificador, D. Diego de Vargas Carbajal y Dávalos de Ribera, Señor de Valero en Extremadura, y en el Perú Corregidor de Moquegua, Teniente General del Callao y Almirante de la Mar del Sur, avecindado en el Cuzco y casado con Doña Usenda de Loaysa Castilla y Bazán, cuyos retratos se conservan en la Iglesia cuzqueña de la Merced, muy devoto del santuario de Copacabana en el Collao, al cual donó sus joyas, según refiere Calancha, y apodado *Pompiña*, del cual trato en mi reciente estudio sobre el Conquistador Nicolás de Ribera el Viejo y sus descendientes. Hay un soneto suyo en los preliminares del citado poema *Asalto y conquista de Antequera* de su escudero Carbajal y Robles (el mencionado y galardonado en el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega), después del soneto de su referido primo, el Correo Mayor. Ambos sonetistas limeños pertenecían al linaje de Gutierre de Carbajal, otro poeta elogiado por Cervantes, en la octava IX del *Canto de Caliope*, y del homónimo Obispo de Plascencia, traído a colación en las notas de *La Galatea* por Bonilla y Schevill, y constructor de la espléndida capilla gótica de Madrid, que se conserva, con su estatua y las de sus padres, al lado de la costanilla y la iglesia parroquial de San Andrés.

Ya se comprende que, con tántas conexiones en el Perú de los magnificados en el *Canto de Caliope*, *La Galatea* tuviera que ser muy buscada y leída en Lima. Así lo fue, y nos consta. Por copias de escrituras que me ha franqueado mi erudito amigo Mr. Bertram T. Lee, se viene en conocimiento de que, a principios del siglo XVII, y con especialidad en el año de 1606, la principal librería limeña de entonces, situada en la calle de las Mantas, y perteneciente a Miguel Méndez y Juan de Sarria, ofrecía en venta y expendía no menos de *cuarenta* ejemplares de *La Galatea*

y ciento del primer *Quijote*. Se vendía de ordinario *La Galatea* junto con el *Lazarillo de Tormes*, a seis reales cada ejemplar. Por lo visto, nuestro carácter nacional, desde sus albores, reunía en sus aficiones los dos contrarios extremos del quimérico idilio pastoril y la desengañada sátira picaresca. En el catálogo manuscrito parece leerse a veces *El Galateo*, pero debe de ser error, y no único, del atropellado plumario. Desde luego que no hay que pensar en el *Galateo* napolitano, el De Ferraris hispanóphobo que arriba apunté porque, a más de mil razones, permaneció inédito hasta el siglo XIX. Pero ni aun creo que pueda ser el relativamente conocido manual de urbanidad y reglas sociales de Messer Giovanni della Casa, traducido o mejor dicho refundido por el doctor sevillano Domingo de Beccerra (Venecia, 1585), uno de los compañeros de Cervantes en Argel y recordado en la octava LI del mismo *Canto de Caliope*, e imitado por el censor de obras Tomás Gracián de Alderete y Dantisco (Madrid, 1594), al cual está dedicada la octava XXXVIII. Eran autores muy secundarios. En cambio, la inmediata e inmensa popularidad de Cervantes en el Perú se patentiza con los muy numerosos ejemplares del *Quijote* (que los protocolos de escribanos descifrados por Mr. Lee revelan muy abundantes desde el primer semestre de 1606), y con la mención de sus héroes, el Caballero de la Triste Figura y Sancho Panza, hasta en fiestas públicas y máscaras de apartados rincones serranos. La difusión de *La Galatea* dondequiera se muestra en los testimonios de Lope de Vega y Márquez Torres. Lógico era que se la solicitara y hallara en Lima, donde residían tántos deudos y amigos de los rimadores que sus páginas elogiaban. Quizá la edición que abundó entre nosotros fuera la de Lisboa (1590), porque las impresiones de esa ciudad marítima nos llegaban fácilmente. Ni hay que maravillarse de la predilección en la antigua Lima por los más exquisitos libros. Mucho antes de esa

época, a principios de 1543, en medio de las tremendas guerras civiles, se vendió, en la Plaza de Armas y en su-basta, según papeles coetáneos que conservo, la biblioteca del primer Obispo del Cuzco, Fray Vicente de Valverde, el asendereado dominico de Cajamarca, y capellán de Pizarro; y en su librería se enumeran los tratados de Erasmo y las comedias de Terencio. El Tesorero Alonso Riquelme adquirió a muy buen precio los opúsculos del gran humanista holandés; y las obras del más elegante dramaturgo latino, las compró el soldado conquistador y cronista Juan de Betanzos, el marido de la Princesa incaica Doña Angelina y Encomendero de Saquisana en la comarca de Azángaro. Así era la decantada barbarie e ignorancia de la Conquista. Y en 1583 vemos, por diversos documentos que ha exhumado Mr. Lee, que los libreros limeños vendían a profusión, no obstante las leyes prohibitorias, *La Celsitina*, los cancioneros de Jorge de Montemayor, el *Amadís*, la *Propaladia* de Torres Naharro, las comedias de Lope de Rueda, siempre el *Lazarillo de Tormes* y el *Orlando furioso*, al propio tiempo que las poesías de Garcilaso, los volúmenes de Fray Luis de León, el *Patrañuelo* de Timoneda, *La Araucana* de Ercilla y hasta la *Odisea* de Homero. Mucho después, la duradera predilección de nuestros paisanos por *La Galatea* de Cervantes, hizo que el ruidoso y vagabundo limeño Olavide, por el año de 1783, ayudará a Florián a traducirla y refundirla en francés; arreglo que alcanzó gran boga en la sociedad europea de los últimos años de Luis XVI, en los días del Trianón de la Reina María Antonieta. Por esta colaboración de Florián y Olavide, *La Galatea*, a través de ciertos ecos de Bernardino de Saint-Pierre (que tuvo el acierto de cambiar por otro exótico el ya marchito escenario pastoril), ha influido un tanto en la novela idílica moderna.

Y agotadas estas referencias de historia literaria y local, no proseguiré en las tocantes al lusitano Enrique Gar-

cés, el traductor de Camoens y del Petrarca, al cual dedica Cervantes la octava LXXV, que vivió largos años en el Alto y Bajo Perú, y celebró a nuestro Sancho de Ribera en aquel soneto altisonante:

*Sancho, que aumento das con tu Ribera  
a la que del boscípite Parnaso*

.....

porque no quiero fatigar más vuestra paciencia, dilatando este desmesurado discurso; y porque sobre la controvertida estancia y canonicato del propuesto personaje Enrique Garcés en Méjico, y el sospechoso silencio al respecto de Beristain, la autoridad competente, a quien atañe la indagación es a la ilustre Academia Mejicana. Por feliz coincidencia, uno de sus más prominentes miembros, el R.P.D. Mariano Cuevas, autoriza y realza, con su asistencia personal, esta conmemoración cervantina; y en breve hemos de escuchar su sabia disertación sobre el idioma castellano en Méjico. Le ruego que sea órgano de mi consulta; y que transmita igualmente a sus colegas doctísimos, nuestros cariñosos saludos fraternales. El Padre jesuíta Cuevas, el insigne historiador y arqueólogo, el puntual y fidelísimo escudriñador de la vida religiosa, social, literaria y política de la Nueva España, honor grande de su patria y de toda nuestra común raza hispanoamericana, sabe que yo, y los muchos buenos que conmigo piensan, aprecian y disciernen, correspondemos a sus elevados sentimientos, lo acompañamos muy de veras en sus justísimas tribulaciones, compartimos sus anhelos y esperanzas, lo admiramos, lo aplaudimos y lo veneramos.

III

LOPE DE VEGA

Discurso pronunciado en la sesión pública de la Academia Peruana de la Lengua el 27 de agosto de 1935, en la cual se conmemoró el III centenario de la muerte de Lope de Vega. El Comercio, de Lima, lo publicó los días 28 a 31 de agosto y 1º a 6 de septiembre; La Prensa, de Lima, del 28 al 30 de agosto y el 1º de septiembre; el Boletín de la Biblioteca Municipal, de Lima, en su Nº de noviembre de 1935, p. 19 y ss. Una traducción italiana de este estudio se publicó en 1937: Lope de Vega, Milano, Fratelli Treves (1937), 98 pp.

### III

## LOPE DE VEGA

**N**OS congrega la celebración de una de las fechas más solemnes y clásicas en la literatura castellana. Hace trescientos años que a esta hora acababa de expirar Lope de Vega Carpio, supremo poeta hispánico entre los mayores del mundo. La espléndida montaña de nuestras heredadas letras tiene dos cumbres: Cervantes en la prosa, en la novela, y Lope en el verso y en el teatro. Con su épico y frondoso españolismo, Lope, a no dudar, es aún más característico, racial y castizo que Cervantes. Por eso, en los presentes días, le rinden fervoroso culto, como a cabal y excelsa personificación de su estirpe en la escena y el metro, las instituciones y sociedades de la Madre Patria. En el homenaje, las siguen o preceden los altos centros de cultura de las naciones latinas, Francia Italia y Portugal; y además Inglaterra, Alemania, Holanda y muchos otros países. A este coro universal y merecidísimo, tenemos evidente obligación moral de sumarnos los hispanoamericanos, que formábamos parte del imperio cuyo máximo cantor fue Lope, y que continuamos perteneciendo a la gloriosa

e histórica civilización hispana; y para nadie en la América del Sur ha de ser obligación más grata que para el tradicional Perú, y su Academia Correspondiente, cuya dirección me honro en desempeñar.

No escasean, en la obra inmensa de Lope, las referencias a Lima y al Perú; y hay modismos y giros de su lenguaje y rasgos de costumbres en sus dramas, que perduraron entre nosotros hasta bien mediado el siglo último, o que todavía son reconocibles en nuestra habla y vida familiares, según procuraré indicarlo adelante, dentro de los concisos límites que el discurso me impone. Aprovechando la oportunidad de este insigne tricentenario, pongamos nuestro conato en reavivar aquellas comunes y alentadoras memorias del período de grandeza, por ver si nos remedian el actual amilanado encogimiento, en que aislada y oscuramente vegetamos. Quien no recuerda y no razona su pasado, pierde su vida y malogra lo porvenir, porque se ahoga en la sima de lo inconsciente.

Casi a los dos años de haber ascendido Madrid a la jerarquía de capital y corte de la España unificada, nace en dicha villa Lope Félix de Vega Carpio, a fines de 1562. Al propio tiempo que alcanzaba la capitalidad, engendraba Madrid a su hijo más famoso. Frente a la casa que ocupan los padres de Lope, en la antigua Puerta de Guadalajara, se yergue el gótico y mudéjar torreón de ladrillo de los Lujanes, donde dicen que estuvo preso el gran Emperador Carlos V, treintisiete años hacía, al vencido Rey de Francia, Francisco I. Muy cerca, del otro lado, se halla la casa en que había de vivir y morir D. Pedro Calderón de la Barca, el legítimo continuador del arte de Lope. Apiñábanse ya, dentro de aquel corazón de la Corte, los monumentos del poderío político y eclesiástico, los palacios y los templos, los albergues de las industrias y del lujo, bajo

el radiante sol de Castilla, que parecía aún más luminoso en la edad del florecimiento de nuestra raza. Muy poco después, denominaba el mismo Lope a su nativa Puerta de Guadalajara (porción de la calle Mayor comprendida de la de Milanese a la Cava de San Miguel) *las Indias pequeñas*, porque allí se vendían, a más de los libros, los instrumentos de música y las tallas de madera, los adornos de oro y plata, las joyas, las sedas y los brocados. En los inmediatos soportales de los mercaderes, bullía el mentidero entonces más animado. El padre de nuestro poeta, Félix o Felices de Vega, tenía en el propio hogar su taller y tienda de bordador. Era maestro eximio en el *brochado*, según lo reconoce hasta el Dr. Cristóbal de Figueroa, cruel enemigo del hijo. Dibujante en consecuencia, para el plan y traza de sus complicadas brosladuras, frisando en pintor y aficionado a la poesía en que a menudo se ensayaba, fue sin duda uno de los artistas cuyas maravillosas labores contemplamos en las sacristías y capitulares del Escorial y Toledo. Entre aquella acumulación de opulencias refulgentes, el futuro poeta amaneció a la vida. Es de suponer que también Felices recamara trajes para damas y señores principales, lo que explica el mote de *jubetero* en las sátiras contra Lope. El oficio de bordador no se reputaba mecánico o villano, sino liberal, lo que quiere decir compatible con la hidalguía, exento de pechos y alcabalas, conforme lo eran asimismo los de pintor, espadero, orifice y platero; por lo que nuestro autor no necesitó dispensa de la condición paterna, cuando en su vejez le concedió el Papa el hábito de la Orden de Malta. Sus padres, tanto el bordador como la esposa de éste, Francisca Flores del Carpio, fueron naturales de Villacarriedo y Selaya, montañas de Santander en la parte llamada a la sazón Asturias de Santillana y en lo ya confinante con las de Trasmiera. Comarcanos al valle del Pisueña, oriundez de Lope de Vega, quedan los solares de donde procedieron sus más ilus-

tres amigos literarios, Quevedo y Calderón, todos tres madrileños de prosapia montañesa. El destino se esmeró en vincularlos desde los orígenes, haciéndolos provenir de la misma estrecha provincia cántabra, cuna venerable de Castilla. Por esta calidad de *cristianos viejos* y reconquistadores, gozaban los montañeses, en igual o mayor grado que los vascos, presunción de hidalguía y limpieza de sangre; y Lope se ufanaba de ello sin cesar, a la vez que se burlaba en sus comedias de los humos de tan pobres y menesterosos hidalgüeños norteños, los cuales, como los de Avila, reñían dondequiera por procedencia de asientos.<sup>1</sup> Obedeciendo a hondísima tendencia de su genuina raza, Lope de Vega de continuo se complació en el orgullo genealógico, no sin alardear de puntos remontados de linajería, ciertamente excesivos, dada la muy modesta posición familiar. Fue, como hoy diríamos, un *eugenésico*, un *racista*, creyente ciego en las virtudes de la herencia y en la fuerza de los atavismos. Escribe a nuestra huanuqueña *Amarilis*:

*vino mi padre del solar de Vega,  
Así los pobres la nobleza exhorta  
Diecinueve castillos me han honrado.*

Alude al blasón de Carpio, de cuyo legendario Bernardo se preciaba descender. Exhibió con jactancia el pomposo escudo al frente de *La Arcadía* (1598); lo reprodujo en *La hermosura de Angélica*, *La Dragontea* y *El peregrino en su*

---

1 Sobre los asientos riñen // como hidalgos montañeses. (Comedia *El Marques de las Navas*, Acto 1). Véanse también *Virtud, pobreza y mujer* (Acto II, ese. 1), *Amar sin saber a quién* (Acto II, esc. 2), *Los Tellos de Meneses*, *Más valeis Antona*, *Cortesía de España*, *La Dorotea*, y aquellos sus conocidísimos versos:

*Más ya la gran Montaña, en quien guardada  
La fe, la sangre y la lealtad estuvo,  
Que limpia, y no manchada,  
Más pura que su nieve la mantuvo,  
Primera Patria mía...*

*patria*, y lo reivindicó porfiadamente en *El Jardín*.<sup>2</sup> Atrá-jose con esto pesadas chanzas de Góngora y de Cervantes, que lo ulceraron, porque el asunto le llegaba a lo más vivo del alma. Era en realidad su nobleza mucho menos clara que la de Quevedo y Góngora, Alarcón y Calderón, la del grado ínfimo que, entre las múltiples clases medias de aquella matizada organización social, colindaba ya con el estado llano y el artesanado. Su padre se avecindaba donde residía la Corte, para surtir de bordados y recamos a la clientela aristocrática. Así, lo vemos en Valladolid el año de 1554 (cuando la regencia de la Princesa Doña Juana), por la partida de bautismo del hijo mayor Francisco. Pero la venida a Madrid de los padres de Lope se aceleró en 1562 por un motivo novelesco. Inquieto y enamorado como lo será su hijo, el bordador, dejando a su mujer, se vino tras otra a la nueva capital. La esposa montañesa (según Lope cuenta a nuestra poetisa de Huánuco),

*Siguióle hasta Madrid, de celos ciega...  
Hicieron amistades y aquel día  
Fue piedra en mi primero fundamento  
La paz de su celosa fantasía.*

Fruto de la reconciliación amorosa, nació el *Fénix de los ingenios* o el *monstruo de la Naturaleza*, como lo apellidó Cervantes. Tal se reveló desde la niñez; porque, aun dejando aparte los cándidos encarecimientos de su antiguo biógrafo y panegirista Montalbán, su precocidad admirable resalta de diversos testimonios y de su propio tempe-

<sup>2</sup> Epístola al Licenciado Francisco de Rioja, impresa a continuación de *La Filomena* (1621).— Sobre el concepto de nobleza, tan arraigado en él, recuérdese

*El mal nacido finge las costumbres,  
En el bidalgo viven naturales.*

(*La pobreza estimada*, Acto II, esc. 2).

Y en otra parte:

*Quien no tiene nobleza, vive esclavo,  
Y cuando alcanza estima, es a su costa,  
Y no le honran a él, sino al dinero.*

ramento. Indole espontánea, expansiva y apasionada, tipo *extravertido*, pronto al llanto y a la risa, pueril y genial, eterno adolescente prodigioso, oscilante de uno a otro extremo, y siempre de facilidad inaudita e irresistible seducción, dió a conocer desde luego sus brillantísimas facultades. De los once a los doce años compuso sus primeros ensayos de comedia. "Tengo los ojos nuños y portuguesa el alma", dijo certeramente de sí y de sus ternezas.<sup>3</sup> Agudo y fantástico, supersticioso y vanidoso, mudable y vehementemente, de fuerza emotiva, irregular y desbordable, era una alma hermana de Shakespeare, alma de llama y de viento, en que el viento se hace huracán y la llama inmensa hoguera.

Estudió muy lucidamente en el colegio de la Compañía de Jesús, recién establecido en Madrid y centro de la juventud mejor nacida y más selecta, sin que haya lugar en este paso para la duda que insinúa el mejicano Icaza,<sup>4</sup> por el dicho de Lope, en un proceso, de haber estudiado bajo los Teatinos, pues es muy sabido que el vulgo apodó *Teatinos* a los Jesuítas desde los principios, y así los designa nuestro limeño repentista, el *Ciego de la Merced*, en pleno siglo XVIII. Entre los maestros jesuítas de Lope, recordemos al Padre Pedro Vásquez, que le explicó Gramática Latina superior, y al Padre Juan Ruiz, que le enseñó la Poética clásica.<sup>5</sup> Acabó la retórica cuando se aproximaba a los quince años, en 1577. El bordador en sus últimos tiempos, se había entregado a la devoción más ejemplar. Rimaba versos piadosos;<sup>6</sup> y bajo la dirección del Beato Bernardino de Obregón, soldado convertido y religioso fundador de los Hermanos Mínimos de los enfermos, asis-

3 *La Dorotea*, Acto IV.

4 Francisco A. de Icaza, *Lope de Vega, sus amores y sus odios* (Cap. V, *Niñez y mocedad de Lope*).

5 Luis Astrana Marín, *Vida azarosa de Lope de Vega* (Barcelona, Primera edición, 1935), Cap. II, pág. 37.

6 *Laurel de Apolo*, silva IV.

tía a los del viejo hospital general de Madrid. Cuando murió súbitamente, el 16 de Agosto de 1578, dejó fama de santo. Su mujer y sus hijas lo imitaban. La mayor, Isabel del Carpio, había casado, poco tiempo hacía, con otro bordador, francés de nación, Luis Rosicler, experto astrólogo, que ejercía influencia sobre el ánimo de su joven cuñado. Este para demostrar su destreza en el latín, cuando ya comenzaba la Facultad de Artes en los claustros universitarios de Alcalá de Henares, tradujo en verso los tres cantos del preciosista y alambicado poema de Claudiano *De raptu Proserpinae*; y dedicó la versión al Cardenal Ascanio Colonna, el patrocinador de *La Galatea* de Cervantes.<sup>7</sup> Lope era, a pesar de cuanto dijeron después sus encarnizados detractores, un buen latinista; y lo probó en su vida, con infinidad de reminiscencias de Ovidio, Horacio y Virgilio, y redactando no pocas veces prosa y poesías en la lengua del Lacio.

Con la recomendación de sus talentos, y la muy valiosa de su tío, el Inquisidor de Sevilla D. Miguel del Carpio, había conseguido colocarse como paje en la servidumbre del dignatario eclesiástico D. Jerónimo Manrique de Lara, Obispo de Cartagena de Levante, que fue Vicario en la campaña de Lepanto, y después Inquisidor General y Obispo de Avila. Venía a ser este prelado sobrino del famoso poeta Jorge Manrique; y era él mismo célebre catedrático de la Universidad de Alcalá; y protector en ella, por razón familiar, del Colegio de Santiago. Es muy verisímil que en dicho Colegio cursara Lope; y que no pareciera su matrícula alcalina por haber escuchado de preferencia a los *pasantes* o maestros particulares de Santiago, y haber asistido a las aulas como servidor de la Casa de D. Jerónimo Manrique. En varios pasajes de sus escritos, con-

---

7 *La Dorotea*, Acto V. esc. 3a.

fesó deberle "sus principios y estudios".<sup>8</sup> Todavía, en el testamento de 1627, nuestro agradecido vate separó de sus escasos caudales una cantidad para misas por el alma de su primer valedor. Bajo su amparo se encaminaba al sacerdocio. Lo recuerda en la *Epístola a Angulo*:

*Críome don Jerónimo Manrique;  
Estudié en Alcalá, bachilléreme;  
Y aun estuve de ser clérigo a pique.*

Pero jamás tuvo verdadera vocación sacerdotal; por mucho que él, para su desgracia y general escándalo, creyera otra cosa andando los tiempos. Ahora, fallecido su padre, se escapó de Alcalá; y en compañía de su camarada Hernando Muñoz, fugaron hasta Astorga, empeñando para el viaje las joyas de familia. La justicia los volvió a sus casas; y Lope debió de continuar estudiando en Alcalá, de mala gana. Mientras seguía los cursos de Artes y Filosofía con el reputado Maestro Juan de Córdoba,<sup>9</sup> se había enredado en múltiples amores. Recuérdase, como su primera pasión, una prima suya a quien, en la autobiográfica *Dorotea*, disfraza bajo el nombre de *Marfisa*. Casáronla; continuó enamorándola y recibiendo de ella dinero. El hecho es triste; pero lo ha declarado paladinamente en las páginas de *La Dorotea*,<sup>10</sup> con desfachatez apenas menor que la de Rousseau. Después de dilatadas peripecias y reconciliaciones, cuando hacía mucho que Lope se había apartado de ella, casó *Marfisa* segunda vez con un magistrado, que la llevó al extranjero; y en tierras extrañas, el tercer

<sup>8</sup> Véanse, entre otras, las alabanzas que le tributa en la *Jerusalén conquistada*; y la carta de 1619 en que, recordándolo, repite: "Las pocas letras que tengo, le debo". Sobre el patronato de los Manrique en el Colegio de Santiago de Alcalá, consúltese D. Vicente de la Fuente, *Historia de las Universidades de España*. tomo II, pág. 385.

<sup>9</sup> *Laurel de Apolo*. Léase también la dedicatoria de su comedia *El desconfiado* al Catedrático de Hebreo de Alcalá, Alonso Sánchez.

<sup>10</sup> *La Dorotea*, Acto I, esc. 6a.

marido, un militar, asesinó a la infeliz por celos de otro galán.<sup>11</sup>

Cediendo a los impulsos de su genio aventurero, el mozo Lope abandonó a los maestros de Alcalá, para sentar plaza en el ejército, como Cervantes, Calderón y tantos otros de esta literatura castellana tan andariega y marcial. Se alistó como voluntario para la campaña naval del Marqués de Santa Cruz contra los franceses y el rebelde Prior de Crato en las islas Azores. La expedición zarpó de Lisboa el 23 de Junio de 1583; y obtenida la capitulación francesa en la isla Tercera, por el asalto al Puerto de las Muelas junto a Angra, regresó triunfante a Cádiz el 15 de Septiembre. Ha evocado estas jornadas, que no fueron las únicas suyas en la milicia.

*Ceñí en servicio de mi Rey la espada,*

canta en la *Corona trágica de María Estuardo* y en el metro lírico póstumo *El huerto deshecho*:

*Ver en tres lustros de mi edad primera,  
Con la espada desnuda,  
Al bravo portugués en la Tercera.*

Es de advertir que nuestro vate adoleció, sobre todo en la vejez, de la flaqueza de rebajarse la edad, con lo que ha embrollado su cronología y exagerado su precocidad extraordinariamente; y que, en vista, nó de sus antojadizos cómputos, sino de documentos irrefragables, tenía cuando esa campaña a las Azores, no quince años, como él asevera, sino veinte muy bien cumplidos.

En 1586 u 87 volvió a ausentarse de Madrid una temporada, para ir a Sevilla, a casa de su tío, el fogoso Inqui-

11 Idem. Acto V, esc. 8a.

sidor D. Miguel del Carpio. Su buena madre, dejado el taller del difunto Félix en la Puerta de Guadalajara, se instaló en los que eran a la sazón barrios nuevos del ensanche de Madrid, en una modesta casa propia de la calle de Majadericos, vecina a la Carrera de San Jerónimo y a la puerta falsa del Convento de Mínimos de la Victoria. Junto estaba el Corral de comedias de la Cruz, uno de los principales focos de la actividad escénica; y la vecindad contribuyó a encender más el entusiasmo del incipiente dramaturgo. Entraba el teatro español en sus días adultos, vencida la primitiva época de églogas, autos y farsas. Lope fue quien con mayor empuje, desde las piezas de su primera mocedad, decidió el triunfal destino de la comedia nueva; y superando de un golpe a Lope de Rueda, Cueva y Cervantes, lanzó el género hacia el naturalismo caballeresco y romántico, desdeñando el nimio rigor de la preceptiva clásica. Pronto se hizo el autor de moda, favorito del público, halagado por los empresarios. Uno de éstos era el toledano Jerónimo Velásquez, padre de la hermosa y aplaudida comedianta Elena Osorio, que estaba casada con el cómico Cristóbal Calderón, complaciente marido, a menudo ausente<sup>12</sup> Lope se ganó el lugar de amante preferido de la fácil actriz, sucediendo a su maestro, el músico y poeta Vicente Espinel. La cantó en numerosos romances, pastoriles o moriscos, como *Filís* o *Zaida*, según los dos convencionales antifaces que privaban en el tiempo. Para amoldarse al ideal en boga, la describió rubia en algunos de aquellos versos; pero en otros expresa que era morena,<sup>13</sup> y en la límpida prosa de *La Dorotea* traza su verídico re-

12 Pero no parece que de España. El Ricardo que muere en Lima, es combinación y contaminación sugerida por el marido de su posterior amante, Micaela Luján.

13 "*Aquella morena que reinaba en Troya*" (Elena), dice en uno de sus romances juveniles; y en otra parte:

*Pues a Filís también, siendo morena,  
Angel Lope llamó de nieve pura.*

trato. Debió de ser un tipo muy castizo; trigueña clara, de buen talle, delgada y airosa, de cabellos crespos, boca roja y reidora, dientes pequeños y muy blancos, ojos enormes, a la vez suaves y desvergonzados, el habla un poco ceceo-sa.<sup>14</sup> Era muy despierta e inteligente, aficionada en extremo a las sutilezas de la poesía y al cultivo de las letras. Por sus consejos, reanudó Lope los estudios; y desde 1585, siguió en la Academia Real de Madrid las enseñanzas de Matemáticas y Cosmografía con el "doctísimo portugués" Juan Bautista Labaña y con Ambrosio Ondérez.<sup>15</sup> Mas, a pesar de tan decantadas lecciones, nunca aprendió a contar, ni sus dineros ni sus años. Al paso que se sujetaba a las austeras disciplinas de la Filosofía Natural y del Cálculo, se perfeccionaba en la esgrima bajo el renombrado Pablo de Paredes; y con la vertiginosa actividad que siempre lo caracterizó, le sobraba tiempo para llevar de frente varios amores, y para abastecer de comedias los teatros de la capital y las provincias, y de romances las colecciones que se multiplicaban en toda España. Se hicieron famosos sus versos de escarnio contra la compañía del cómico Cisneros. El romance era el metro favorito del momento. Así en los moriscos como en los bucólicos, en los amatorios como en los satíricos, los entendidos no reconocían otros rivales del joven Lope que Cervantes y Liñán de Rioja. Ya Cervantes, en 1585, con una octava laudatoria del *Canto de Calíope*, había proclamado los méritos del *Fénix* principiante; y había hecho así para con él generosos oficios de precursor y hermano mayor. Los directores de compañías teatrales, o, como se decía entonces, los *autores de comedias*, se disputaban este fecundísimo astro naciente. Pero él, bien fuese por ingénito desprendimiento y biza-

14 Minuciosamente la describe en el Acto I, esc. 6a. de *La Dorotea*, Consúltese también el Acto III, esc. 1a. por ciertos rasgos del romance a *Amarilis* (aunque los hay correspondientes a la muy posterior y diversa fisonomía de Doña Marta de Nevares)

15 *La Dorotea*, Acto V, esc. 8a.

ría, bien porque en todos tiempos resultaron quiméricos los lucros de las letras en nuestra raza, ganaba poco o nada con sus festejadas piezas, y las producía como deporte. Su más remunerador empleo era el de Secretario del Marqués de las Navas, D. Pedro Dávila, mecenas de literatos y artistas.<sup>16</sup> Ejerció dicha secretaría de 1583 a 1587; mas cuando el Marqués se fue de la Corte a Alcántara, Lope la renunció por permanecer en Madrid, atento a sus intrigas amorosas y éxitos teatrales. Con la indeleble impresión juvenil del ambiente farandulero en que se movía, se trocó el gran estudiante Lope de Vega en perdurable *bohémio*, en un artista de vida irregular, incurablemente desordenado. Importa tenerlo muy en cuenta, para juzgar todos sus hechos y escritos. Fue, en sus más diversas modalidades, un hombre de teatro; hoy podríamos agregar, un hombre de cinema, de *studio*, porque el histrionismo es igual en los tinglados del arte antañón de la escena y en el novísimo de la pantalla. Fue de cuerpo entero un cómico, aunque después de su adolescencia no volvió a subir a las tablas. Achacábanle sus enemigos haber representado muy mozo papeles femeniles, según costumbre general de la época. Llevó en su profesión de comediógrafo a extremas consecuencias, en lo moral, sentimental y doméstico. Nos exhibe en *La Dorotea*, con regodeo narcisista, como Lamartine en las *Confidencias*, su lisonjera imagen, cuando estaba en la flor de la juventud, “su entendimiento y gracias, agrado, brío, galán despejo, abundantes cabellos, y el primer bozo que le apuntaba”.<sup>17</sup> Muy ágil y esbelto, de regulares y proporcionadas facciones, como lo describe

16 El Marqués de las Navas era el jefe de la línea de los Dávilas de San Vicente, o de las trece roelas, en la ciudad de Avila, Hijo y sucesor del amo de Lope, fue el que ha dado su nombre a la comedia de éste (tomo IV de los de Rivadeneyra, pág. 499), fechada en Madrid el 22 de Abril de 1624, en que relata la extraña aparición de un difunto al mencionado Marqués de las Navas y a su hermano D. Enrique Dávila y Guzmán, Marqués de Pomar.

17 *La Dorotea*, Acto I, escs. 2a. y 3a; Acto II, esc. 3a; Acto V, escs. 3a. y 4a.

hasta en la vejez su filial amigo Montalbán, ocurrente, chistoso, amenísimo, fascinó a cuantos lo trataron; pero en obsequio a la verdad hay que añadir que este egregio y sempiterno calavera tenía toques y ribetes de chulo. La crítica bobalicona de mediados del siglo XIX, extraviada por las falsificaciones idealizadoras de Montalbán, y mirando poco a las confesiones embozadas y a los documentos recónditos, fantaseó un Lope modesto, blando, morigerado y pacífico, dechado de corrección y mansedumbre.<sup>18</sup> La realidad fue muy distinta. Lope nos refiere en *La Dorotea* que golpeaba a sus queridas;<sup>19</sup> y la correspondencia íntima con el Duque de Sessa, exhumada hacia 1863, patentizó otras muchas cosas, que le dan subido tinte pícaro y truhanesco. La frivolidad ética, de que nunca abjuró, fue inveterándosele hasta los calamitosos escándalos que adelante hemos de enumerar; y ya estos moceriles devaneos con la cómica Osorio se avienen del todo con la plebeyez de los barrios bajos madrileños que los cobijaron. Vivía la amante en la esquina de Lavapiés. Al cabo de más de cuatro años de relaciones, aburrida de la escasez y modicidad de obsequios del poeta, que no le permitían ostentar joyas, dió oídos a las recomendaciones de su madre Inés en favor de un rumboso cortejante, que no era indiano ni se llamaba D. Bela, como en *La Dorotea* aparece, sino D. Francisco Perrenot de Granvela, vasallo muy distinguido de Felipe II, como noble natural del Franco Condado, y sobrino del afamado Cardenal y político Antonio de Granvela, y él mismo Caballero de Alcántara y Conde de Cantecroix. Era joven, rico, de gustos artísticos, ex-Embajador de Austria en Venecia, y había militado con Lope en la jornada de las Azores. Desbancado por tan poderoso rival, nuestro poeta

---

18 Es representativo de esta tendencia el artículo del siempre pero veraz gaditano D. Adolfo de Castro, en el *Semanario pintoresco* de 1851 (reproducido en los Preliminares del primer tomo de las *Obras escogidas* de Lope en la colección Rivadeneyra).

19 Acto III, esc. 6a.; Acto IV, esc. 1a.

se vengó rehusando suministrar comedias a Velásquez; y dándoselas a su competidor, también toledano, Gaspar de Porres, padre del que vino a Lima como médico del Príncipe de Esquilache y fue Corregidor de indios en nuestras inmediatas serranías de Canta. Expulsado Lope de la casa de los Velásquez, acudió, para hablar con su amada, al ardid de disfrazarse de vagabundo y mendigo; y en esta traza se tendía bajo una de aquellas saledizas ventanas de reja como las que se conservan en Andalucía y en Lima. De su escondite callejero, veía llegar y entrar a Granvela. Furioso con la definitiva ruptura, se dedicó a enamorar a una doncella noble, Doña Isabel de Urbina y Alderete, hermana de un Regidor de Madrid; y al propio tiempo, a componer y divulgar procacísimos versos en romance y en latín macarrónico contra Elena, y los parientes y amigos de ésta. Querellóse Velásquez; prendieron a Lope, en pleno teatro de la Cruz; lo tuvieron cuarenta días en la cárcel; le hallaron muchas cartas de diversas mujeres; los testigos, que fueron cómicos, copleros, curiales e indios, lo abrumaron y confundieron como libelista; y por ello fue condenado a dos años de destierro de Castilla y ocho de la Corte, so pena de muerte, caso de infracción de los primeros y de galera los segundos. Sin arredrarse, y antes de salir al cumplimiento del destierro, halló modo de raptar a su novia la Urbina, con ayuda de una tercera y un alguacil; y por poder se casó con ella ausente, el 10 de Mayo de '1588, representándolo su cuñado el francés Rosicler. En forzoso alejamiento de Madrid se decide a volver al ejército; se alista en la popularísima expedición contra Inglaterra; y el 29 de Mayo se embarca en Lisboa, a bordo del galeón *San Juan*, comandado por el Almirante de la Armada, Teniente del Duque de Medinasidonia, el bilbaíno Juan Martínez de Recalde, el cual iba a la retaguardia de la inmensa flota, convoyado por nueve galeo-

nes y cuatro pataches. Lo acompañaban su hermano el Alférez Vega y su íntimo amigo Claudio Conde.

*Contra la selva Caledonia entonces...  
Seguí las gavias y banderas rojas,  
Sin espantarme tronadores bronces...  
Supuesto que pasé varias congojas,  
Allí canté de Angélica y Medoro,  
Sin que los ecos del metal sonoro  
Y de las armas el furioso estruendo  
Perturbaran mi Euterpe,  
Sirviendo el mar de arroyo sonoro,  
como en los prados fértiles corriendo.<sup>20</sup>*

En efecto, durante la contrastada travesía, rimaba el poema con que pretendió emular a Ariosto. Hacía de Almirante, o sea segundo jefe de los enemigos, Francisco Drake, el que había hostilizado nuestras costas peruanas y al que vituperó Lope en su posterior poema *La Dragontea*. Desde el último día de Julio, fueron incesantes los combates, con varia fortuna. Rechazaron a Drake, que rodeó al navío de Recalde con siete galeones ingleses; y aun a éstos los apretaron el 4 de Agosto, en términos que presagiaban triunfo. Se malograron las ocasiones por incertidumbres y demoras; y el 10 de Agosto se levantó el terrible viento del Sudoeste que deshizo a la Invencible. Parece que el Alférez hermano de Lope sucumbió en la derrota. Arrastrado por la tormenta, el *San Juan*, con muchos otros galeones, fué a parar a las costas de Irlanda, donde naufragaron los diez de Alonso de Leiva, y los de Recalde ejecutaron una difícil arribada. En la desastrosa retirada hasta España, estuvieron a punto de irse a pique; y llegaron a La Coruña en Octubre, con el Almirante Recalde moribundo. Lope

<sup>20</sup> *La Filomena*, Segunda Parte; véanse también la *Egloga a Claudio* y la *Epístola a D. Antonio Hurtado de Mendoza*.

se dirigió a Valencia para completar allí su destierro. La madre, agobiada sin duda por las pesadumbres, falleció en Madrid al año siguiente.

Instalado en Valencia con su mujer legítima, pasó algún tiempo tranquilo. Con su proverbial fecundidad, engendraba romances y comedias. Cada dos meses remitía piezas escénicas a Madrid, para el empresario Porres; y entregaba muchas otras en Valencia a Quirós. Esta temporada valenciana, que le dejó tan gratos recuerdos, fue decisiva porque consolidó su renombre literario, e influyó hondamente en la escuela dramática regional, la de Tárrega y Guillén de Castro. Expirado el término de su proscripción de Castilla, se acomodó como secretario del joven Duque de Alba; y pasó hacia 1590 a residir en Alba de Tormes, cabeza de los estados de su nuevo protector. La vecindad de Salamanca, de cuatro leguas escasas, le permitió frecuentar las cátedras y el medio universitario. Lo ha pintado en *El bobo del Colegio*, *El Alcalde Mayor* y *La inocente sangre*. Rememora en *El laurel de Apolo* cuando fue:

*Estudiante de amor en sus riberas,  
Más que de sus escuelas celebradas.*

En Alba de Tormes, están fechadas, entre otras obras, su poema descriptivo *La Abadía*, y sus comedias *El favor agradedido* (29 de Octubre de 1593) *El leal criado* (24 de junio de 1594), *San Segundo* (12 de Agosto de 1594), y *Laura perseguida* (13 de Octubre del mismo). Hacía cabalmente un siglo que la corte ducal de Alba había presenciado y fomentado los primeros pasos del teatro castellano, con las églogas de Juan de la Encina. Al ingenuo precursor venía a suceder, a los cien años, el creador definitivo, el símbolo de la pujanza y el apogeo. De 1510 a 1595, Lope de Vega fue el poeta áulico del quinto Duque, D. Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont, nieto del gran guerrero. Adscritos

a la pequeña corte, figuraron con Lope en Alba de Tormes otros dos versificadores, el cómico Luis de Vargas y el sevillano Pedro de Medina, que luego desapareció en América; y el excelente músico aragonés Juan Blas de Castro, el *Brasildo* de *La Arcadia*. En la Casa de Alba conoció de igual modo al poeta D. Francisco de Borja, futuro Príncipe de Esquilache y Virrey del Perú; y probablemente a otro más próximo Virrey del Perú, el Marqués de Montesclaros. A ambos poetas cortesanos los nombra ya en *La Arcadia*, que por este tiempo redactaba, y con los dos mantuvo siempre amistad muy cordial. Lo más del tiempo de esta secretaría de Lope, estuvo el Duque de Alba lejos de sus tierras y sus literatos; porque Felipe II lo envió preso al castillo de la Mota de Medina, de mediados del 1590 a mediados de 1593, a causa de haber roto sus esponsales con Doña Catalina Enríquez de Ribera, de la Casa de los Duques de Alcalá, y haberse casado sin permiso real con Doña Mencía de Mendoza, hija de los del Infantado. Estos conflictos amorosos se alegorizan, bajo cifras pastoriles, en la novela *Arcadia*, imitación de las de Sannazzaro y Montemayor, y de *La Galatea* de Cervantes, de que os he hablado hace poco. Lope de Vega la compuso después de 1590 y la publicó en 1598. En ella, según los usos del género, el Duque se denomina *Anfriso*, "nieto de Júpiter"; su madre, la Duquesa Doña Brianda de Beaumont, *Bresinda*; y Lope, *Belardo*. *El pastor de Betis* es Pedro de Medina; *Leriano* a ratos parece el bastardo D. Diego de Toledo; y *Alcimo* es de seguro otro secretario, deudo o servidor del Duque. Sin embargo, hay que observar que, como en la propia biográfica *Dorotea* y en casi todas las producciones lopianas, el procedimiento no es el de la mera reproducción de sucedidos y de efectivos personajes, sino el de contaminación y combinación imaginativa, la clave identificatoria dista mucho de ser fija y exacta; y como *La Arcadia* se retocó e imprimió cuando Lope había dejado el servicio

de la Casa de Alba, y se mostraba resentido con el Duque,<sup>21</sup> y dedicó la obra a su rival el de Osuna, podrían aplicársele a éste muchas de las aventuras y alabanzas de *Anfriso*, que parecen en rigor más propias de las averiguadas y traviesas mocedades de D. Pedro Téllez Girón, tan análogas con las de nuestro homenajeado. Tales son el *encubrimiento* o disfraz (Libro II), que es probable se refiera al destierro de Sevilla del Duque de Osuna, y a su ocultación en la Puebla de Cazalla, después de su matrimonio en 1593 con Doña Catalina de Ribera, la desdeñada por el Duque de Alba.<sup>22</sup> En todo caso, *Belisarda* no puede ser Doña Mencía de Mendoza, porque *Anfriso* la olvida, y ella se desposa con *Salicio* (Libro IV).

Entretanto, al lado de tan pálidas y vagas ficciones novelescas, la vida real seguía su inexorable curso. Doña Isabel de Urbina, dulce y resignada mujer de Lope, falleció en Alba de Tormes en 1595; y también murieron pàrvulas las dos hijas del matrimonio. El impresionable *Fénix* las lloró con sinceros acentos. Obtenida de los Velásquez la remisión de los años de confinamiento que le faltaban, y dejada la secretaría del Duque de Alba, el poeta viudo regresó a Madrid. Había cumplido los críticos treinta y tres. Era ahora secretario del segundo Marqués de Malpica, D. Francisco de Ribera. Otro escàndalo volvió a comprometer al incorregible, en el severo ambiente de las postimerías de Felipe II. El año de 1596 lo delataban como público amancebado con la cortesana Antonia de Trillo, viuda del catalán Puig y mantenedora de una casa de juego en la esquina de la Plaza de Matute. Lope se fue a To-

21 "Desengañado del largo servicio y del corto galardón", dice textualmente en el Libro V; y al fin: "El pastor Belardo se aleja para seguir nuevo dueño y nueva vida". Mucho más terminante, sobre este punto, es un pasaje de carta de 1611 al Duque de Sessa.

22 Estas verisímiles referencias al gran Duque de Osuna, se desprenden de lo que apunta D. Luis Astrana en las págs. 134 y 135 de su *Vida azarosa de Lope de Vega* (1935); y de lo que expuso, en su folleto de 1920, D. Francisco Rodríguez Marín.

ledo. Para colmo de males se habían suspendido las comedias en Madrid. Entonces publicó la mencionada *Arcadia*, y un poema que nos concierne, *La Dragontea* (Valencia, 1598). Como acababa de morir su protagonista, el corsario Drake, fue obra de actualidad, si bien no alcanzó mayor éxito. Despiadadamente la atacaron Góngora y Torres Rámila, en particular el último, pedante de Alcalá, a cuyas diatribas de la *Spongia* nos hemos de referir después, y que osó calificar *La Dragontea* de libelo antipatriótico. No es imaginable censura más injusta. Lo demuestra la contraria de Ticknor, que ve en aquellas octavas la expresión del violento odio nacional contra Inglaterra. El españolismo de Lope, siempre tan ardoroso, y escandecido todavía por el desastre de la Gran Armada, de cuyas calamidades participó, se consuela describiendo el contraste final y muerte del Almirante enemigo de 1588; execra sus anteriores saqueos en nuestros mares americanos, y en nuestros puertos de Arica y del Callao; y se regocija con las nuevas de haber los caballeros peruanos, enviados a Panamá con D. Alonso de Sotomayor y Andía, rechazado en Capirilla a la gente del Drake, y luego los de Lima, embarcados bajo las órdenes de D. Beltrán de Castro y de la Cueva, escarmentado y prendido a un principal discípulo del mismo Drake, el hijo de Juan Hawkins, Capitán de la *Dainty*. Y no se limita a elogiar a los blancos y nobles peruleros y criollos; alaba a los mulatos sus auxiliares, proclamando en esta ocasión la solidaridad de las razas “en el común camino de la muerte” (Canto IV). No faltan exóticas pinceladas en el retrato de un negro viejo con canosa barba, cierto D. Luis de Monzambique:

*Lo blanco de los ojos relevado  
Con algo, junto al círculo, amarillo.  
(Canto VII)*

Curiosa consagración, que el supremo español Lope de Vega hacía del naciente americanismo tropical. Lleva *La Dragontea* al frente (por lo menos en la segunda edición), un soneto laudatorio de Cervantes:

*Yace en la parte que es mejor de España,  
Una apacible y siempre verde Vega...*

y aprobaciones del fraile carmelita, acreditado predicador y versificador repentista, Pedro de Padilla, y de los dos próceres amigos, Esquilache y Osuna. Se compone de diez cantos en octavas reales. Como casi todos estos poemas de asunto contemporáneo y americano, es una especie de crónica rimada, que se apoya en relaciones fidedignas. Para el caso lo eran la de la Audiencia de Panamá sobre las depredaciones del marino inglés, y la recientísima continuación de Ercilla por Pedro de Oña, o sea el otro poema épico *Arauco domado*, impreso en nuestra Lima apenas dos años antes, en 1596. Pedro de Oña no fue chileno sino por su accidental nacimiento en Angol, estudió y vivió en Lima; y ocupó corregimientos en Yauyos, Jaén de Bracamoros y el Cuzco. Lope de Vega en *La Dragontea* aprovecha su *Arauco*, reconociéndolo especialmente al describir en el Canto III el vencimiento y captura de Ricardo Hawkins en las costas de Atacámeh por la escuadrilla peruana.

Tras haber entregado al público *La Arcadia* y *La Dragontea*, se buscó uno de aquellos magnates muy jóvenes, *dilettanti* de la literatura, con los que se amparaba: D. Pedro Fernández de Castro, Marqués de Sarria y heredero del Condado de Lemos, el mismo que iba a ser protector de Cervantes. Entonces no contaba el Marqués sino veintidós años. Más que su secretario, Lope fue su efectivo

ayuda de cámara.<sup>23</sup> Por su favor y arrimo obtuvo la mano de Doña Juana de Guardo con quien se casó en la iglesia de la Santa Cruz de Madrid, el 25 de Abril de 1598. La novia no era hermosa ni de familia distinguida; era en cambio buenísima y bastante rica, como hija del *rastrero* o carnicero Antonio de Guardo, abastecedor de carnes, tocino y pescado de la Villa y del Palacio. El enlace contrastaba con las montañesas presunciones nobiliarias del poeta, con sus elegantes frecuentaciones sociales y con el ostentoso escudo que campeaba en sus últimos libros. La rechifla fue general; y la atestiguan los mofadores versos del maldiciente Góngora:

*Por tu vida, Lopillo, que me borres  
Las diecinueve torres del escudo...  
No le dejes en el blasón almena...  
No fabrique más torres sobre arena,  
Si no es que ya, segunda vez casado,  
Nos quiere hacer torres los torreznos.*

Lo más extraño y risible de la boda consistió en que Lope no quiso, por delicadeza o extravagancia, o no pudo, por la tacañería del suegro carnicero, cobrar los veintidós mil y tantos reales de plata doble, prometidos como dote a Doña Juana. A poco el recién casado publicaba un nuevo poema, del género devoto, *Vida del bienaventurado Isidro, labrador y patrón de Madrid* (1599). En los preliminares tiene versos panegíricos del Marqués de Sarria, que era conocido y muy discreto rimador. Está el *Isidro* en quin-

---

23 Véase la epístola en tercetos que le dirigió cuando era Lemos Presidente del Consejo de Indias, y en que le recuerda que un tiempo lo tuvo

*Por señor, por Apolo y por maestro,*

(a continuación de *La Filomena*). Repárese en los términos de la dedicatoria, en que le dice que *ba dormido a sus pies*. En el *Laurel de Apolo* llama su muerte y lo denomina.

*El claro y siempre amado señor mio.*

tillas, en metro y tono naturalísimos y casticísimos, de llaneza jugosa y colorista, a pesar de las abrumadoras citas pedantescas y del error del plan, por descuido de composición. Han solido los críticos compararlo, por su realismo religioso, con los cuadros de Murillo. Ya veo allí, nó los dulces y dorados pinceles sevillanos, sino el desgarró y ia poderosa crudeza de Zurbarán o de la escuela madrileña. Son efectos de luz y de sombra a lo Velásquez los del Canto V, cuando San Isidro enciende el fogón. El catálogo de las frutas españolas tiene el estilo pictórico de Juan de Arellano. Son interiores velasqueños, con graves ajuares, aquellas sillas sin espaldar, aquellas tapicerías de sargas y damascos del Canto II. Sobre la mesa grande de la cena, las cestas con manzanas camuezas y membrillos, las colaciones de fiestas, el *mazapán* y *las cubas de antiguo vino oloroso*, traen desde luego a la mente los bodegones de la juventud de Velásquez o la manera de Antonio de Pereda. Hay paisajes del Jarama y sotos del Manzanares, que parecen pintados por Mazo: cruces en los repechos, almendros en los senderos, olmedas y alamedas, austeros campos en que los labriegos envueltos en capotes de dos haldas y con largas *aguijadas* en las manos, llevan a arar sus mulas. Tras de las grises quiebras peñascosas (semejantes a las de la *Visita de San Antonio* de Velásquez en el Museo del Prado), corren en las vegas los escasos ríos, los ganados trashumantes pacen el *yero*, y silban las culebras, como en la poesía de Gautier (Cantos II y III). Dijo muy bien *Azorin*: "en el *Isidro*, se alían maravillosamente el genio épico, romántico, de Lope, y su propensión instintiva, nativa, hacia lo popular. En el Teatro, *Peribáñez* es el equivalente, en esta dichosa alianza, del *Isidro*. Al realismo detallista, familiar, doméstico, se junta en el poema de Lope un idealismo que a veces hace presentir la estética romántica".

Su amo el Marqués de Sarria lo llevó consigo a Valen-

cia, para los dobles matrimonios del nuevo Rey Felipe III con Doña Margarita de Austria, y de la Infanta Clara Eugenia con el Archiduque Alberto. Lope figuró en las cabalgatas, recitó disfrazado sus romances en los desfiles de Carnaval, hizo representar su auto sacramental *Bodas del Alma*, y en calidad de cronista mundano, redactó en sonoras octavas la relación de los suntuosos regocijos (*Fiestas de Denia*, Valencia, 1599). Fruto de los cortesanos festejos, fue un hijo adúltero que tuvo en una dama valenciana. Se llamó el vástago Fernando Pellicer; y muy joven se metió fraile en el convento franciscano de Monte Sión. Por antítesis sobrado española, entre el torbellino y algazara de las bodas reales, pulía Lope el romance a la muerte de Felipe II. El 26 de julio de 1599 bautizaban en San Ginés de Madrid a su hija legítima Jacinta, que murió niña. Luego se fue con el Marqués de Sarria a la villa de Chinchón, donde escribió la comedia *Los Chaves de Villalba*. Allí eran aquéllos huéspedes del heredero del título del lugar, D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, que, como los otros amigos Montesclaros y Esquilache, iba a ser Virrey del Perú.

Ya se había enamorado Lope en Toledo de una hermosa cómica rubia, que no sabía escribir, Micaela Luján, a quien él en sus rimas denominó *Camila Lucinda*. Era primera dama en la compañía de Pinedo, y estaba casada con el actor Diego Díaz, que se vino al Perú desde 1599 y aquí murió el año de 1603.<sup>24</sup> Tan pronto como en el nuevo reinado se reabrieron los teatros Lope dejó el servicio del Marqués de Sarria y se juntó con Micaela en Toledo. La acompañaba en sus giras artísticas, proveyendo

---

24 Debía tomar parte de la segunda de las dos compañías que funcionaban en Lima. No conozco en 1600 sino el personal completo de la primera, descubierto por Mr. Bertran T. Lee y es como sigue: Francisco Pérez de Robles, Isabel de los Angeles, Andrés González, Miguel de Burgos, Juan Crisóstomo, Bernardo Ruiz, Luis de Mayorga y Bartolomé Suárez.

de dramas a su compañía y a todas las demás, con la fecundidad más desatada. De vez en cuando, volvía a Madrid y reaparecía en el domicilio conyugal. La corte se había pasado a Valladolid; Madrid se había quedado medio vacío; y ésta era una de las razones que asistían a Lope para preferir los teatros de provincias. En Valladolid logró el permiso para publicar su poema caballeresco *La hermosura de Angélica* (Primera edición, Madrid, 1602). Trabajaba en él hacía catorce años. Es obra de virtuosidad imitativa, imagen muy amortiguada del Ariosto, creación complicada y barroca, atropellada y desigual; pero no tan inferior a la análoga de Valbuena que de sus veinte cantos no puedan extraerse bastantes octavas lozanas, merecedoras de extensa antología. Hay muchas confidencias sobre los amores con Micaela, entonces en su máxima exaltación. Ella es la rubia *Angélica*, y Lope el *moreno Medoro* que la acompaña a Sevilla, como efectivamente la siguió en todo este período. Otras veces, en el confuso poema, Lope habla por boca de *Lucindo*, porque era costumbre en los galanes adoptar el nombre de la dama, entre las diversas rimas anexas, figura un soneto de Lope en honor de D. Francisco Quevedo, cuando aún estudiaba éste en la Universidad de Valladolid. Así se expresa en los primeros versos:

*Vos, de Pisuerga nuevamente Anfriso,  
Vivís, claro Francisco, las riberas...*

Hizo con él los mismos oficios de fiador y padrino que Cervantes le había dispensado en *La Galatea*; pero la amistad le resultó más firme con Quevedo que nó con Cervantes, porque la mutua simpatía con aquél no se perturbó, y son de toda probabilidad apócrifas las insultantes espinelas que se han venido atribuyendo a Quevedo con-

tra Lope.<sup>25</sup> También parece serlo el soneto imputado a Cervantes, cuando Lope se fue con la Luján a Sevilla en 1602, en muy diversa compañía de cuando venía adolescente donde su tío el Inquisidor D. Miguel. Ahora se alojaba en el barrio de Triana; y tenía como principal amigo literario al escritor picaresco Mateo Alemán, el pintor de la mala vida, de la hampa. Lo zahirieron los sevillanos con aquel conocido soneto:

*Lope dicen que vino.— No es posible . . .*

entreverando su nombre, en zafios y tabernarios insultos, con el del marido burlado y fugitivo. Pero cuando en 1604 regresó, como todos los años, con su séquito, de histriones y sus nuevas exuberantes comedias (ya llevaba escritas y representadas doscientas treinta), la animadversión de Cervantes era innegable. No le perdonaba que como poeta cómico lo hubiera reducido a la obscuridad y al silencio. Lope, no satisfecho con su inexhausta vena dramática, publicó este año en Sevilla dos libros, uno de *Rimas*, dedicado a Arguijo, y otro de novela de aventuras, *El peregrino en su patria*, con un soneto preliminar, enderezado contra los endivosos de su gloria y compuesto por Quevedo, quien retribuía en breve plazo el laudatorio de los anexos de la *Angélica*. Cervantes, viendo que le invadía su terreno de la prosa novelesca, no pudo contenerse más; y rompió las hostilidades con un punzante soneto de cabo roto, que hacía trizas toda la producción del *Fénix*, calificándola de *boberías*. Quedaron amargados y distanciados los dos genios de nuestro siglo de oro; y precisamente en sus años cenitales. Cervantes no quiso comprender la gran-

25 A pesar de la antigua aserción manuscrita, son del envenenado Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, como lo demuestran el estilo, tan distinto del quevedesco, y la referencia a ellas en sus décimas, contra López de Aguilar:

*Yo imprimire el villancico  
Que os combuso Figueroa.*

deza del nuevo teatro, libre y caballeresco; y Lope, en mezquina represalia, negó con groseros términos la alteza y trascendencia del *D. Quijote*.<sup>26</sup> Este yerro colosal deja muy malparado el juicio de Lope ante la posteridad; pero es lícito y equitativo recordar que todas las culpas no estuvieron de su lado, que no partió de él la provocación, y que a su vez son muy revisables los apasionados fallos cervantinos. El drama lopiano, forma de arte magnífica, soberana, paralela y fraterna de la de Shakespeare, se eleva en lo esencial a inconmensurable eminencia sobre los *disparates* de pormenor y *cosas sin pié ni cabeza* de su febril ejecución, que le reprocha Cervantes. Ni, bien mirado, tenía éste derecho para tales reprensiones, pues cuando escribió comedias como *La casa de los celos*, incurrió en iguales defectos con harto menores méritos. El valer supremo de Lope radica en su teatro, es evidente; pero sus mismos escritos no dramáticos, reclaman infinitamente mayor aprecio de lo que, por malhumor y despecho, da a entender Cervantes. Sería gran pena borrar de la literatura castellana, como quiere el soneto recordado, un libro tan ameno y vario como *El peregrino*. Entre sus relatos de aventuras, se intercalan deliciosos versos pastoriles y piscatorios, sentidas poesías devotas, y psicológicos petrarquismos, labrados, como todo en Lope, con trozos de su propia vida. El elogio más entusiasta de la idolatrada *Camila Lucinda* está en una égloga del Libro III. Siguiendo el uso cortesano de tomar el amante la cifra y el apellido de la amada, el Peregrino se llama Pánfilo de Luján; y viaja de Valencia y Bar-

---

26 De Cervantes, a más del muy conocido razonamiento sobre las comedias en *El Quijote*, y las solfas contra *La Arcadia*, el *Isidro*, y *El peregrino*, desde los preliminares y el prólogo, y la descripción del ejército de carneros (que va contra la de Dardanio a Anfriso en la misma *Arcadia*), léanse en *Pedro de Urdemalas* los tiros contra las comedias de Lope. *Ursón y Valentín*, *Hijos del Rey de Francia* y *El hijo venturoso*. Del otro lado, véanse las procazes cartas de Lope, desde Toledo, en Agosto de 1604 a un médico de Valladolid, sobre Cervantes y su *Quijote*, que, aún no impreso, era ya conocido por lecturas y copias particulares.

celona a Zaragoza y Toledo. Hasta el descontentadizo Vossler reconoce el interés y la emoción de evocaciones como el despertar en la cárcel (Libro III) y los fantasmas del hospital. Hay en toda esta miscelánea un caudal de inspiración sobrenaturalista y de religiosidad romántica. Santuarios, apariciones de almas en pena, milagros de la Virgen, frailes que fueron caballeros enamorados, personajes que vienen a morir ante las porterías de conventos iluminados por la luz de la luna. ¿No se diría un escenario del Duque de Rivas, Zorrilla o Enrique Gil? Hemos hallado elementos iguales en *La Galatea* cervantina; pero su maduro autor, a punto de atacar el género caballeresco en el *Quijote*, en este momento se plegaba con resolución al clasicismo y anatematizaba aquellas imaginaciones abigarradas, trasunto apenas atenuado de *Tristán*, y de *Amadís*. Lope, en cambio, defendió con ardiente convicción los libros de caballerías; y en puridad de verdad no hizo sino continuarlos con mejor estilo en sus comedias, en algunos de sus poemas, y en esta misma novela.<sup>27</sup> Quizá la prefería entre todo lo del *Fénix Belardo*, nuestra huanuqueña monja *Amarilis*, por el monástico ambiente, por las poesías a lo divino y en especial aquella canción *Virgen del Mar*, que para la sensibilidad de la época significaba lo que para nosotros *Il Nome di Maria* de Manzoni o *Sagesse* de Verlaine.

En 1605 estaba acabada la muy larga epopeya trágica, en veinte libros, *Jerusalén conquistada*, aunque no se imprimió sino cuatro años después. Como lo indica el título, luego de haber pisado en *La hermosura de Angélica* sobre las huellas del Ariosto, Lope quiso imitar al Tasso; pero más que a la fresca y rozagante *Gerusalemme liberata*, atendió a la *Gerusalemme conquistata*, empobrecida y degenerada refundición, con que estropeó su fama el último

<sup>27</sup> Dedicatoria de *El desconfiado*. Consúltase Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, tomo I, págs. CCXVII y CCCLII.

gran vocero del Renacimiento italiano. Fuera de esta inferioridad del modelo inicial, se notan sobradamente la confusión en el argumento y los episodios, el desgreño y versatilidad en los caracteres, y la exorbitante falsedad de la concurrencia de D. Alfonso VIII de Castilla a la tercera cruzada. En su españolismo intemperante, el poeta se afaná porque en la empresa no faltaran los castellanos; y pretendió justificar la fábula con razonamientos fútiles del Prólogo, que tenían precedentes en Gerebrardo, Ricio, Tarafa, Palmerio, y otros extraños y oscuros escritores. Resultó un hacinamiento monstruoso, muy alejado de la clásica y dulcísima perfección del Tasso. Esta epopeya de Lope es un revuelto y bárbaro bazar, en que bajo escombros, oropeles y baratijas, se ocultan las joyas. Porque las hay en las descripciones de combates y caballos, en felices metáforas, en octavas rotundas, como obra al fin del poeta más feraz y pródigo. Aunque se jactó (*Epístola a Barriónuevo*) de corregir y castigar con mucha particularidad su *Jerusalén* (y es cierto que, contra la común opinión, borraba y enmendaba de ordinario en casi todos sus originales), se resiente de la prisa, del jadeo improvisatorio, por el vértigo que era su vivir. Mientras Cervantes componía despacio y con largas pausas, él trabajaba a destajo, como un periodista acongojado del mundo moderno, hasta catorce y dieciseis horas diarias. Abusaba de la facilidad, que tanto ha perjudicado a muchos ingenios de nuestra raza española; y por hábito y obligaciones, se encadenó desde temprano a una tarea por afanosa martirizadora, como la de Balzac, como Walter Scott y Lamartine en sus postremos tiempos. A ello lo compelián su natural dadivoso e imprevisor, sus dispendiosos gustos, y la irregularidad y desorden de su vida íntima. A más de aventuras aisladas, tenía que mantener dos hogares con prole, el legítimo y el de la comedianta Micaela, que al fin se retiró del teatro. Hubo coyuntura en que se hallaban instaladas las dos fa-

milias a poco trecho una de otra, como en Toledo el año de 1605, cuando su mujer vivía en la calleja de San Justo, por el barrio de San Juan de la Penitencia y la manceba junto al Alcázar y la calle de las Tenerías, en la parroquia de la Magdalena. Con los hijos de ambas, crecían los gastos; y había que forzar a todo escape la máquina de la producción. Afortunadamente, por entonces conoció a otro magnate mozo, que fue el último, y el más constante y magnífico, de sus protectores, se llamaba este prócer D. Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, sexto Duque de Sessa, Duque de Baena, Soma y otros títulos, nieto del Gran Capitán. Muy andaluz de sangre y carácter, aunque educado en Italia, eterno enamorado y espadachín empedernido, rondador nocturno de los rincones madrileños, en que repartía serenatas y estocadas, franco, generoso y derrochador; y con humos de literato, no tenía sino veintitres años cuando trabó estrecha amistad con Lope de Vega, que le llevaba veinte. Sus larguezas remediaron algo la precaria situación del vate manirroto. Lo tomó como secretario, confidente, y redactor de misivas galantes. Lo proveía de vestidos, víveres y alfombras; le prestaba el coche y la plata labrada; y le apadrinaba a los hijos, legítimos y bastardos. Lope, en retorno, le retocaba la correspondencia oficial y la amatoria; lo cantaba con los nombres de *Lisardo*, *Lisio* o *Lucilo*; y celebraba las hazañas de sus abuelos (en las comedias *Ramilletes de Madrid*, *Pobreza no es vileza*, *Virtud, pobreza y mujer*, *Las cuentas del Gran Capitán*, etc.) y las de su glorioso hermano (*Nueva victoria de D. Gonzalo de Córdoba*, comedia de 1622; y la elegía en octavas de *La Vega del Parnaso*).

En febrero de 1606 la Corte se restableció definitivamente en Madrid. Lope se fijó en la capital, para continuar desde el cortesano foco la dominación y casi el monopolio del repertorio dramático. A la fecha, llevaba escritas más de cuatrocientas comedias. De 1607 a 1608 desaparece

Micaela, que según conjeturas residía en la calle de Fúcar, dejándole tres hijos. Para vivir con ellos, y con la mujer y el hijo legítimo, compra en 1610, por la suma de nueve mil reales, una modesta casa en la calle de Francos, en la que había de permanecer hasta la muerte. Era de dos pisos, con zaguán, sala, alcobas, desvanes, corrales, y el minúsculo huertecillo que tantas veces ha cantado. Estaba en el barrio de los escritores y de los cómicos, tras el convento de San Antonio de los Jesuitas, muy cerca de donde habitaban Cervantes y Quevedo, no lejos del mentidero de los representantes. No era, por tanto, muy seguro el paraje; y una noche de invierno, a las ocho, en diciembre de 1611, unos desconocidos atacaron a Lope en su misma calle y le desgarraron la capa a cuchilladas. El se defendió con denuedo; y el principal asaltante cayó, vertiendo mucha sangre. En este revuelto Madrid de los Felipes, señores y cómicos se codeaban por comunidad de aficiones literarias y libertinas. El Duque de Sessa, acompañado de un mulatillo y de un paje, fue herido a medianoche por otros Grandes, en la plazuela de la Duquesa de Nájera. En otra ocasión lo acometieron de regreso de una visita a Lope.<sup>28</sup> El de Pastrana festejaba a Jusepa Vaca, la actriz que se singularizaba en los papeles de hombre. Al uso de Italia, formábanse academias literarias en que alternaban próceres y escritores. El Conde de Saldaña, D. Diego de Sandoval, el que patrocinó la *Jerusalén conquistada*, presidía una en que Lope se reunía con los Duques de Pastrana y Feria, D. Francisco de Quevedo, y el Marqués de Velada y San Román. En la del *Parnaso* o *Selvaje*, que dirigía D. Francisco de Silva y Mendoza, el hermano de Pastrana, se veía Lope con su maestro Vicente Espinel, Luis Vélez de Guevara, y Cervantes, ya algo apaciguado éste. A Quevedo lo había halagado una vez más en la *Jerusalén*, con la octava en que

---

28 Luis Astrana Marín, *Vida azarosa de Lope de Vega*, págs. 211, y 217.

exalta el linaje montañés, y el blasón del gran satírico. Para responder a los académicos que pensaban como Cervantes sobre las reglas dramáticas, escribió su *Arte nuevo de hacer comedias* (1609). Pretendían atribularlo con la Poética aristotélica, que reputaban inflexible, como angustiaron al Tasso en Italia y a Corneille en Francia; pero él con su feliz ligereza y despreocupación genial, salvó afectando desdeñar sus propias comedias y los aplausos del vulgo. Bajo la cubierta de fingida humildad, rayana en cinismo, lanza frases que debieron restallar en el ánimo de su contertulio Cervantes, no satisfecho con el resonante éxito del *Quijote* y anheloso hasta el fin del lauro escénico:

*Que quien con arte ahora las escribe,  
(las comedias)  
Muere sin fama y galardón...*

La actitud de Lope, menospreciando en apariencia sus dramas, es la misma que adoptó, en el pasado siglo Zorrilla, tan parecido a él en muchas cosas. Las crecientes diatribas de sus émulos, le fueron dando, si nó mayor conciencia, por lo menos mayor ufanía y orgullo de la revolución dramática que había efectuado, de la cual se gloria abiertamente a partir de 1617.

En medio de sus triunfos mundanos y teatrales, empieza una crisis de regeneración moral. La anuncian obras como *La buena guarda*, fechada el 16 de Abril de 1610; comedia mística de arrepentimiento, rebosante de piedad y unción, cuyo argumento reprodujo Zorrilla en la leyenda de *Margarita la tornera*. En el mismo año ingresa en la congregación o hermandad religiosa del Oratorio, preferida de los escritores devotos, como que de ella fueron miembros Cervantes, Vicente Espinel, Quevedo, Montalbán y Calderón. Al año siguiente se hace terciario franciscano; escribe versos laudatorios para nuestro limeño poema sagrado, *La*

*Cristiada* del Padre Hojeda; y por el mismo tiempo, *Los pastores de Belén* y los cuatro *Soliloquios* en prosa, libros ambos que revelan profundo misticismo. Del primero, dijo Menéndez Pelayo que "es una novela bucólica a lo divino, y que contiene algunas de sus más bellas inspiraciones líricas". Es la musa candorosa, plástica y pintoresca del *Isidro*, pero con variedad de tonos, y un acento penetrante, casi verleniano. En la Dedicatoria a su tierno hijo legítimo Carlos, habla dolorido de *sus desengaños*. Había llegado a los cincuenta, fatigado y canoso. En Marzo de aquel climatérico año 12, estuvo prolijamente enfermo del brazo; y la tarea incesante de leer y escribir le puso la vista a punto de perderse. En tal situación, adolece de fiebres y muere el hijo preferido, Carlitos, a quien acababa de dedicar su libro piadoso. El golpe le dictó la canción más desgarradora entre todas las suyas, un llanto resignado que recuerda las estrofas *A Villequier* de Víctor Hugo, rasgos de ingenuidad, de familiar naturalismo, que prueban la verdad palpitante de su emoción:

*Yo para vos los pajarillos nuevos,  
Diversos en el canto y los colores,  
Encerraba, gozoso de alegraros...*

Como su padre, comenzó a frecuentar los hospitales para servir a los enfermos. Iba diariamente a la iglesia de Atocha. Su mujer, la enfermiza, abnegada y santa Doña Juana, a quien asistía ahora de continuo, fallece en el verano siguiente (13 de agosto de 1613). Para atenderla tuvo que empeñarle al suegro las alhajas. En la casa quedaban una hija legítima, Feliciano, de pocos días de nacida; y dos adúlterinos de la Luján, Lopito y Marcela, a quienes se había recogido. Entonces imaginó que rebrotara aquella vocación sacerdotal, estimulada otrora por sus maestros en la lejana adolescencia. Aunque fue de la jornada regia

a Burgos y Lerma, por obligaciones mundanas, al año siguiente persistió en su propósito de ordenarse. Lo ejecutó en Toledo y dijo su primera misa en el Carmen Descalzo de Madrid. Más tarde se explicaba a nuestra compatriota en estos versos:

*Ordéneme, Amarilis, que importaba  
El ordenarme a la desorden mía*

Como se conmovía demasiado al celebrar en público, y sus titánicas faenas de escritor no le permitían salir mucho de casa, arregló en ella un oratorio particular, adornado con numerosos bultos y tallas de madera. Parecen tallas de madera también, y de la mejor época por cierto, que era aquélla, las *Rimas sacras*, admirables poesías místicas, que publicó ese mismo año, dedicadas a su confesor el carmelita Fr. Martín de San Cirilo. El confesor le impuso que no interviniera en la correspondencia erótica del Duque. Se suspendieron en consecuencia los atildados billetes galantes, que por procuración y cuenta ducal aliñaba. “No quiero, decía, sino servir a V.E. en cosas lícitas”. Al reformado secretario, le adjudicó Sessa una capellanía o prestamera en Alcobá, lugar de la diócesis de Córdoba y ducado de Baena. Su ocupación preferida era la justa poética por la beatificación de Santa Teresa, en la que fue mantenedor y pronunció el panegírico, el 16 de Octubre de 1614. Tuvo como compañeros de certamen a Cervantes, Vicente Espinel y el Maestro José de Valdivieso. Ni podía escandalizar al público que siguiera escribiendo comedias; porque la literatura dramática española, tan impregnada de elementos eclesiásticos, por sus orígenes, sus comedias de santos y sus autos sacramentales, tuvo como principales cultivadores a sacerdotes, desde Juan de la Encina y Torres Naharro, hasta Tirso de Molina y Moreto, Mira de Amescua, Montalbán y Calderón. Todo iba bien, pues, por un año

o año y medio. Cierta que, en sus breves ausencias de Madrid, se alojaba donde su comadre, la comedianta Jerónima de Burgos, harto amiga del Duque y que sirvió de modelo para la celestinesca Gerarda de *La Dorotea*; cierto que otra, que había sido fugaz amante de Lope cuando seglar, le hacía dar encerradas en Toledo por unos judaizantes; pero en las sincerísimas cartas a Sessa, declara por esta época que guarda la continencia de su estado. La conversión del *Fénix*, en el alborotado medio de la farándula, parecía tan edificante como fue la de la comedianta Baltasara, que se hizo ermitaña y santera en Cartagena de Levante. Por desgracia, el voltario poeta se asemejó más a lo que en la generación siguiente fue la actriz Mariana Romero, que divorciada de Luis Ortiz, se metió novicia en las Trinitarias Descalzas de la calle de Cantarranas; pero no perseveró, sino que se salió del convento, se casó con el galán cómico Manuel Angel, y compró la casa en que había vivido y muerto Lope. Mala sombra tuvo siempre esta casa. En pleno verano de 1616, a los dos años de haberse ordenado, el cincuentón presbítero Lope de Vega salió a toda prisa para Valencia. ¿Qué lo llevaba? ¿Tomar en el caluroso estío los frescos aires que en su juventud lo habían solazado? ¿Ver a su hijo el fraile descalzo, Pellicer, padrón de añejos pecados, como al principio se lo escribió a Sessa? Otros se imaginaron que iba a esperar y recibir a su antiguo amo el Conde de Lemos, el cual volvía de su virreinato de Italia. Con la comitiva de Lemos, venía desde Barcelona una compañía de cómicos, y en ella la alocada primera dama Lucía de Salcedo. El nombre, común entre los judíos españoles, y ciertas alusiones de una anterior carta de Lope, nos hacen sospechar que fuera esta actriz, apodada *la fea*, la instigadora de los alborotos y matracas de los conversos toledanos contra nuestro poeta. Poseía la Salcedo el atractivo diabólico que va con frecuencia unido a la fealdad bulliciosa; y rindió los sentidos y la imagina-

ción del extravagante clérigo. En sus andanzas de tardío enamorado se agitó tanto, que cayó gravemente enfermo, con diecisiete días de fiebre, entre la burlona estupefacción de los cómicos. Cuando llegó el Conde de Lemos, lo vio tan extenuado, que le costó trabajo reconocerlo. De vuelta en Madrid, requebró públicamente a la Salcedo, hablándole por la ventana de reja cerca del Prado, como hacía treinta años a la Osorio en Lavapiés; y para mayor mengua de su sotana, la conducía a los toros de la Plaza Mayor, acompañándolos su jovencísima hija bastarda Marcela, vivo recuerdo de la Luján. Ni pararon aquí los sacrílegos desafueros, sino que vino a exaltarlos otra volcánica pasión senil. Por aquellos meses conoció en un jardín, y en una fiesta o tertulia literaria, a Doña Marta de Nevares Santoyo, mujer del mercader o tratante Roque Hernández de Ayala. Era una hermosa madrileña de veintisiete años, muy blanca, de ojos verdes como dos esmeraldas, cabellos negros y rizados, manos y pies muy pequeños y que tañía la vihuela y cantaba con muy graciosa voz. Lope se quedó enajenado y comenzó a seducirla, no sin tempestades de la conciencia. “Yo estoy perdido escribía al Duque, si en mi vida lo estuve. . . Dios sabe con qué sentimiento mío. . . No he cerrado mis ojos en toda la noche. He estado con tantas desesperaciones, que he pedido a Dios me quitase la vida. . . Malhaya amor que se opone al cielo. . . Me mueró de celos de un sucesor”. Ella no amaba a su marido, negociante grosero, con el que se casó a los trece años. En las frecuentes ausencias de Roque Hernández, se quedaba en su casa de la calle del Infante, asistida por su madre y su hermana Leonor, algo poetisa y cantora excelente y mujer de Estrada, que era laudista de profesión y muy conocido. Tenía Doña Marta lo que hoy llamaríamos un salón, porque recibía músicos y literatos. Ninguno de los amores ilícitos de Lope, que gustaba en todo del género popular, había picado tan alto: Doña Marta era una señora instruí-

da y elegante, de la mejor clase media. Era algo parienta de D. Francisco de Quevedo, porque la tía carnal de éste, Doña Margarita de Espinosa y Rueda, fue mujer de Juan Santoyo de Nevares. La rendición de Doña Marta constituye un fenómeno de *bovarismo*, de prestigio literario. La cantora de versos y lectora de novelas, semejante a la lopesca y preciosista Nise (la *dama discreta*, hermana de la *dama boba*), la que gustaba de reunir artistas y agasajar poetas, cayó en brazos del alocado viejo, medio capellán y medio cómico, monarca del teatro y monstruo de la fama. La paseaba en el coche del Duque de Sessa por la pradera de San Isidro. Después, la invitaba a banquetes con el Duque, en su propia casa o en la de su íntimo, el escribano Juan de Piña. En agosto de 1617 les nació una hija, destinada a ser el encanto, y al cabo el tormento y la expiación de la ancianidad de Lope. Se bautizó en la Parroquia de San Sebastián; y la inscribieron como retoño legítimo del marido Roque Hernández, *hombre de negocios*. El Duque de Sessa, aunque tan desaprensivo en materia de amores, no se atrevió a apadrinarla; y lo reemplazó su primogénito, el joven Conde de Cabra. Hernández, de vuelta en Madrid, se enteró, maltrató a la infiel; y ésta desamparó el domicilio conyugal, y pidiendo separación por sevicia, fue depositada en un monasterio. Se substanciaba el divorcio cuando murió Hernández, por la equivocación de un médico. Llevó Lope el descaro hasta felicitarse de ello públicamente, en la Dedicatoria de la comedia *La viuda valenciana* a la misma Doña Marta, este año de 1619. Hay páginas lopescas que presagian el inmoralismo danunziano. Con tan malos ejemplos, no es de admirar que el hijo de la Luján, Lopito, le saliera desbaratado y perdido; y tuviera que encerrarlo en el reformatorio de los Desamparados de Atocha.

Como si no le bastaran tantos afanes y alborotos, reabrió la guerra contra Góngora, en la comedia *El capellán*

de la *Virgen*, con el soneto escarnecedor de las trasposiciones culteranas:

*Inés, tus bellos ya me matan ojos...*

De sus émulos, Cervantes había muerto en la casa de la esquina de la propia calle; y las asendereadas palabras de *ocupación continua y virtuosa*, con que lo gratifica en el Prólogo de la Segunda Parte del *Quijote*, no deben de contener la sarcástica socarronería que los críticos les atribuyen, equiparándolas a las ironías indudables de la Primera Parte, porque se escribieron en la temporada de la exaltación devota, y mística de Lope, mucho antes de los escándalos con la Salcedo y la Nevares. En todo caso, la razón de aquel pretense ataque es insegurísima, pues hay que lavar a Lope de responsabilidad directa en el *Quijote* de Avellaneda. De haberlo inspirado, no faltaría alguna alusión o indicio, en correspondencia tan copiosa y confidencial como la mantenida con Sessa.

Reconciliado y desaparecido Cervantes, a quien alabó en público, en vida y en muerte,<sup>29</sup> quedaba el mucho más mordaz, el viperino Góngora, que en 1617 vino a instalarse en la Corte. Quedaba también el otro envidioso, maldiciente de oficio, Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, alentado con el valimiento que le dispensaba el Duque de Alba, antiguo protector de Lope. Este se abroquelaba contra los tiros de los contrarios, en la *Academia Mantuana*. Predominaban en ella sus amigos, Quevedo, Salas Barbadillo, D. Antonio de Mendoza, y dos mozos de grandes esperanzas, Montalbán y el adolescente Calderón. Góngora estaba allí en minoría; y eran tibios o inciertos Mira de Amescua y Vélez de Guevara, (cuyo verdadero apellido, falsificado como el del Dr. Cristóbal Suárez por farfantonada nobi-

<sup>29</sup> En la comedia *El premio del bien hablar*, en la novela *Fortunas de Diana*, en *El laurel de Apolo* (silva VIII) y en *La Dorotea*, Acto II, esc. 2a.

liaria, era Vélez a secas o Vélez de Santander). Precisamente, el endemoniado Dr. Cristóbal se rebuscó un profesor de Alcalá, el Maestro Pedro de Torres Rámila, y lo abalanzó a arrojar contra Lope un sangriento libelo en latín, titulado *Spongia*.<sup>30</sup> En él se conculcaba, con la mayor iniquidad, la excelsa personalidad literaria del *Poeta de los cielos y la tierra* (según aclamación de sus admiradores); y lo difamaban en su linaje y costumbres. Los ataques se extendían a los mejores apologistas de Lope y del teatro nacional, al estrafalario y doctísimo D. González de Salas, helenista y comentador de Petronio; al cronista Luis Tribaldos de Toledo, secretario del Conde de Villamediana; y al Padre Mariana, el egregio historiador. Los lopistas más calurosos, igualmente vulnerados en la *Spongia* (el toledano Baltazar Elisio de Medinilla, López de Aguilar, el otro historiógrafo Tamayo de Vargas, quizá el Conde de Mora), aniquilaron el libelo, del que no se conocen ejemplares, y le respondieron con no menos grosería en la *Expostulatio*, y en brutales tercetos, a que no fue ajeno el mismo Lope. Con mucho mejor acuerdo, calificaba aquellos insultos el buen Vicente Espinel como ladridos de perros, de que no se hace caso, por ser todo ficticio y mentiroso.<sup>31</sup> Al año siguiente de 1618, retribuyendo Lope una epigramática defensa del gran padre Mariana contra Torres Rámila, le dedicó el libro *Triunfo de la Fe*. En la Dedicatoria, invectiva a Rámila: "El onagro Silenio en su ridícula *Spongia* infelicísimo latinizador... Olvidados del mundo, se dan a conocer con latín bárbaro, preciados sin ingenio de la imitación antigua; y no sabiendo su lengua, califican sus papeles con grecismos".<sup>32</sup> Enseguida se revol-

30 Joaquín de Entrambasaguas, *Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos* (Madrid, 1932).

31 Entrambasaguas, Ob. cit., pág. 287.

32 Continúa Lope: "Sucédeles lo que a las simples abejas que cuando pican mueren". Sobre estas fábulas de la Historia Natural en Lope, véanse los estudios de Herrero García, Dámaso Alonso y Joaquín de Entrambasaguas, en la revista *Fénix* del Tricentenario.

vía contra el oculto instigador, Cristóbal de Figueroa y su compañero Mártir Rizo: "Gente más peligrosa; pues, con palabras equívocas, aunque no lo confiesan, no lo niegan". En el Prólogo de la Parte XII de sus comedias, dedicada al Conde de la Puebla, repite las quejas contra los incesantes detractores, *escorpiones que vierten veneno*. A poco, le ocurrió otro percance. Los empresarios y los editores de su teatro, adulteraban las piezas y se las apropiaban; y dos caballeros mozos, más por donaire y burla que por granjería, para acreditar retentiva extraordinaria, dieron en tomarlas de coro, tras varias audiciones, y copiarlas para otros autores.<sup>33</sup> Desconcertado un representante, con ver a los implacables memoristas, interrumpió la función en que recitaba la lopesca comedia *El galán de la Membri-lla*. Llamábanse los mancebos Ramírez de Arellano; y pertenecían, nó a la línea riojana de su apellido, la de los Señores de los Cameros, sino a la rama de Cuenca, en Castilla la Nueva, porque eran naturales de Villaescusa de Haro. Al mayor, Luis, lo apodaban *Gran memoria*, y al otro, su primo Juan, *Memorilla*. Protestó Lope, airadísimo de la expoliación; los apostrofó de "poetas duendes, gente vil y sin oficio", lo que no era cierto; y se querelló, pero vino a perder el proceso, por influjos del tío de los acusados D. Gil Ramírez de Arellano, Consejero de Castilla. El maligno Dr. Suárez de Figueroa se apresuró a celebrar la pesada chanza en su *Plaza universal*. En esto, el desordenadísimo Lope cayó en la cuenta de que tampoco podía imprimir su preciosa comedia *La dama boba*, por habérsele extraviado el original; y entonces Luis Ramírez se la reconstruyó de memoria muy exactamente, con lo que se reconciliaron, y perseveró la buena amistad toda la vida. Mayores contratiempos le venían de Palacio. Después de haber dirigido con gran lucimiento la justa poética para la

<sup>33</sup> Así lo hicieron con las comedias *Arcadia*, *La dama boba*, y *El Príncipe perfecto*.

beatificación de San Isidro (Mayo de 1620), quiso ser nombrado, en sucesión del difunto Pedro de Valencia, cronista del Rey, como lo fueron después Boileau y Racine en Francia; y padeció un desaire. Su conducta privada le dañaba mucho; y en lo público, lo consideraban, no sin razón, afecto a los ministros caídos, el Duque de Lerma, a quien tanto había alabado,<sup>34</sup> su antiguo mecenas el Conde de Lemos y el preso Marqués de Siete Iglesias. En lo literario, la camarilla de Góngora le minaba el terreno; y por otro lado, el resentido mejicano Alarcón se vengaba. Galanes que le rondaban la casa por la hija Marcela, intentaron a medianoche matarlo. Tenía horas de negro desaliento; y escribía a Méjico a su amigo Cristóbal Núñez, dedicándole *El Alcalde Mayor*: “Se ha pasado tanta parte de la vida, que no es a propósito quejarse del largo servicio ni del corto premio. Con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin deseo y sin esperanza; desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia”.

De gran alivio en la depresión debió servirle, por ser carta de mujer y en tan finos versos, la *Epístola* de nuestra paisana *Amarilis*. D. Ricardo Palma, Asenjo Barbieri y muy recientemente Millé Giménez sostienen que no existió tal poetisa peruana, y que Lope fingió la epístola, refiriéndole a su querida, la Nevares, y aplicándole el habitual pseudónimo de *Amarilis*. Yo sigo opinando, con el Maestro Menéndez Pelayo, que no puede limitarse a Doña Marta dicho pseudónimo, pues en los escritos del *Fénix* se adjudica a muy distintas personas;<sup>35</sup>

34 En *Ramilletes de Madrid* y en *San Diego de Alcalá*, por ejemplo; y hasta en el elogio muy honroso por la fecha, incluido en *El laurel de Apolo*.— Consúltese la carta de Lope al Duque de Sessa, fechada el 17 de Agosto de 1611.— El Duque de Lerma, en Noviembre de 1614, hizo representar *El premio de la hermosura* por la Reina, los Infantes y las Damas de Honor.

35 Entre otras, recuerdo ahora que a María de Córdoba

y que los pormenores consignados en la epístola pregonan su veracidad. Pero advertamos que la devota peruana no dice descender *del primer fundador de la ciudad de Huánuco* (D. Gómez de Alvarado), sino de *dos conquistadores, fundadores y Encomenderos de ella*, los mismos que *prendieron al tirano vencido en Jauja* (Francisco Hernández Girón) y *arrastraron su estandarte*. En consecuencia, el nombre de la incógnita poëtisa no hubo de ser, como proponían La Barrera y Menéndez Pelayo, Doña María de Alvarado, sino el que reúna los apellidos de los bien conocidos Capitanes y Encomenderos de Huánuco, ejecutores del aquel prendimiento de Hernández Girón; lo fueron Juan Tello de Sotomayor (hijo del Jurado de Sevilla, Gutiérrez Tello, y yerno de D. Rodrigo de Contreras, el Gobernador de Nicaragua), Miguel de la Serna y también Gómez Arias Dávila, que fue quien lo desarmó (descendiente de Pedrarias, el fundador de Panamá, del linaje de Puñonrostro). Por eso me permito hacer años precisar que pudo ser hija de D. Juan Tello de Lara y de Doña María Arévalo de Espinosa, generación en que se juntaron las dos sangres de Juan Tello de Sotomayor y de Gómez Arias Dávila, los dos Encomenderos huanuqueños principales en la captura de Girón. Y como casi siempre la designación poética *Amarilis* corresponde a María (y la de *Belisa* a Isabel), debió alguna de las hijas mujeres del referido matrimonio heredar el nombre de pila materno. Esta mi hipótesis anda estampada como ajena en algún librito. Pero ahora advierto ser muy tardía la generación indicada. En 1621, cuando la epístola de la huanuqueña se publicaba en Madrid, era por última vez Alcalde de Lima el supuesto abuelo materno, D. Juan de Arévalo; y no es verosímil que desempeñara la alcaldía en muy avanzada ancianidad, o que la nieta fuera tan precoz en la poesía erudita. Hay la improbabilidad contraria, la de época sobrado antigua (a más de otras diversas),

para la hipótesis que posteriormente insinué:<sup>36</sup> que *Amarilis* fuera hija de Juan Tello de Sotomayor, el propio Capitán en Hatunjauja y Encomendero de Chinchaycocha, y su hermana *Belisa* la Doña Isabel Tello de Bobadilla, esposa de D. Pedro de Isasaga y Zavala. Habrá que pensar en la generación intermedia, en cualquiera de las numerosas sobrinas de Doña Isabel, hijas de sus hermanos y hermanas, que usaron, según, las reglas saltuarias del tiempo, los apellidos atávicos de Peñalosa, Sotomayor, Tello, Bobadilla y Arias Dávila. El mismo Hernán Gómez Tello, hermano del Mayorazgo D. Rodrigo Tello de Contreras e hijo del Capitán vencedor en la refriega de Hatunjauja, casó con Doña Eufrasia de Lara, *la hija de Gómez Arias*, el que desarmó a Girón; de modo que puede muy probablemente ser el padre de la poetisa, sin necesidad alguna de retardarla a la posterior generación. Recordemos además como indicio, que otra de esta familia, Doña Isabel Arias de Bobadilla, fue monja en Huamanga y en el Cuzco, y después fundadora del convento de Santa Clara en Trujillo, a fines del siglo XVI. Es admisible cualquiera de las de su linaje (el de Puñonrostro, por línea femenil unida al de Contreras), o el de los Encomenderos de las comarcas de Chachapoyas y Conchucos, vinculados con él, como los Mori y los Añasco; o en fin, el de Miguel de la Serna, el otro Capitán, por las circunstancias en que insiste *Amarilis*, la latitud de sus expresiones y los posteriores enlaces de los Encomenderos dichos. Lo que no me parece razonable es suponer que todo sea ficción de Lope, o que ataña a la Nevares y a su hermana Leonor. Ninguna de las señas de la *Epístola* les corresponde. Leonor, mujer del músico Estrada, era la poetisa, y no Doña Marta; no vivían juntas como en la *Epístola* se

<sup>36</sup> En mi folleto *El Perú histórico y artístico* (impreso en Santander 1921), pág. 87. (La segunda parte de ese libro —en la cual trata de *Amarilis*— se publicará en el tomo de las *Obras Completas* dedicado a los *Estudios Genealógicos*.)

cuenta, sino la Estrada de por sí, en la calle de Cantarranas, según de documentos auténticos se desprende; ni había muerto la madre, dejándolas niñas; ni las crió una tía, pues la que también lo fue de Quevedo, Doña Margarita de Espinosa, a quienes atendió fue a las hermanas de dicho gran satírico, Doña María y Doña Margarita de Santibáñez, y no a las Nevares. Y menos se explica que el poeta en su respuesta le narre a Doña Marta su vida, le enumere sus matrimonios e hijos, como cosas que ella ignora hacia el año de 1620; y subraye las notas características de *remota, indiana, inaccesible, desconocida, hija de héroes, casta y monja*, que en nada convenían a su barragana. Repárese que, en *La Filomena* (Segunda Parte), hace hincapié, halagadísimo, sobre la carta poética que ha recibido de las lejanas Indias Occidentales, y que ha venido a desenojarlo, como providencial desagravio de las injurias de los libelistas:

*No la historia cantaba de Tereo  
 Cuando con oro letras escribía  
 A la venganza en que el agravio para,  
 Sino del cielo el ínclito trofeo  
 Que el antártico polo le ofrecía  
 Con sangre pura calentando el ara.*

Sería frase en extremo impropia y ridícula, si se tratara de un amaño. Se palpa que el *Fénix* agradece más el homenaje, por llegar desde tan lejos. Por eso reitera:

*Mi voz, que de mi patria aborrecida,  
 Halló lugar en bárbaras naciones.*

Ya en *El peregrino* habla de su gran popularidad en América; y los catálogos de las antiguas librerías de Lima, que después hemos de mencionar, lo confirman. En

*El Jardín* vuelve a rememorar a su incógnita correspondiente:

Y de la Mar del Sur, *de la frontera*  
*Del bárbaro Amarilis bella indiana*  
*En versos Safo, en flores primavera.*

Si es fingimiento, demasiado bien mantenido. Muchos años después, en *El laurel de Apolo*, todavía recuerda a la poetisa americana (Silva II), sólo que la coloca en Bogotá; error que indirectamente arguye verdad en la *Epístola*. No es de extrañar que nuestro poeta, tratando de la América del Sur, trabucara reinos y suprimiera miles de leguas de una plumada, por su ignorancia en la geografía de este continente. Bien la muestra en su larga epístola al Dr. Porras, el médico de Esquilache: cree que toda la costa peruana es tan verde como los prados de Flandes, por la mera humedad del mar; confundiendo la naturaleza de la Sierra con la de la Montaña, se imagina que nuestras más ásperas serranías, en que vagan huancos y vicuñas con otros *animales flacos*, están cubiertas de espesísima vegetación en mil selvas; y que el Perú, aunque muy rico, es muy pequeño:

*Esa provincia aunque en extremo es corta*  
*Es larga de riquezas...*

Así que para él no es muy de considerar la distancia entre Pasto y Charcas, Chile y Popayán, según lo apunta. Quien sobre nuestras tierras escribía todos estos dislates, muy bien pudo creer que Huánuco se hallaba cerca de Bogotá (a no ser que siendo monja, a causa de fundaciones o cambios conventuales, que no eran raros, se fuera efectivamente de Huamanga o el Cuzco a Nueva Granada, o Lope confundiera, por errada información, Bogotá

con Trujillo). Lo único inaceptable es que al propio tiempo de disparatar sobre las condiciones reales del Perú, estuviera Lope tan enterado, como *Amarilis* lo está, del clima de Huánuco, *primaverál*, que contrapone al invierno crudo de Potosí. Sabe además que es frontera de indios de guerra; conoce el nombre de su primitivo establecimiento, *ciudad de León de los Caballeros*, ya caído en desuso por aquella edad; aprecia a su vecindario excepcionalmente noble:

*De héroes fortísimos poblada,*

y se revela empapado en menudencias de la historia local de sesenta y seis años atrás, como que dos de los Encomenderos cuyas progenies se han unido a la segunda generación, fueron los que, en una insignificante escaramuza, prendieron al último caudillo castellano rebelde y lo llevaron con sus banderas cautivas a Lima. Tales nimios pormenores, tales minucias de nuestras guerras civiles, que yacían sepultadas en raras crónicas, en el Palentino verbigracia, y algunas en documentos privados, ¿cómo llegaron a noticia del atareadísimo y distraído poeta? No sería por sus amigos de la Corte, los Títulos descendientes de peruleros: el Conde de Cantillana, sangre del viejo Corso (tratante riquísimo en nuestra calle de Mercaderes y autor del arancel del comercio limeño), pues su familia estaba ya desvinculada del Perú y debía ignorarlo todo de la lejana región huanuqueña; ni por D. Alonso de Alvarado, Conde de Villamor, nieto del Mariscal de la Conquista, pero cuyos repartamientos de indios se hallaban en las Charcas, en las comarcas altoperuanas de Caracollo y los Yungas de Larecaja, y que además pertenecía a la rama montañesa, muy apartada de la extremeña, que era la del fundador de Huánuco el Viejo. En cuanto a Esquilache y al médico Porras, no habían regresado; y por lo visto, no lo

instruían en peculiaridades geográficas. Y si se presupone que Lope, con la paciencia de un arqueólogo de nuestros días, se preparó con tanto esmero para su falsificación y embleco, ¿cómo al hacerlo no aprendió las esenciales nociones de física peruana, que en dichas crónicas resaltan y en que tan ayuno se mostraba? Por último, *Amarilis* pronuncia a la serrana; dice *manijan*, por la influencia del quechua circundante aun cuando su sintaxis sea purísima. Ese *manijan* es la marca de autenticidad: no puede ser de boca madrileña. Arbitrariedad grande en nuestro admirado Palma fue negar que la América colonial pudiera producir poetisas. Por docenas se contaban en la Madre Patria. Más de diez enumera rápidamente Lope en su *Laurel de Apolo* para lo tocante a la Península, con las famosas Doña María de Zayas y Doña Cristobalina Fernández de Alarcón. Al lado de la doncella que no sabía firmar, se multiplicaba desde el Renacimiento el tipo de la leída y docta, muchas veces retratada en la escena por Lope. Y como estas Indias Occidentales copiaban a la Metrópoli en todo, lo mismo ocurrió en menor escala para el Perú. A más de las cuatro poetisas anónimas peruanas, de que sabemos por el *Parnaso Antártico* de Diego Mejía, nos consta la existencia en Quito, parte entonces de nuestro Virreinato, de Doña Jerónima de Velasco, mujer de D. Luis Ladrón de Guevara, alabada por sus versos en la Silva II del *Laurel*. La Lima del siglo XVII tuvo en lo profano autoras o empresarias de comedias como la María Castillo, mujer de Alonso Dávila, llamada *la empedradora*, la Ana Morillo y otras, que es probable compusieran loas y entremeses.<sup>37</sup> En los claustros, había de seguro más cultura y sosiego; y no sé yo porque hemos de empeñarnos en desmentir a Lope, amontonando para ello inverisimilitudes materiales y mo-

---

37 Suardo, *Diario de Lima*, págs. 58 y 204.

rales, por el raro capricho de desconocer que pudo haber aquí, a fines del XVI y en ambiente no impropio para el refinamiento de la mujer, una precursora de la Sor Juana Inés de Méjico, de las infinitas monjas que versificaron luego en nuestras *Exequias* y *Parentaciones reales* de la *limana musa*, nuestra Doña María Manuela Carrillo de Andrade y de la Condesa de Casa Calderón, de cuya realidad y rimas, sea su valor cual fuere, nadie ha de dudar.

Seguía el magno poeta su tempestuoso y anhelante vivir, bajo la doble embriaguez de la gloria y del amor, entre los dardos de la envidia y las punzadas del remordimiento. Con su franqueza habitual, lo expresaba en un verso del *Jardín*:

*Si no virtuosa vida, nunca ociosa,*

En 1621 calculaba que había escrito novecientas veintisiete comedias y autos. Su renombre pareció obtener solemne consagración cuando dirigió y describió las nuevas fiestas y el torneo poético por la canonización de San Isidro, el patrón de Madrid (1622). Fue la apoteosis del cantor nacional. En el Colegio de la Compañía de Jesús, rodeado de los otros jueces, que eran el Príncipe de Esquilache y los Marqueses de Cerralbo y de Velada, fue aclamado como el primer poeta de España. Distribuyó los demás premios a quienes consagraba como sus mejores discípulos: Guillén de Castro, Mira de Amescua, Montalbán y el sol naciente de Calderón. En la plaza de Palacio, ante el joven Rey Felipe IV, se representaron con gran aplauso dos comedias suyas. El procuraba conciliarse la gracia del valido, el Conde-Duque de Olivares, ofrendándole piezas como *El premio de la hermosura* y rebuscados poemas como *La Circe*, pero Olivares hacía más caso de Ríoja y de Góngora, y los favores substanciosos se hacían

esperar. Cierto también que Lope carecía del triste oportunismo cauteloso; y que malogró sus lisonjas, celebrando en un robusto soneto el heroico suplicio del ministro en desgracia, D. Rodrigo Calderón:

*Estos que presumió mármoles parios...*

Mucho se esforzó por aplacar a Góngora. Inútil empeño. El despecho del difícil contra el facilísimo no desarmaba. Al cabo, tuvo que convencerse nuestro Lope que era el cisne cordobés "un conocido poeta de mal hacer, que en granizando consonantes, no teme vivos ni perdona muertos".<sup>38</sup> A la vez que contra los culteranos, arremetía contra Alarcón y contra su mismo amigo el sevillano Jáuregui, disfrazándose como después lo hizo Voltaire, con nombre supuesto, el *Licenciado D. Luis de la Carrera*. Las críticas de los enemigos le despertaron al fin, como suelen, el consciente orgullo de su obra dramática; y el que hacía tiempo denominaba sus comedias "flores sin cultura del campo de su Vega", proclamó con majestad, en el Prólogo de la Parte XVI: "Los ingenios grandes y los poetas príncipes no están sujetos a preceptos". Ante las jactancias, los contrarios rechinaban los dientes; y lo hincaban por el lado más vulnerable, que era el estrago conocido de su vida, su libertinaje notorio. Del antro gongorino, salían las coplas injuriosas contra Marta y su viejo amante, al que motejaban de *alumbrado*, o sea hereje de secta licenciada. Por lo que se lee en una de sus cartas al Duque de Sessa, el Cardenal de Toledo, Sandoval, lo reprendía fuertemente. No era sin duda el único escandaloso; pero el encumbrado pedestal en que se hallaba, hacía más funestos sus desarreglos. Entre los otros clásicos, ingleses y franceses, Shakespeare tiene

<sup>38</sup> *La Dorotea*, Acto V, esc. 2a.

sobre sí manchas muy graves; y de Molière se sabe que se casó con la siempre liviana hija de su amante, quizá su hija propia. Pero lo interesante y singular en Lope es la coexistencia de la devoción y el vicio, sin ningún género de hipocresía, la aspiración a la santidad en medio de los pecados más públicos. De esta época de sacrilegio es el *Romancero espiritual*, en nada inferior a los anteriores versos místicos. Los críticos modernos que lo motejan de insincero, deberían de estudiar su índole, la condición en que se hallaba y el inconfundible acento de sus plegarias; y concluirán por aplicarle las palabras que él mismo dijo a este propósito: "Cosas tan acertadas no pueden ser fingidas". La hija Marcela, hermosa e inteligente, que heredó muchas de sus calidades poéticas, se metió monja en las Trinitarias. El día de la profesión, Lope se deshacía en lágrimas de ternura. Inmensas desdichas lo amagaban en el triste hogar que había sido lumbrera de sus últimas inspiraciones. Enferma de los ojos desde 1623, Doña Marta cegó. Las *vivas esmeraldas*, tan ensalzadas, quedaron a oscuras, aunque intactas en apariencia. Tras la ceguera, vino la locura furiosa. Sin reconocer a nadie, se desgarraba los vestidos, se golpeaba, y del frenesí caía en el dolorido estupor. Se había quedado sola con la hija adulterina Antonia, pues la madre y la hermana habían muerto. En esta situación, Lope no podía abandonarla; y la recogió con Antonia en la casita de la calle de Francos, que retumbó de llantos y alaridos. En sus intervalos lúcidos se hizo terciaria. Por su lado Lope redactaba su primer testamento (1627), entraba en la Congregación de clérigos de San Pedro y publicaba con anagrama sus nuevos arrepentidos y desgarradores *Soliloquios*. La Nevares no recuperó la razón sino poco antes de morir, para agradecer a su amigo los cuidados que le había prodigado en la tan larga y terrible enfermedad (1632). El

la celebró muerta en uno de los sonetos más bellos del siglo:

*Resuelta en polvo ya, más siempre hermosa. . .*

De mucho consuelo le fue el matrimonio de la hija legítima Feliciano con Luis de Usátegui, hombre principal y noble, como declara Lope en su último testamento, y empleado en el Consejo de Indias, en la sección relativa al Perú. Debía de tener deudos en Lima, en la Contaduría de Cruzada; pues los Usátegui madrileños, de la parroquia de San Ginés, provenían de los dos hermanos vizcaínos D. Gregorio y D. Blas, procuradores a Cortes por la Nobleza en el último tercio del siglo XVI.<sup>39</sup> El Rey le había prometido al yerno de Lope un buen ascenso.<sup>40</sup> En la ancianidad, el poeta convertía la memoria a sus amores primeros, y refundía la graciosa *Dorotea*. Con los años, el estilo y técnica de sus obras ganaba en solidez y variedad, precisión y pureza. Tiempo hacía que anhelaba acrisolar su producción excesiva y atropellada. A Rioja le había confesado:

*Mas cuando un hombre siente que podría  
Comenzar a escribir más cuerdamente,  
Ya se acaba la edad, y ya se enfria  
La sangre, el gusto y la salud padece.  
¡Oh quién pudiera recoger rasgando  
Tánto escrito papel!*

Con su pseudónimo de *Tomé de Burguillos*, compuso las *Rimas humanas y divinas* (1634), que llevan la elogiosa

<sup>39</sup> El hijo varón de Luis de Usátegui y Feliciano, último descendiente conocido de Lope, se llamó el Capitán Luis Antonio de Usátegui y Vega; y sirvió en la milicia a las inmediatas órdenes del altoperuano D. Rodrigo de Orosco, Marqués de Mortara, hermano de la fundadora del convento de las Descalzas de Lima.

<sup>40</sup> Testamento citado.

aprobación de Quevedo; y el mismo año aprobaba las de los hermanos Argensolas. Proclamaba a éstos y a Quevedo príncipes de la lírica, concediéndoles la investidura como indiscutido soberano. Se reconcilió con Jáuregui, y trataba como a hijo adoptivo y predilecto a Montalbán. Septuagenario, se despedía del teatro con la comedia *Bizarrias de Belisa*.<sup>41</sup> En el despoblado hogar, lo acompañaba y le servía de lectora y secretaria la tierna bastarda Antonia, de diecisiete años, fiel imagen de Doña Marta. La lucía, haciéndola recitar loas, en las fiestas del Duque de Sessa y otras partes. De ellas sacó un galán palatino. Lo supuso Cotarelo el bastardo del Conde-Duque, Julián Valcárcel; pero es imposible, porque se hallaba, aún sin reconocer, en Méjico, Flandes o Italia. Otros lo creyeron el Marqués de La Fuente, D. Gaspar de Teves. Mas por una apostilla contemporánea, que muy recientemente ha descubierto el académico D. Agustín de Amezúa y Mayo, ha venido a conocerse que el seductor fue el Caballero de Santiago D. Cristóbal Tenorio y Villalta, favorito de Olivares. Una noche, al volver Lope a su casa, halló que había fugado Antonia, con la criada y las alhajas. Los ecos de sus indignados sollozos de amargura y vergüenza palpitan en los tercetos de la égloga *A Filis* y en *El huerto deshecho*. Poco después llegaba la noticia del naufragio de su otro bastardo, a quien acababa de dedicar la parodia épica *Gatomaquia*. Tras una juventud borrascosa, Lopito había sentado la cabeza; y el padre se enorgullecía de que sirviera bien en la marina del Mediterráneo, a órdenes del Marqués de Santa Cruz, el sucesor de su ínclito jefe de las Azores:

---

41 Una de las penúltimas comedias, fechada en Diciembre de 1633, es *La Corona de Hungría y la injusta venganza*. El investigador austriaco Stephan Zweig, con ocasión del Tricentenario, ha alborotado al público, pregonando que estaba perdida, y él la había descubierto en Inglaterra. No hay razón para el bullicio; pues es perfectamente conocida, y se halla en la edición de Cotarelo (1916 tomo II).

*Contento de que hubiera  
Visto turbantes rojos  
Con tocas tunecías,  
Y de Argel y Biserta las almenas.*

Pero en una expedición a América, cerca de la isla Margarita, pereció con su bajel y doscientos cincuenta veteranos. La égloga *Felicio*, en que el viejo poeta lo llora, tiene, contra lo que ha solido afirmarse, pasajes muy sentidos y vívidos. Es el Océano Atlántico tropical:

*La mar segura...  
Del pirata que infesta  
La margen contrapuesta...  
Está como si fuera  
Un campo de cristal...  
Cama en el aura bulliciosa y mansa,  
Inquieta duerme y trémula descansa,*

Pasan los galeones de la Armada Real de Indias:

*Portátil mira una ciudad formada,  
Las popas, casas, tiendas, las banderas,  
Las gavias, torres.  
Oye la ronca salva,  
Con horrisonos tiros,  
Danzando al son las ondas inquietas,  
De cajas y belisonas trompetas,  
Claro oceano,  
Que conduces las naves españolas,  
Al Occidente indiano,  
Sobre el teatro de tus blancas olas,*

Es un alarde colorista del poderío naval, aún subsistente, que dos siglos después habían de añorar las canciones de

Quintana. De pronto, en la cálida bonanza, se suscitan las tremendas tormentas del Caribe. El cielo se cubre, zozobran las naves; y se hunde el joven soldado, estrechando entre sus convulsos brazos a un compañero:

*Quando es la muerte el huracán deshecho,  
Ya no hay jarcia ni vela que distinga,  
Con confusos lamentos miserables...  
Los dos tiernos amigos se abrazaron;  
Y lo que ya las lenguas no podían,  
Los ojos y las lágrimas hablaron.  
En breve remolino...  
(Los) desapareció nube de espumas.*

Bajo el peso de tantas catástrofes, el anciano se anonada: e implora el reposo final:

*¡Oh perezosa muerte,  
Contraria del estilo  
De la Naturaleza,  
Que para más rigor de tu fiereza,  
Lo que debe morir, perdonas vivo;  
Y vivo yo cuando morir debía!*

A su predilecto Montalbán le confiaba "que era tanta la congoja que le afligía, que el corazón no le cabía en el cuerpo, y rogaba a Nuestro Señor que se la templase, con abreviarle la vida, como fuese en servicio suyo". Fue oída la súplica. Se maceraba con ayunos, y se disciplinaba hasta salpicar las paredes de su aposento con sangre. Muchas mañanas iba a decir su misa a las Trinitarias, para que, tras los barrotos del coro, la siguiera su hija Marcela. Pero el 25 de Agosto levantado desde muy temprano según su costumbre, celebró en su oratorio, regó el tan amado jardín, y se encerró en el estudio, a concluir la silva *El*

*siglo de oro*, y el soneto *A la muerte de un caballero portugués* en que, como presentimiento, escribió:

*Ciprés funesto tu laurel enrama,  
Si bien ganaste en lo que más perdiste,  
Pues cuando mueres tú, nace tu fama.*

Por la tarde, salió al Seminario de Escoceses, convidado a escuchar las conclusiones públicas de Filosofía Natural de su amigo, el muy joven y ya insigne médico y pensador portugués Fernando Isaac Cardoso, secreto judaizante, y renovador, con Gómez Pereyra y Gassendi, de la hoy superada teoría atomística. No pudo atender a las lucubraciones del gran físico. Lo acometió un desmayo; y lo llevaron a la celda del Dr. Medrano, y de allí, en silla de manos, a la casa. Acudieron a visitarlo el médico del Rey, Dr. Negrete, y el Licenciado Vergara; lo desahucieron; dictó un nuevo testamento; recibió el viático y la unción, con muestras de penitencia y fervor extraordinarios; y rodeado de su hija Feliciana, a quien bendijo, y de sus amigos el Duque de Sessa, el famoso poeta místico Valdivieso, el Recibidor de la Orden de Malta, y de infinidad de sacerdotes y religiosos, que llenaban toda la casa, expiró el Lunes 27 de agosto a las cinco y cuarto de la tarde, besando el crucifijo, entre cantos de salmos y letanías. La noticia de su muerte conmovió profundamente la población de Madrid. Doblaron las campanas de muchas iglesias. Desaparecía el ídolo popular. Las mujeres, que en tantas ocasiones lo aclamaban por las calles; los hombres, que con su retrato decoraban las moradas se agolparon para contemplarlo por última vez. Madrid entero se precipitó al entierro.<sup>46</sup> Para presenciar el desfile, ocuparon

<sup>42</sup> La descripción más exacta, completa y animada está en las páginas 423 y 424 del citado libro de Astrana. La base es siempre la noticia de Montalbán en la *Fama póstuma*, aunque sus fechas están equivocadas.

coches, ventanas, balcones y azoteas. Presidían el duelo el Duque de Sessa y Luis de Usátegui; y luego, en tropel, Grandes y Títulos, caballeros, congregaciones y comunidades con las luces encendidas, los familiares de la Inquisición, los sanjuanistas, los del Oratorio y los de San Pedro, disputándose el honor de llevar en hombros el féretro descubierto en que reposaba el *Fénix*, amortajado en su hábito de Malta. Se puso en marcha aquel mar humano, por las calles de Francos, de San Agustín, y de Cantarranas para que, tras las rejas del convento de las Trinitarias la monja poetisa Marcela, pudiera despedirse de su padre, como lo había suplicado. Después de tan tierna escena, la concurrencia enorme avanzó poco a poco a San Sebastián; y cuando al fin el cortejo penetró en la iluminada iglesia, rompieron los sones de la Capilla Real. Concluida la misa de *Requiem*, al bajar el cadáver del elevado túmulo al nicho de la bóveda del altar mayor, se levantó un inaudito murmullo, mixto de vítores y de gemidos. Por nueve días se repitieron, en diferentes iglesias, solemnes honras, con aquella noble estética funeraria que culminó en la España de los Austrias, y con la misma mezcla de duelo y de triunfo. Era la voz de toda una raza que, a punto de sumirse en multiseccular postración, plañía y veneraba a su hijo más fiel y lucido, al deslumbrador representativo de sus grandezas y de su alma.

Toda la hispanidad, en lo bueno y en lo malo, se resume en Lope. En él se combinan la brillantez y la gracia, el brío y la ternura, la actividad estudiosa y la irrestañable improvisación, el heroísmo, el erotismo y el misticismo, los arrestos del conquistador, las flaquezas del peccador, los arrobos del santo; la malicia, desenfado y bizarría del aventurero; y las imprevisiones, delicadezas y despífarros del artista. No tiene el clasicismo risueño y equili-

brado de Cervantes, ni la pulquérrima altivez y el empaque señorial nunca desmentido de Calderón. Es más complejo; y, digámoslo claro, más rico que ellos. En su selvático y descomunal teatro, que es como nuestras montañas amazónicas, *volcó la historia entera de su patria*,<sup>43</sup> desde la conquista romana, las crónicas medioevales y los romances, hasta las victorias contemporáneas, postreros fulgores del predominio, como la batalla de Fleurus, ganada por D. Gonzalo de Córdoba, o la recuperación del Brasil por el Marqués de Villanueva de Valdueza. En su lírica y sus poéticos diálogos ha encomiado las bellezas y recuerdos de todas las regiones de España, desde las ruinas de Sagunto, las asperezas pastoriles de Asturias, la Cámara Santa de Oviedo, la montaraz Extremadura madre de nuestro Perú, *el fuerte suelo* y los *gloriosos capitanes* de Avila, las fértiles llanuras del Ebro, las vides de La Rioja y los nobles de Cameros, hasta los palaciegos estanques y el Soto de Madrid, la cortesana baraúnda de coches y vestidos de gala en las orillas del Manzanares, el Zocodóver y las puertas de Toledo, los campos de la Mancha, el vergel luminoso de Valencia, el Alcázar y el Albaicín, las nieves y el áureo río de Granada, y la moruna molicie del ambiente de Sevilla.<sup>44</sup> Este poeta, que no salió de su patria sino como soldado en dos breves

43 Conferencia de Doña Blanca de los Ríos en el Cabildo de Madrid, (12 de Mayo de 1935).

44 Léanse por ejemplo *Romance a Sagunto*:

*Mirando está las cenizas  
De aquel saguntino fuego*

y para los demás lugares: *Epístola al Obispo D. Plácido de Torantos*.— Las comedias extremeñas *La serrana de la vera* y *El cuerdo en su casa*.— *Silva a la ciudad de Logroño*.— *La mañana de San Juan*.— *El bobo del colegio*.— *La noche toledana*.— *A Collado en la Vega del Parnaso*.— *La niña de plata*.— *Epístola a Gaspar de Barrionuevo*.— *La viuda valenciana*.— *La gallarda toledana*.— *La serrana de Tormes*, etc. etc.

campañas, la amó sobre todas las cosas; creyó de firme en su poderío; y no quiso admitir su decadencia, como si el instinto le dictara que, con vigilancia y audacia, era aún entonces, antes de Rocroy, hora de conjurarla. Participó, como el que más, de las ideas y sentimientos que animaban a aquella original, intensa y gentilicia civilización; y los exaltó de continuo, a tal punto que, relejendo algunas de sus páginas, parece, no sólo un nacionalista sino a ratos precursor del *unanimismo* y las extremosidades *nacistas*.<sup>45</sup> Su propio españolismo lo dispone al halago y transigencia fraternal para con los lusitanos, a fin de impedir la separación inminente; y a la curiosidad y simpatía para con las cosas y personas de América, prolongación natural del solar hispano. En el auto *El misacantano*, muy significativo, las Indias y el Portugal vienen a oír, con Castilla y Toledo, la misa que dice Nuestro Señor Jesucristo. Es el símbolo de la latinidad católica. Encierran igual sentido el principio y el fin de *La Dragontea*.

América es para él tierra propia, perfectamente asimilada, aunque, "como nuevamente conquistada, estuvo llena de alborotos y robos, inobediente por remota y varía por ambiciosa".<sup>46</sup> El, que no tolera a los judíos y apenas a los moriscos, como no sean de veras cristianos<sup>47</sup> no halla obstáculo en exhibir, en el auto sacramental *La Araucana*, a Nuestro Señor y San Juan Bautista bajo las figuras de los Curacas Caupolicán y Colocolo. Allí mismo presenta bailes indígenas y canciones que quieren

45 Es crudo antisemita. Leer *El Brasil restituído*, *El niño inocente de la Guardia*, y en la *Vega del Parnaso*, *Agravios de Cristo por la nación hebrea*.— Sobre los moriscos y su expulsión, véanse la novela *El desdichado por la honra* y la comedia *San Diego de Alcalá*.— Sobre otros aspectos de su política: *Corona trágica de María Estuardo*, la comedia célebre *El Príncipe perfecto*, los sonetos en alabanza de Pío V y Sixto V, y el romance a la muerte de Felipe II:

*A la dorada cabeza...*

46 Novela de *Las Fortunas de Diana*.

47 Novela *El desdichado por la honra*.

ser americanas; y repite con delicia nuestra peruanísima palabra *tambo*:

*Iremos al tambo mío,  
Que mi tambo lo tengo en el río.*

No es, por cierto, el único caso. Atestadas están sus páginas de indianos, mejicanos y peruleros,<sup>48</sup> de nomenclaturas de nuestras frutas y plantas, plátanos, aguacates, magüeyes, achiotes y tunas; de alusiones a nuestras costumbres. Uno de los bastidores de su teatro son las Indias Occidentales. Y naturalmente, más aún que al Virreinato de Méjico (por mucho que lo alabe), se siente atraído al del Perú, donde han gobernado los dos poetas amigos suyos, Montesclaros y Esquilache. Cuando la escena es sevillana, como en *El Arenal de Sevilla*, claro está que no pueden faltar *peruleros*, ni puede dejar de oírse muchas veces el nombre de nuestra ciudad:

*Quieren que a las Indias pase,  
Porque tengo un deudo en Lima.*<sup>49</sup>

En la novela *La más prudente venganza* interviene “un perulero rico, nó de mala persona, aseo y entendimiento”. En *El bobo del colegio*, se habla de “los yanacones indios”;<sup>50</sup> en *La discreta enamorada*, de “las Indias del Perú”. En *La mañana de San Juan* (octava VII), recuerda que el viejo Conde de Monterrey murió en las cercanías de Lima. No obstante sus embrollos geográficos, conocía a muchos escritores del Perú, criollos o avecindados; y así lo demuestra en *El laurel de Apolo*. No hay porqué asom-

48 *Las fortunas de Diana, La más prudente venganza, La Dorotea, El lobo del colegio, El Arenal de Sevilla, Los peligros de la ausencia, Virtud, pobreza, y mujer, El amigo hasta la muerte.*

49 *El Arenal de Sevilla, Acto I, esc. 16a.*

50 *El bobo del colegio, Acto I, esc. 13a.*

brarse de que en él no mencione al P. Hojeda, después de haber colaborado el año 1611 en las poesías laudatorias preliminares de *La Cristiada*, porque *El laurel* (que es de 1630) se dedica principalmente a los vivos, y Hojeda había fallecido en Huánuco el año de 1615. Enumera, en cambio, a los dos Oidores, Solórzano, el autor de la *Política Indiana*, y Gabriel de Sanabria, el poeta de las *Lágrimas numerosas* y traductor de Marcial; al Capitán D. Rodrigo de Carbajal y Robles, Corregidor de Colesuyos, el de la *Conquista de Antequera*, de quien he tratado en otros lugares; al chileno Pedro de Oña, al cual había aprovechado en *La Dragontea* y en la comedia *Arauco domado*, y que, como atrás dije, pasó toda la vida en el Perú, pariente de nuestros Montesclaros de Sapán; a Cristóbal de la O, que le estaba vinculado por el teatro, pues hubo de ser muy deudo de la comedianta María que tuvo dilatados derechos sobre las comedias de Lope, como viuda del empresario sevillano Luis de Vergara, el que estrenó *El favor agradecido* y *El leal criado*; y como oradores sagrados, al Provincial de San Agustín, Maestro Fr. Lucas de Mendoza, que en calidad de poeta figura en las *Exequias de la Reyna Margarita*, que era en 1630 Catedrático de la Escritura en San Marcos y que enseñó largo tiempo en este local, antiguo Colegio de San Ildefonso; a Juan Rodríguez de León, hermano de los dos Pinelos y alumno de San Marcos, que fue después predicador en Madrid y Canónigo de Méjico; al limeño D. Fernando de Avendaño, cura de Santa Ana, visitador contra la idolatría, Rector de la Universidad, Arcediano y Provisor del Arzobispado, electo Obispo de Santiago de Chile, y consejero de los Virreyes Montesclaros y Esquilache, tan alabados en *El laurel*. Después de estos últimos, el mayor amigo de Lope en Lima fue el propio médico de Esquilache, que ya llevamos varias veces mencionado, el Dr. Toledano Matías de Porres o Porras, naturalista y poeta, autor de varios li-

bros de su profesión médica, y entre otros de unas *Advertencias para beber con nieve*, impresas en Lima el año de 1621. (Sobre igual tema, que interesaba mucho a la sazón, publicó un tratado el referido judaizante Isaac Cardoso). Este Dr. Porras que, como arriba recordamos, era hijo del empresario teatral Gaspar de Porras (rival de Jerónimo Velásquez y muy relacionado con los comienzos de la carrera de Lope), fue casado con Doña Jacinta de Morales, la cual, lo propio que su marido, escribía celebrados versos. Ella era hija a su vez del conocido cómico Pedro de Morales, el amigo de Cervantes. Vossler<sup>51</sup> hace a Matías de Porras nada menos que Presidente de la Audiencia de Lima, elevado cargo que entonces, como anejo al de Virrey, ejercía su amo Esquilache. Es el de Vossler tan craso error, que apenas necesita señalarse. Porras no fue sino Corregidor de Canta, y por breve tiempo; pues, nombrado el 11 de Enero de 1619, lo sucedió en su gobierno el 4 de Septiembre de 1620 el caballero D. Andrés de Zárate.<sup>52</sup> A más de la larga epístola en versos que Lope le dirigió a Lima, y que está impresa con *La Circe* (1624), le dedicó la comedia *El valor de las mujeres* que está en la Parte XIX. En cuanto a *Amarilis*, vimos que ahora Lope la suponía en Bogotá; pero la estimaba tanto que la equiparaba a D. Juan Ruiz de Alarcón en Méjico, y a la rememorada Doña Jerónima de Velasco, en Quito.

Mucho más que estas referencias concretas, aunque no carezcan de alguna curiosidad, nos cautiva la identidad perfecta entre las costumbres y la lengua del teatro lopesco, y las de nuestra sociedad colonial. Buena parte de la máquina de aquel teatro, estriba en los lances de las *tapadas*. La palabra se halla innumerables veces en nuestro poeta. No tratamos de su especial poema así llamado,

51 Vossler, *Lope de Vega y su tiempo* (trad. de La Serna), Cap. VI.

52 Debo estas fechas a Mr. Bertram T. Lee.

que corresponde a la acepción lusitana de *parque*, *cercado* o *huerta cerrada*, y describe en efecto la gran quinta que D. Teodosio de Braganza poseía en Portugal. Me refiero a las *tapadas de saya y manto*, que subsistieron en Lima hasta mediados del siglo último y que muchos de nuestros compatriotas imaginan haber sido peculiaridad de nuestra tierra. Y no hay tal. Proveniente de las almalfas y alquiceles arábigos, que se conservan casi sin alteración en los trajes tarifeños, y desarrollada en el Renacimiento por la propensión de aquella época al disfraz, prohibida a menudo por leyes y pragmáticas y con todo persistente en el uso, la *saya y manto* existió en las principales ciudades de España; y de allí pasó a las americanas, con excepción de las de Chile, según nos lo atestigua el Obispo de Santiago, Villarroel. Así que el Prado de Madrid y las plazas de Sevilla presenciaron en los siglos XVI y XVII escenas de todo punto iguales a las retratadas por la pluma de D. Ricardo Palma y el pincel de Pancho Fierro. Nuestra originalidad consistió, como en tantas otras ocasiones, en el retraso; porque los arcaísmos suelen ser decorativos y pintorescos. De *tapadas* se trata en la mayoría de las comedias de Lope. Ellas son las que desenvuelven la intriga, alimentan las incertidumbres y complicaciones del galanteo, y sostienen el fuego graneado de los equívocos y agudezas del diálogo.<sup>53</sup> Y no sólo llevan las damas lopescas el mismo rebozo que las limeñas, y se perfuman con pastillas de sahumero, sino que

---

53 No es posible enumerar todas las piezas de Lope en que aparecen tapadas de saya y manto. Baste mencionar acaso, entre las primeras que recuerdo, *La discreta enamorada*, *Los melindres de Belisa*, *Quien ama que no haga fieros*, *Las flores de D. Juan*, *El Marqués de las Navas*, *La portuguesa y dicha del forastero*, donde, aludiendo al único ojo descubierto, dice:

*Un arco sólo mostráis.*

En *La Dorotea* (Acto IV, esc. 1a.) "luciendo en la saya y manto el brazo desnudo".—En la misma *Dorotea*, Acta IV, esc. 8a.

las numerosas mulatas sevillanas usan el mismo *sombrello* que nuestras donadas de convento lucieron hasta 1840. El ordinario vestido femenino es el *faldellín de color* que aun retienen nuestras indias. Nuestra *mazamorra* es el mentado *alcuzcuz* morisco. Nuestro limeñísimo dulce *el maná* y las celosías de rejillas en el balcón están en *Los melindres de Belisa*.<sup>54</sup> Los antojos palmescos de las preñadas, en la novela corta *Fortunas de Diana*. Amas y criadas hablan con iguales modismos que en nuestro teatro criollo, con los vulgarismos que nuestra limeña tradición retiene y que aun oímos en nuestros hogares. Los hijos, en pleno Madrid y en Extremadura, llamaban a sus padres *taita* y *mama*.<sup>55</sup> Dueñas y galanes dan el título de *niñas* a mujeres mayores y hasta casadas. En *Los Comendadores de Córdoba*, en *La portuguesa* y en *Guardar y guardarse*, hallamos *cuadra* por *sala*, como en nuestras añejas mansiones. Los personajes de Lope dicen *plata por dinero*,<sup>56</sup> *denantes por antes*, *calla la boca* y *anda vete*. Abundan el *como nó*, el *no más*, y el *pues* finales, el pleonástico *de que*, el admirativo *¡oiga!* y el imperativo *camina niña*, el *cosa que*, el *daca*, el *mi vida*, el *más que nunca* y el *cuantimás*, como en los típicos pasajes de Segura. La Gerarda de *La Dorotea* es abuela genuina, en giros de lenguaje como en carácter, de la *ña Catita*. La mulata cansada y dengosa, toda zalamerías, del *Arenal de Sevilla*,<sup>57</sup> es la Juana del D. *Leocadio* de Felipe Pardo. Las cocineras y las dulceras son con frecuencia negras esclavas; los ne-

<sup>54</sup> *Los melindres de Belisa*, Acto I, esc. 2a.— La niña boba, esc. 1a.— *Los aceros de Madrid*, Acto I, esc. 9a.

<sup>55</sup> *La mal casada*, Acto III, esc. 14a.— *El cuerdo de su casa*, Acto II, esc. 26a.— *Santiago el verde*, Acto I, esc. 17a.— *La Dorotea*, Acto I, esc. 7a; Acto II, escs., 4a. y 5a.

<sup>56</sup> *El arenal de Sevilla*, Acto I, escs. 4a, y 5a, y Acto III, escs. 6a y 7a. *La portuguesa*, Acto II, esc. 1a.— *La niña boba*, Acto II, esc. 20a.— *Los peligros de la ausencia*, Acto II, esc. 2a.— *La campana de Aragón*, Actos I y II.— *La buena guarda*, *El cuerdo en su casa*, *Los ramilletes de Madrid*, etc., etc.

<sup>57</sup> *El Arenal de Sevilla*, Acto I, escs. 4a, 5a, y 7a.